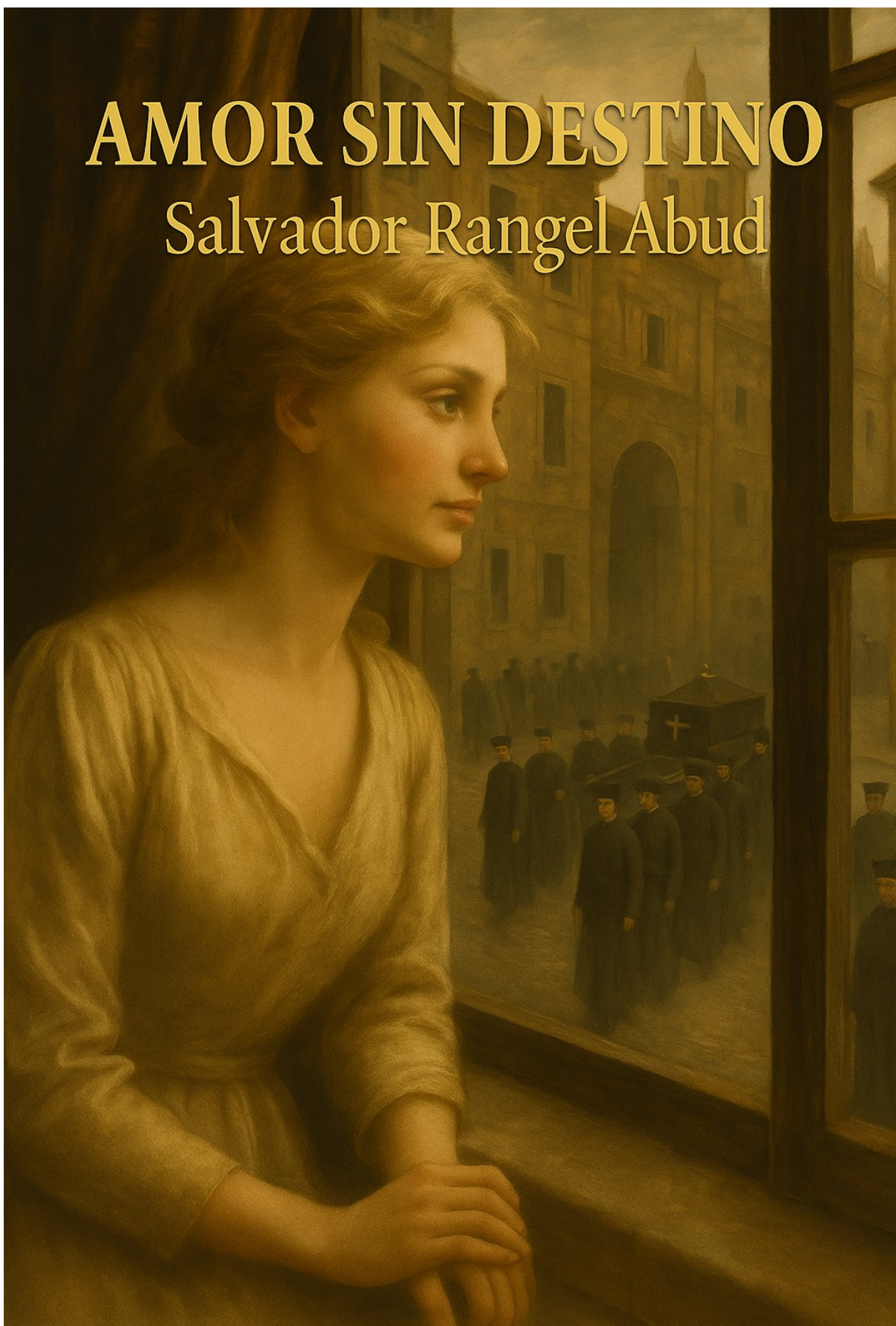


AMOR SIN DESTINO

Salvador Rangel Abud



AMOR SIN DESTINO

Una novela de Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Salamanca, España, siglo XIX. Elena Valverde tiene veinte años cuando ve por primera vez a Alejandro de Orbaneja desde la ventana de su casa en la calle del Tostado. Él es seminarista, destinado al sacerdocio, con los ojos negros más profundos que Elena ha visto jamás. Ella es joven de buena familia, prometida al comercio seguro de un matrimonio conveniente.

Sus miradas se cruzan. Y en ese instante, sin palabras, sin promesas, sin esperanza, nace un amor que durará toda una vida.

Elena y Alejandro nunca se tocan. Nunca se declaran amor. Nunca escapan juntos ni desafían abiertamente las convenciones. Pero se aman con la intensidad silenciosa de quienes saben que su amor es imposible. Se aman en las miradas furtivas cuando él pasa bajo su ventana camino al seminario. Se aman en los encuentros casuales en la iglesia de San Martín. Se aman en el lenguaje de los gestos que solo ellos pueden descifrar.

Alejandro lucha entre su vocación religiosa y el amor terrenal que lo consume. Elena espera con la paciencia infinita de quien no tiene nada más que esperar. Los años pasan. Las familias presionan. La sociedad juzga. La Iglesia condena. Y el amor, imposible desde el principio, se vuelve cada vez más doloroso y más puro.

Cuando Alejandro finalmente debe elegir, elige Dios. Se ordena sacerdote y es enviado lejos de Salamanca, lejos de Elena, lejos de la tentación que ella representa. Elena no se casa. No busca otro amor. Simplemente espera.

Décadas después, Elena es una anciana que vive sola en aquella misma casa de la calle del Tostado, sentada junto a la misma ventana donde todo comenzó. Alejandro murió años atrás en un pueblo lejano, sin haber vuelto jamás a verla. Pero Elena sigue esperando. Porque el amor verdadero, aprendió, no necesita ser correspondido para ser eterno.

Y cuando finalmente llega su muerte, después de una vida entera de amor silencioso, Elena descubre que hay amores que son demasiado grandes para una sola vida. Amores que necesitan la eternidad para completarse.

Una novela sobre el amor imposible, la espera infinita y la pregunta incómoda: ¿puede el amor no consumado ser más puro que el amor realizado?

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene temas de amor imposible entre seminarista y joven civil, conflicto entre vocación religiosa y amor terrenal, represión de sentimientos por convenciones sociales del siglo XIX, soledad prolongada y muerte por vejez tras vida de espera.

No es romance convencional con final feliz terrenal. Es narrativa sobre amor que se mantiene puro precisamente porque nunca se consuma. Los protagonistas nunca se tocan, nunca se besan, nunca escapan juntos. El "final feliz" es metafísico: reencuentro después de la muerte.

La prosa es pausada, contemplativa, casi decimonónica. Reflexiona extensamente sobre la naturaleza del amor, el sufrimiento, la espera. No hay acción externa dramática sino exploración profunda de estados emocionales.

Audiencia recomendada: Adultos que aprecian romance histórico melancólico, lectores de literatura decimonónica española, personas interesadas en exploración filosófica del amor imposible y quienes toleran finales agridulces donde el amor triunfa solo en el más allá.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública. Escribe desde Xalapa, Veracruz.

"Amor sin Destino" representa cambio radical en su obra. Después de cinco novelas sobre activismo, corrupción, violencia política y comedia negra en México contemporáneo, Rangel Abud explora romance histórico en España del siglo XIX. La novela surge de fascinación con el poema "El seminarista de los ojos negros" de Miguel Ramos Carrión, que narra brevemente historia de amor imposible. Rangel Abud toma esa semilla poética y la expande en novela completa que explora con profundidad filosófica la naturaleza del amor no consumado.

Con esta novela, Rangel Abud demuestra versatilidad extrema: puede escribir thriller ambiental devastador, comedia de crimen teatral, ficción histórica revolucionaria y ahora romance melancólico decimonónico sin sacrificar calidad en ningún género.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Amor sin Destino

Autor: Salvador Rangel Abud

Idioma: Español

Extensión: Aproximadamente 34,500 palabras

Estructura: Prólogo + 16 capítulos + Epílogo

Género: Romance histórico / Drama romántico / Ficción inspirada en poesía

Año: 2025

Ubicación: Salamanca, España, siglo XIX

Formato disponible: Digital (PDF/EPUB) de distribución libre bajo licencia Creative Commons

NOTA DEL AUTOR

Después de escribir cinco novelas sobre México violento, corrupto y traicionero, necesitaba escribir sobre amor puro.

"Amor sin Destino" es eso: amor en su forma más pura precisamente porque nunca se contamina con posesión, con celos, con rutina doméstica, con desilusiones inevitables de la convivencia. Elena y Alejandro se aman durante décadas sin tocarse jamás. Y ese amor no consumado los destruye y los salva al mismo tiempo.

Elena no es víctima patética que desperdició su vida esperando. Es mujer que eligió la pureza del amor eterno sobre la mediocridad del matrimonio conveniente. Alejandro no es cobarde que huyó. Es hombre que eligió Dios sobre sí mismo, sabiendo que esa elección lo condenaría a sufrimiento perpetuo.

La prosa es deliberadamente decimonónica: pausada, reflexiva, con oraciones largas que se toman su tiempo para explorar cada sentimiento. Quería capturar el ritmo de esa época donde el tiempo se movía más lento, donde una mirada podía sostener significado durante años, donde el amor no necesitaba consumarse para ser real.

El epílogo es metafísico. Algunos lectores lo encontrarán cursi: Elena muere y se reencuentra con Alejandro en el más allá. Pero necesitaba ese final porque el amor de Elena merecía recompensa. No en esta vida donde las convenciones lo hicieron imposible, sino en la siguiente donde las almas pueden unirse sin obstáculos.

Esta novela es descanso de la política. Es recordatorio de que no todo en la literatura tiene que ser denuncia social. A veces, simplemente contar historia de amor puro es suficiente.

Salvador Rangel Abud

Xalapa, Veracruz

2025

LICENCIA

Esta obra se distribuye bajo licencia © **Salvador Rangel Abud. Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).**

Usted es libre de compartir, copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato bajo los siguientes términos: debe dar crédito apropiado (Salvador Rangel Abud, "Amor sin Destino"), no puede utilizar el material con fines comerciales, y no puede distribuir versiones modificadas.

PALABRAS CLAVE

romance histórico, España siglo XIX, Salamanca, amor imposible, seminarista, amor no consumado, vocación religiosa, espera infinita, amor platónico, melancolía romántica, literatura decimonónica, Miguel Ramos Carrión, romance trágico, final metafísico

TEMAS PRINCIPALES

El amor imposible como estado de pureza. La novela propone tesis radical: el amor no consumado es más puro que el amor realizado porque se mantiene en territorio ideal sin contaminarse con realidad. Elena y Alejandro nunca se tocan, nunca se desilusionan mutuamente, nunca enfrentan mediocridad de vida cotidiana. Su amor permanece perfecto precisamente por ser imposible.

Vocación religiosa vs. amor terrenal. Alejandro se debate entre dos llamados legítimos: el amor a Dios que lo llevó al seminario y el amor a Elena que descubre después. La novela no juzga su elección sino explora el costo humano de elegir lo divino sobre lo terrenal. Alejandro elige Dios pero sufre por esa elección hasta su muerte.

La espera como acto de amor. Elena pasa décadas esperando sin esperanza. No es pasividad patética sino elección activa. Rechaza otros pretendientes, rechaza matrimonio conveniente, rechaza olvidar. La espera es su forma de amar. Y esa fidelidad a amor imposible le da dignidad que matrimonio práctico nunca le habría dado.

Convenciones sociales como obstáculos al amor verdadero. La España del siglo XIX con sus reglas rígidas sobre clase, religión y matrimonio hace imposible que Elena y Alejandro estén juntos. La novela no es denuncia política sino exploración de cómo época determina destinos. En otro tiempo, otro lugar, habrían podido amarse libremente. Pero nacieron donde y cuando nacieron.

CITAS DESTACADAS

"Hay amores que nacen en el silencio y mueren en el silencio, sin haber pronunciado jamás su nombre verdadero. Son los amores más puros y, paradójicamente, los más dolorosos; pues en su imposibilidad misma radica tanto su grandeza como su condena."

"El amor imposible tiene sus propias reglas, su propio lenguaje, sus propias ceremonias. Se expresa en el temblor de una mano que no puede extenderse, en el brillo de una mirada que debe desviarse, en el rubor de unas mejillas que delatan lo que los labios callan."

"Amar en silencio no fue en vano. Porque el amor que no se dice, si es verdadero, es el que más alto resuena en la eternidad."

"Todo lo que no fue, fue al fin. Todo lo que no se dijo, se dijo sin palabras. Todo lo que no se vivió, se vivió en la plenitud de un instante que contenía todas las eternidades."

COMPARACIONES LITERARIAS

"Cumbres Borrascosas" de Emily Brontë: Aunque Brontë explora amor obsesivo más violento, ambas novelas comparten idea de que ciertos

amores son demasiado grandes para una sola vida. Heathcliff y Catherine, como Elena y Alejandro, encuentran unión verdadera solo después de la muerte.

"La Regenta" de Leopoldo Alas "Clarín": Ambas ambientadas en España del siglo XIX, ambas exploran conflicto entre deseo y religión. Ana Ozores y Alejandro de Orbaneja enfrentan represión similar, aunque con resultados diferentes. Clarín es más crítico con la Iglesia; Rangel más compasivo.

"Las penas del joven Werther" de Goethe: Amor imposible que se alimenta de su propia imposibilidad. Werther ama a Lotte sabiendo que ella está prometida a otro. Elena ama a Alejandro sabiendo que él está prometido a Dios. Ambos amores se vuelven más intensos por ser inalcanzables.

"El amor en los tiempos del cólera" de García Márquez: Aunque García Márquez es más exuberante y Rangel más contenido, ambos exploran amor que dura décadas sin consumarse. Florentino Ariza espera cincuenta años. Elena espera toda su vida. Ambos demuestran que el amor verdadero puede sobrevivir cualquier obstáculo, incluso el tiempo.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Elena desperdició su vida esperando o eligió dignidad del amor puro sobre mediocridad del matrimonio conveniente? ¿Es heroína o víctima?

¿Alejandro fue cobarde al elegir sacerdocio o valiente al elegir vocación sobre deseo? ¿Su elección fue auténtica o escapismo?

¿El amor no consumado es realmente más puro que el amor realizado o es romántico idealizar lo que nunca se tuvo?

¿El final metafísico (reencuentro después de muerte) es cursi o necesario?

¿El amor de Elena merecía recompensa aunque fuera solo en el más allá?

Compare esta novela con las otras obras de Rangel Abud. ¿El cambio a romance histórico es descanso genuino o exploración del mismo tema (sacrificio, imposibilidad, sufrimiento) con tono diferente?

¿La novela romantiza el sufrimiento o lo presenta con honestidad? ¿Glorifica la espera infinita o simplemente la documenta?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

Formato APA:

Rangel Abud, S. (2025). *Amor sin destino*. Internet Archive. [URL]

Formato MLA:

Rangel Abud, Salvador. *Amor sin Destino*. 2025. Internet Archive, [URL].

Formato Chicago:

Rangel Abud, Salvador. *Amor sin Destino*. Xalapa, Veracruz: Publicación independiente, 2025. Internet Archive.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Autor: Salvador Rangel Abud

Ubicación: Xalapa, Veracruz, México

Email: wrangel.1352@gmail.com

Otras obras:

"Donde el aire ya no alcanza" (2025), "El Silencio del Manglar" (2025), "La Laguna Roja" (2025), "Los Incendiarios de Papel" (2025), "La Última Ovación" (2025).

Con seis novelas publicadas en 2025, Rangel Abud establece productividad excepcional y versatilidad extrema: colapso climático, thriller ambiental, activismo histórico, comedia negra y ahora romance decimonónico. Demuestra que puede escribir cualquier género sin sacrificar calidad.

MENSAJE FINAL

Después de escribir cinco novelas sobre México que destruye a quien intenta mejorarlo, necesitaba escribir sobre amor que no destruye sino que purifica.

Elena y Alejandro no luchan contra corrupción ni enfrentan narcoviolencia ni documentan injusticias históricas. Simplemente se aman sin esperanza durante décadas. Y ese amor, silencioso y puro, es suficiente para llenar una vida y una novela.

Si mis otras obras te mostraron el lado violento de México, esta te muestra el lado eterno del amor. No el amor pasional que se consume en meses. Sino el amor contemplativo que dura toda una vida precisamente porque nunca se consume.

Esta novela es para quienes creen que hay sentimientos más importantes que la acción, que la espera puede ser más heroica que la lucha, que el amor no necesita ser correspondido para ser real.

Y para quienes alguna vez amaron en silencio, sabiendo que ese amor era imposible, pero amando de todas formas porque el corazón no reconoce prohibiciones.

El amor verdadero no necesita ser visible para ser eterno.

Publicación digital de distribución libre

Creative Commons BY-NC-ND 4.0

2025

INDICE

Prólogo:

Capítulo 1: La Ventana del Tiempo

Capítulo 2: Entre Hilos y Plegarias

Capítulo 3: La Primera Mirada

Capítulo 4: El Seminarista Rebelde

Capítulo 5: El Lenguaje de las Miradas

Capítulo 6: Verano de Suspiros

Capítulo 7: Confesiones Peligrosas

Capítulo 8: El Secreto de Elena

Capítulo 9: La Llegada del Invierno

Capítulo 10: El Punto de Quiebre

Capítulo 11: La Fuga Truncada

Capítulo 12: El Castigo Divino

Capítulo 13: La Última Mirada

Capítulo 14: La Mañana Lluviosa

Capítulo 15: Los Años Perdidos

Capítulo 16: La Anciana en la Ventana

EPÍLOGO: Amor Eterno

AMOR SIN DESTINO

*“...recuerda con pena, al llegar la tarde
al seminarista de los ojos negros”*

Miguel Ramón Carrión

PRÓLOGO

Hay amores que nacen en el silencio y mueren en el silencio, sin haber pronunciado jamás su nombre verdadero. Amores que se alimentan de miradas furtivas, de suspiros contenidos, de palabras que jamás atraviesan los labios pero que resuenan eternamente en el alma. Son los amores más puros y, paradójicamente, los más dolorosos; pues en su imposibilidad misma radica tanto su grandeza como su condena.

El corazón humano, ese misterioso santuario donde habitan nuestras más profundas verdades, conoce territorios vedados al mundo exterior. Allí, en la penumbra de lo íntimo, florecen sentimientos que la razón desaprueba, que la sociedad condena, que la moral rechaza, pero que el alma acoge con una ternura infinita porque reconoce en ellos la autenticidad de lo genuino. Estos amores prohibidos, estos afectos imposibles, no son menos verdaderos por ser inaccesibles; al contrario, su misma imposibilidad los purifica, los eleva, los convierte en algo sagrado.

En las páginas que siguen, el lector encontrará uno de esos amores: silencioso, puro, desesperado. Un amor que floreció entre los muros de una España antigua, donde las tradiciones pesaban como losas sobre los corazones jóvenes, donde la religión no era apenas una creencia sino una forma de vida que regulaba cada respiración, cada pensamiento, cada latido del alma. Una España donde el amor, cuando se atrevía a brotar

fuera de los cauces establecidos, se convertía en una culpa, en un pecado, en una condena que había que llevar en secreto hasta la tumba.

¿Qué es lo que hace que un amor sea imposible? No siempre son las circunstancias externas las que levantan muros infranqueables entre dos almas que se reconocen. A veces, es la época misma la que dicta sus leyes implacables. Los convencionalismos sociales, las diferencias de clase, los votos sagrados, las expectativas familiares, todos estos factores pueden convertir el más puro de los sentimientos en una transgresión imperdonable. Pero es precisamente en esa transgresión donde el amor revela su naturaleza más auténtica, porque el amor verdadero no reconoce barreras, no entiende de prohibiciones, no se somete a las convenciones humanas.

El amor imposible tiene sus propias reglas, su propio lenguaje, sus propias ceremonias. Se expresa en el temblor de una mano que no puede extenderse, en el brillo de una mirada que debe desviarse, en el rubor de unas mejillas que delatan lo que los labios callan. Es un amor que se alimenta de sueños, que vive de esperanzas, que se nutre de la imaginación porque la realidad le está vedada. Y sin embargo, o tal vez precisamente por eso, es un amor que puede durar toda una vida, que puede resistir el paso de los años, que puede sobrevivir incluso a la muerte del ser amado.

Existe una belleza particular en los amores no consumados, una pureza que los amores realizados raramente conservan. Cuando el amor se mantiene en el territorio de lo ideal, cuando no debe enfrentarse a las pequeñas miserias de la vida cotidiana, cuando no se ve empañado por las desilusiones inevitables de la convivencia, conserva una luminosidad especial. Es como una flor que nunca se marchita porque nunca llega a abrirse completamente, como una melodía que permanece eternamente suspendida en el aire sin resolverse jamás.

Los protagonistas de estos amores imposibles viven en una realidad dual. Por un lado, están obligados a participar en la vida normal, a cumplir con sus deberes, a representar el papel que la sociedad les ha asignado. Por otro lado, habitan un mundo secreto, un universo paralelo donde sus sentimientos verdaderos pueden existir sin máscaras, donde pueden ser completamente auténticos aunque sea solo en la soledad de su conciencia. Esta dualidad crea una tensión constante, una melancolía permanente que tiñe cada momento de su existencia.

El dolor de amar sin esperanza es, quizás, uno de los sufrimientos más refinados que puede experimentar el alma humana. No es el dolor agudo de la pérdida, que llega de súbito y luego se mitiga con el tiempo. Es un dolor constante, sordo, que se instala en el corazón como un huésped permanente. Es la herida que nunca cicatriza completamente porque nunca deja de sangrar, alimentada continuamente por la presencia del ser amado, por la proximidad de lo inalcanzable.

Sin embargo, hay también una extraña dulzura en este sufrimiento. El alma que ama sin esperanza se vuelve más sensible, más receptiva a la belleza,

más capaz de encontrar significado en los pequeños detalles que otros pasan por alto. Una mirada fugaz se convierte en un tesoro que se guarda en la memoria como otros guardan joyas preciosas. Un gesto casual adquiere el peso de una declaración de amor. El silencio se vuelve elocuente, cargado de significados que solo el corazón enamorado puede descifrar.

La sociedad, en su afán por mantener el orden establecido, a menudo es ciega ante estos dramas íntimos. Ve las formas externas, los comportamientos aparentes, pero no percibe las tempestades que se desatan en el interior de las almas. Juzga desde la superficie, sin comprender que bajo la tranquilidad aparente pueden esconderse los más profundos sufrimientos. Esta incompreensión añade una dimensión adicional al dolor de quienes viven estos amores prohibidos: no solo deben soportar la pena de amar sin esperanza, sino que además deben hacerlo en completa soledad, sin la comprensión ni el consuelo de sus semejantes.

En el caso particular de los amores que enfrentan barreras religiosas, la situación se complica aún más. El conflicto no es solo con la sociedad o con la familia, sino con Dios mismo, o al menos con la interpretación que la época hace de la voluntad divina. El alma enamorada se debate entre la fidelidad a sus sentimientos más auténticos y la obediencia a lo que considera su deber sagrado. Esta lucha interior puede ser devastadora, porque implica no solo renunciar al amor terrenal, sino también cuestionar la propia relación con lo divino.

El tiempo juega un papel crucial en estos amores imposibles. A diferencia de los amores realizados, que tienen su curso natural de desarrollo, encuentro y consumación, los amores imposibles quedan suspendidos en una eterna primavera. No evolucionan, no se transforman, no maduran en el sentido convencional. Permanecen siempre en estado de germinación, siempre en el momento del descubrimiento, siempre en la intensidad del primer encuentro. Esta inmovilidad temporal les confiere una cualidad mítica, casi legendaria.

Pero si el tiempo no los hace evolucionar, sí los hace persistir. Cuando un amor es imposible, cuando no puede realizarse ni consumarse, tampoco puede agotarse. Se mantiene intacto a través de los años, inmune al desgaste que sufren las relaciones ordinarias. Es como si la imposibilidad misma fuera su preservativo, manteniéndolo fresco y doloroso hasta el final de los días.

La memoria adquiere una importancia especial en estos casos. Cuando el presente está vedado y el futuro es impensable, solo queda el pasado, con sus momentos preciosos que se van puliendo como gemas en el recuerdo. Cada encuentro, cada mirada, cada gesto se convierte en una reliquia que el alma guarda con veneración. La memoria se transforma en el único territorio donde el amor puede vivir sin restricciones, donde puede desarrollarse libremente, donde puede imaginarse todos los futuros posibles.

Es en este contexto donde cobra sentido la historia que el lector está a punto de conocer. Una historia de amor silencioso, de miradas que lo dicen todo sin pronunciar palabra, de corazones que se reconocen a través de las barreras más infranqueables. Una historia que nos recuerda que el amor verdadero no siempre puede realizarse, pero que su imposibilidad no disminuye su grandeza, sino que, paradójicamente, la acrecienta.

El lector que se adentre en estas páginas debe prepararse para un viaje al corazón de la condición humana, a esos territorios donde el alma se revela en toda su vulnerabilidad y su grandeza. Debe estar dispuesto a comprender que no todos los amores están destinados a la felicidad, pero que todos los amores auténticos, incluso los más desesperados, tienen algo que enseñarnos sobre la naturaleza del corazón humano.

Que estas páginas sirvan como un homenaje a todos aquellos que han amado en silencio, que han sufrido en secreto, que han guardado en su corazón tesoros que el mundo nunca llegó a conocer. Que sirvan también como un recordatorio de que el amor, en todas sus formas, es siempre digno de respeto, de comprensión, de compasión.

La historia que va a comenzar es la historia de un amor que nunca pudo ser, pero que por eso mismo fue, quizás, el más verdadero de todos los amores posibles.

CAPÍTULO 1

La Ventana del Tiempo

En aquella España de principios del siglo veinte, cuando las campanas de las iglesias marcaban no solo las horas sino el compás mismo de la existencia, Salamanca se alzaba como un testimonio pétreo de la eternidad. Sus piedras doradas, curtidas por siglos de historia, parecían susurrar secretos de amor y de dolor a quienes sabían escucharlas. Entre las calles estrechas y empedradas, donde el eco de los pasos resonaba como plegarias murmuradas, se levantaba un casucho viejo, humilde entre los palacios universitarios, pero que guardaba en su seno una historia tan intensa como las que se escribían en los claustros más ilustres.

La casa no era más que una construcción modesta de dos plantas, con esos muros desiguales que delatan la pobreza de sus materiales y la premura de quien la construyó. La fachada, blanqueada una y otra vez por las manos laboriosas de sus habitantes, mostraba ya las cicatrices del tiempo: desconchones que parecían lágrimas petrificadas, grietas que el frío del invierno había abierto como heridas que nunca sanan completamente. En el piso alto, una ventana se abría al mundo con la timidez de quien espera sin atrever a pedir.

Era una ventana peculiar, esa que daba a la calle del Tostado. En verano permanecía abierta, como un ojo curioso que se asomaba a contemplar el trasiego de la vida salmantina. Los postigos de madera, desgastados por el uso y pintados de ese verde desvaído que tienen las cosas que han conocido muchas primaveras, se recogían contra el muro como brazos

abiertos en actitud de bienvenida. Pero cuando llegaba el invierno, la realidad se imponía con su dureza característica: había que cerrar la ventana con vidrios verdosos y emplomados, esos cristales irregulares que fragmentaban la luz como si el mundo exterior fuera apenas un sueño distorsionado.

Tras esa ventana vivía Elena Valverde, una joven de dieciocho años que llevaba en su rostro la serenidad melancólica de quien ha conocido temprano las penas de la vida. Huérfana desde los doce años, cuando una epidemia de tifus se llevó por delante a sus padres en el espacio de una semana terrible, había encontrado refugio en casa de su tía Remedios, una mujer que la viudez había vuelto áspera como el centeno sin moler.

Elena poseía esa belleza discreta que no se impone a primera vista, sino que se revela lentamente, como una flor que solo muestra sus pétalos más delicados a quien se toma el tiempo de contemplarla. Su cabello, de un rubio suave que parecía haber capturado los últimos rayos del sol de otoño, se recogía siempre en una trenza sencilla que le caía sobre el hombro derecho. Sus ojos, de un azul profundo como el cielo de Castilla en las tardes de mayo, tenían esa cualidad especial de parecer siempre ligeramente húmedos, como si estuvieran a punto de derramar lágrimas de una tristeza muy antigua y muy dulce.

Las manos de Elena, finas y pálidas, estaban siempre ocupadas. Desde que los primeros rayos del alba se filtraban por la ventana hasta que las últimas campanadas de la noche la llamaban al descanso, sus dedos no conocían el reposo. Cosía para las familias acomodadas del barrio: zurcía la ropa de los canónigos, bordaba las sábanas de los catedráticos, remendaba los uniformes de los estudiantes. Era un trabajo silencioso, meticuloso, que le permitía sobrevivir con la dignidad que su condición de huérfana le exigía mantener.

Pero Elena no cosía en silencio. Sus labios, rosados como los pétalos de los almendros en flor, se movían constantemente en oración. El rosario era su compañero inseparable, aquellas cuentas de madera gastadas por el uso que había heredado de su madre y que llevaba siempre en el bolsillo del delantal. Mientras la aguja subía y bajaba por la tela, las avemarías se sucedían en un murmullo apenas perceptible, como una melodía íntima que acompañaba el ritmo de su labor.

La tía Remedios, mujer de cincuenta años largos y temperamento agrio, veía con aprobación esta dedicación de su sobrina a la oración. "Dios premia a las muchachas buenas", solía decir con esa voz áspera que había desarrollado desde que se quedó viuda, "y tú, Elena, tienes que ser mejor que buena. Una huérfana no puede permitirse el lujo de ser como las demás." Estas palabras, repetidas cada día con la insistencia de quien cumple un deber sagrado, habían calado hondo en el alma de la joven, creando en ella una mezcla de resignación y melancolía que la hacía parecer mayor de lo que era.

La rutina de Elena era invariable como el curso de los astros. Despertaba al alba, cuando las campanas de la catedral anunciaban la primera misa del

día. Después de sus oraciones matutinas, preparaba el escaso desayuno que compartía con su tía: pan moreno, un poco de leche cuando había, y esa miel clara que compraban los domingos en el mercado de la Plaza Mayor. Luego, sin dilación, se instalaba junto a la ventana con su labor.

Aquel era su rincón del mundo, su observatorio particular desde donde contemplaba el discurrir de la vida salmantina. Conocía a todos los vecinos por sus pasos: el repiquetear nervioso de los tacones de doña Esperanza, que salía siempre a la misma hora para la misa de ocho; el andar pausado y solemne del doctor Villareal, que cada mañana se dirigía a la Universidad con su cartera de cuero bajo el brazo; los gritos alegres de los chiquillos que corrían hacia la escuela, con sus voces cristalinas que se perdían entre el eco de las piedras antiguas.

Pero de todas las procesiones cotidianas que desfilaban ante su ventana, había una que alteraba el ritmo tranquilo de su corazón: el paso de los seminaristas que salían de paseo cada tarde, cuando el sol comenzaba a declinar y las sombras se alargaban sobre el empedrado. Los veía aparecer al final de la calle, caminando en dos filas perfectas, con esa solemnidad que imponía el hábito negro y la disciplina del seminario.

Elena había llegado a conocer esa procesión con la precisión de quien estudia un fenómeno natural. Sabía que aparecían siempre a las cinco en punto, cuando las campanas de San Esteban daban la hora con su toque grave y profundo. Marchaban en silencio, con la cabeza ligeramente inclinada, como si el peso de su vocación sagrada les impidiera mirar directamente al mundo que habían renunciado a poseer. Sus sotanas negras ondulaban al compás de sus pasos, y sobre los hombros llevaban la beca roja que los distinguía como estudiantes del seminario diocesano, esa banda de color que era el único destello de vida en su atuendo austero.

El espectáculo tenía algo de medieval, de eterno, como si aquellos jóvenes fueran los mismos que habían caminado por esas mismas calles durante siglos, llevando consigo la promesa de dedicar sus vidas al servicio de Dios. Elena los observaba con una mezcla de respeto y curiosidad, preguntándose qué habría llevado a muchachos tan jóvenes a elegir una vida de renuncia y sacrificio. Algunos no parecían tener más años que ella, y sin embargo ya habían decidido apartarse del mundo, del amor, de todas las alegrías que la vida puede ofrecer.

Mientras cosía, Elena solía imaginar las historias de aquellos seminaristas. ¿Qué habían dejado atrás? ¿Tenían hermanas, madres que lloraran su ausencia? ¿Habían conocido el amor antes de abrazar la vocación religiosa? Estas preguntas la asaltaban especialmente en las tardes de invierno, cuando la luz se desvanecía pronto y la soledad se hacía más intensa. Entonces, el paso de los seminaristas se convertía en el único acontecimiento que aliviaba la monotonía de sus días.

La religiosidad de Elena era profunda pero no exenta de una cierta sensualidad mística que ella misma no comprendía completamente. Cuando rezaba, especialmente durante el rosario vespertino, experimentaba una especie de éxtasis suave que la transportaba lejos de la

realidad cotidiana. Sus oraciones se teñían de una emotividad que iba más allá de la mera devoción formal; había en ellas algo de entrega amorosa, como si se dirigiera a un ser querido que pudiera escucharla y comprenderla en su soledad.

Esta religiosidad intensa había sido cultivada por la tía Remedios, quien veía en la piedad de su sobrina la única garantía de que no siguiera el camino de perdición que, según su visión amargada de la vida, esperaba a todas las mujeres jóvenes. "El mundo está lleno de tentaciones", repetía constantemente, "y una muchacha huérfana y pobre como tú debe aferrarse a Dios como un náufrago se aferra a una tabla." Estas palabras, pronunciadas con la convicción de quien ha sufrido mucho, habían creado en Elena una especie de armadura espiritual que la protegía del mundo pero que también la aislaba de él.

Sin embargo, a pesar de su piedad sincera y de su resignación aparente, Elena no podía evitar que a veces su corazón se agitara con inquietudes que no sabía nombrar. Especialmente cuando llegaba la primavera y el aire se llenaba de aromas nuevos, cuando los almendros florecían y las golondrinas regresaban a anidar en los aleros, sentía una especie de despertar interior que la turbaba y la llenaba de una melancolía inexplicable.

Era en esos momentos cuando el paso de los seminaristas adquiría un significado especial. Los observaba con más atención, fijándose en detalles que antes pasaba por alto: la forma en que el viento agitaba sus sotanas, la palidez de sus rostros juveniles, el contraste entre la severidad de su atuendo y la suavidad de sus facciones todavía adolescentes. Había algo en aquella procesión diaria que la conmovía profundamente, aunque no sabría explicar exactamente qué era.

Así transcurrían los días de Elena Valverde en aquel casucho viejo de la calle del Tostado: en la penumbra dorada de una existencia que parecía predestinada a la soledad y a la renuncia, pero que guardaba en su seno, como las aguas quietas guardan sus secretos, la posibilidad de que algo extraordinario sucediera. Porque el destino, ese tejedor invisible que maneja los hilos de nuestras vidas, había colocado a Elena en aquella ventana, a aquella hora precisa, para que fuera testigo de algo que habría de cambiar para siempre el curso de su existencia.

La ventana del tiempo, como ella misma llegaría a llamar en sus pensamientos a aquel marco que enmarcaba su visión del mundo, se abría cada día no solo al presente de la calle salmantina, sino también al futuro incierto que aguardaba a una joven que, sin saberlo, estaba a punto de conocer el amor en su forma más pura y más dolorosa.

CAPÍTULO 2

Entre Hilos y Plegarias

El alma de Elena Valverde era como un libro cerrado cuyas páginas solo ella podía leer en las horas más íntimas de la noche, cuando el silencio se

apoderaba del casucho viejo y hasta los rumores de la calle se acallaban bajo el manto de las tinieblas. En esas horas, cuando la luz mortecina de la vela proyectaba sombras danzantes sobre las paredes encaladas, la joven se permitía recordar aquellos días lejanos en que la felicidad había sido tan natural como el aire que respiraba.

Había vivido una infancia dorada en el pueblecito de Peñaranda, a unas leguas de Salamanca, donde su padre trabajaba como escribiente del ayuntamiento y su madre cosía para las familias principales. La casa era pequeña pero luminosa, con un patio donde crecían geranios y donde ella jugaba con una muñeca de trapo que su madre le había confeccionado con retales de sedas viejas. Entonces, el futuro se extendía ante ella como un camino lleno de posibilidades: había hablado de casarse con Julián, el hijo del herrero, un muchacho de ojos claros que le traía flores silvestres y que le había prometido solemnemente que construiría para ella la casa más bonita del pueblo.

Pero el destino, ese maestro implacable que no consulta nuestros deseos antes de dictar sus lecciones, había dispuesto otra cosa. El tifus llegó al pueblo con la lluvia de octubre, como una maldición invisible que se extendía de casa en casa sin respetar ni edades ni condiciones. Elena recordaba con nitidez terrible los días de la enfermedad de sus padres: el delirio de la fiebre, las manchas rojizas que aparecían en la piel como estigmas malditos, la impotencia del médico que movía la cabeza con pesadumbre mientras murmuraba palabras incomprensibles.

Su padre murió un martes, cuando las campanas de la iglesia tocaban el ángelus del mediodía. Elena, que permanecía junto a su lecho desde hacía tres días, vio cómo la respiración se hacía cada vez más débil hasta detenerse completamente, como un reloj que se detiene por falta de cuerda. Su madre, debilitada por la enfermedad y por el dolor de la pérdida, no pudo resistir más de cuatro días. Murió en brazos de su hija, susurrando su nombre con una voz que ya parecía venir del otro mundo.

Elena había permanecido sola en la casa durante dos días, velando los cuerpos de sus padres y esperando a que alguien viniera a buscarla. Tenía entonces doce años, pero la tragedia la había hecho crecer de golpe, como si el dolor fuera un viento terrible que marchitara las flores de la infancia en una sola noche. Cuando finalmente llegó su tía Remedios, la encontró sentada entre los dos féretros, con los ojos secos y la mirada perdida, como si hubiera gastado todas sus lágrimas de una vez.

El viaje a Salamanca había sido silencioso y doloroso. La tía Remedios, que había enviudado apenas un año antes, no era mujer dada a las efusiones sentimentales. Cumplía con su deber cristiano de recoger a la huérfana, pero lo hacía con esa resignación amarga de quien ve cómo la vida le impone cargas cada vez más pesadas. "Tendrás que acostumbrarte a vivir de otra manera", le había dicho durante el trayecto, mientras el carro se balanceaba sobre los caminos pedregosos. "Ya no eres la hija mimada de nadie. Ahora eres una huérfana que debe ganarse el pan con el sudor de su frente."

La casa de la calle del Tostado había sido un refugio, pero también una prisión. Elena llegó a ella con la ropa que llevaba puesta y el rosario de su madre como única herencia. La tía Remedios le asignó el cuarto del piso alto, una habitación pequeña pero limpia, con una cama de hierro, un crucifijo en la pared y aquella ventana que habría de convertirse en su única ventana al mundo. "Aquí vivirás mientras Dios quiera", le había dicho la tía con su voz seca, "pero recuerda que no eres una invitada. Tendrás que trabajar para merecer tu sustento."

El trabajo había llegado pronto. Las manos de Elena, que hasta entonces solo habían conocido los juegos y las caricias, tuvieron que aprender rápidamente el oficio de la costura. Al principio, los dedos se le llenaban de pinchazos y las puntadas salían desiguales, pero la necesidad es maestra implacable y pronto desarrolló la habilidad necesaria para zurcir, remendar y bordar con la perfección que exigían las clientas acomodadas.

La tía Remedios había perdido a su esposo en un accidente en las obras de la catedral nueva. Don Evaristo había sido un hombre bondadoso, albañil de oficio, que había sabido hacer sonreír a su mujer durante los pocos años que duró su matrimonio. Su muerte, aplastado por una piedra que se desprendió de un andamio, había transformado a Remedios en una mujer áspera y desconfiada, que veía en cada alegría una trampa del destino y en cada sonrisa una antesala del dolor.

"Los hombres no traen más que sufrimiento", solía decir mientras preparaba la cena frugal que compartían cada noche. "Primero te enamoran con palabras dulces, después te cargan de hijos y de trabajos, y al final se mueren y te dejan sola con las deudas y los recuerdos." Estas palabras, repetidas con la insistencia de una letanía, habían calado profundo en el alma de Elena, creando en ella una desconfianza instintiva hacia todo lo que pudiera parecerse al amor.

La religiosidad de la tía Remedios era intensa pero teñida de amargura. Había hecho de su viudez una especie de martirio voluntario, como si el sufrimiento fuera la única forma válida de servir a Dios. Sus oraciones sonaban más a reproches que a alabanzas, y en sus consejos a Elena siempre había un dejo de resentimiento hacia la vida que no había cumplido sus promesas. "Dios castiga a quien se permite ser feliz", decía, "porque la felicidad nos hace olvidar que estamos en un valle de lágrimas."

Elena había absorbido esta filosofía como una esponja absorbe el agua, pero en su alma joven quedaba siempre un residuo de rebeldía que no terminaba de someterse completamente. A veces, especialmente cuando la primavera llenaba el aire de aromas nuevos, sentía que algo dentro de ella se agitaba como un pájaro enjaulado que golpea contra los barrotes. Entonces se entregaba con mayor fervor a la oración, como si pudiera acallar con avemarías aquellas inquietudes que no se atrevía a nombrar.

El rosario se había convertido en su compañero inseparable. Las cuentas de madera, gastadas por el uso de su madre y ahora pulidas por sus propios dedos, parecían tener vida propia. Las conocía tan bien que podía rezar con los ojos cerrados, dejando que sus dedos encontraran automáticamente

cada cuenta mientras su mente se perdía en esa especie de trance dulce que producía la repetición de las oraciones familiares.

Había desarrollado una rutina de oración que estructuraba todo su día. Al despertar, antes de que los primeros rayos del sol se filtraran por la ventana, rezaba un padrenuestro por el alma de sus padres. Durante el trabajo, intercalaba avemarías entre puntada y puntada, como si cada oración fuera un hilo más en el tejido de su labor. Al mediodía, cuando las campanas de la catedral anunciaban el ángelus, dejaba cualquier tarea que estuviera realizando y se persignaba devotamente. Y por la noche, antes de acostarse, recitaba un rosario completo, con la voz apenas audible, como si temiera que alguien pudiera escuchar sus conversaciones íntimas con la Virgen.

Esta religiosidad constante no era apenas una imposición externa, sino una necesidad genuina de su espíritu. Elena había encontrado en la oración el único consuelo posible para una soledad que a veces se hacía insoportable. Cuando la nostalgia por sus padres se agudizaba hasta convertirse en dolor físico, cuando la vida le parecía un camino demasiado largo y demasiado triste, las oraciones actuaban como un bálsamo que, sin curar completamente la herida, al menos la hacía soportable.

Pero había algo más en su religiosidad, algo que ella misma no comprendía completamente. Sus oraciones tenían una cualidad especial, una intensidad emotiva que iba más allá de la mera devoción formal. Cuando rezaba, especialmente durante los rosarios vespertinos, experimentaba una especie de éxtasis suave que la transportaba lejos de la realidad cotidiana. Era como si estableciera una comunicación directa con lo divino, como si sus palabras fueran escuchadas por un ser infinitamente comprensivo que conocía todas sus penas y todas sus esperanzas secretas.

Este aspecto místico de su religiosidad se había acentuado después de la muerte de sus padres. Elena había comenzado a experimentar, durante las oraciones más intensas, una sensación de presencia que la consolaba y la tranquilizaba. Era como si sus padres estuvieran allí, invisibles pero reales, acompañándola en su soledad. Estas experiencias, que no se atrevía a compartir con nadie, ni siquiera con su confesor, se habían convertido en los momentos más preciosos de su existencia.

La tía Remedios veía con aprobación esta intensidad religiosa de su sobrina, pero por razones diferentes a las que la motivaban en Elena. Para ella, la piedad era principalmente una protección contra los peligros del mundo, una armadura que mantendría a la joven alejada de las tentaciones que podían llevarla a la perdición. "Una muchacha piadosa no da problemas", solía decir, "y una huérfana que da problemas acaba mal."

En las tardes de invierno, cuando el frío obligaba a cerrar la ventana y el mundo exterior se veía difuminado a través de los vidrios verdosos, Elena se sentía especialmente próxima a esa religiosidad mística que había desarrollado. La labor de costura se convertía entonces en una especie de meditación activa: sus dedos trabajaban automáticamente mientras su

mente se perdía en contemplaciones que la elevaban por encima de la realidad cotidiana.

Era en esos momentos cuando más agudamente sentía la ausencia de sus padres, pero también cuando más claramente percibía su presencia espiritual. Los recordaba no como los había visto en los últimos días terribles de la enfermedad, sino como habían sido en los tiempos felices: su padre con su sonrisa bondadosa y su manera pausada de explicar las cosas, su madre con sus manos siempre ocupadas y su voz dulce cantando las canciones de cuna que ahora Elena tarareaba inconscientemente mientras cosía.

Los sueños que había acariciado en su infancia -casarse con Julián, tener hijos, vivir en una casa propia- le parecían ahora fantasías de otra vida, como si hubieran pertenecido a otra persona. La Elena que jugaba en el patio de geranios y que creía en la posibilidad de ser feliz había muerto junto con sus padres, y en su lugar había nacido esta otra Elena, más seria, más resignada, más consciente de que la vida es principalmente sufrimiento y que la felicidad, cuando llega, es apenas un paréntesis breve en la larga oración del dolor.

Sin embargo, a pesar de esta filosofía de renuncia que había adoptado como escudo protector, Elena no podía evitar que a veces, en los momentos más inesperados, algo se agitara en su interior como un eco de la joven que había sido. Especialmente cuando llegaba la primavera y el aire se llenaba de perfumes nuevos, cuando el sol entraba por la ventana con más fuerza y los pájaros cantaban en los aleros, sentía una especie de despertar que la turbaba y la llenaba de una melancolía inexplicable.

Era entonces cuando el paso cotidiano de los seminaristas adquiría un significado especial. Los observaba con una atención nueva, preguntándose qué habría llevado a muchachos tan jóvenes a renunciar al mundo antes de haberlo conocido realmente. ¿Habrían experimentado ellos también esa agitación interior que ella sentía a veces? ¿Habían elegido el seminario para escapar de ella, o para encontrar en la religión un cauce más elevado para sus inquietudes?

Estas preguntas la asaltaban especialmente en las tardes de costura, cuando el trabajo mecánico de sus manos dejaba libre su mente para divagar. Se preguntaba si entre aquellos jóvenes habría alguno que, como ella, hubiera conocido temprano el dolor de la pérdida, alguno que hubiera buscado en la vocación religiosa un refugio contra la dureza del mundo. La idea de que pudiera existir esa comunión secreta de sufrimiento la consolaba extrañamente, como si no estuviera completamente sola en su dolor.

Así transcurrían los días de Elena Valverde entre hilos y plegarias, en esa existencia que parecía destinada a repetirse indefinidamente, como las cuentas de un rosario que no tiene fin. Pero el destino, ese tejedor invisible que maneja los hilos más secretos de nuestras vidas, estaba preparando ya el momento en que la monotonía de aquella rutina se vería alterada por

una presencia que habría de transformar para siempre la naturaleza de sus oraciones y el significado de su soledad.

CAPÍTULO 3

La Primera Mirada

La mañana del quince de abril había amanecido con esa claridad especial que tiene la primavera castellana, cuando el aire se vuelve diáfano como cristal y cada piedra de Salamanca parece brillar con luz propia. Elena Valverde, instalada en su sitio habitual junto a la ventana, trabajaba en el zurcido de una casulla que le había encargado el sacristán de San Martín, una labor delicada que requería toda su atención pero que no lograba acallar completamente la inquietud extraña que sentía desde hacía varios días.

Era una inquietud sin nombre, una agitación sutil que se manifestaba en pequeños signos: un temblor imperceptible en las manos cuando enhebra la aguja, una tendencia a levantar la vista hacia la calle con más frecuencia de la habitual, una especie de expectación indefinida que la hacía estar más alerta a los sonidos que llegaban desde el exterior. La tía Remedios, con esa perspicacia que da la experiencia del sufrimiento, había notado algo diferente en el comportamiento de su sobrina.

"Te veo nerviosa, Elena", le había dicho esa misma mañana, mientras preparaba el desayuno con sus movimientos secos y precisos. "Cuídate de los nervios, que son la puerta por donde entra el demonio en el alma de las mujeres jóvenes." La advertencia había resonado en el interior de Elena como una campana funeral, llenándola de una culpa vaga pero persistente, como si fuera responsable de sentimientos que no comprendía ni había elegido experimentar.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos por concentrarse únicamente en su labor, Elena no podía evitar que sus ojos se alzaran hacia la ventana cada vez que escuchaba pasos en la calle. La primavera había traído consigo una intensificación de la vida urbana: los comerciantes pregonaban sus mercancías con voces más alegres, los estudiantes caminaban con paso más ligero, hasta las campanas de las iglesias parecían sonar con timbre más claro. Y en medio de esta efervescencia primaveral, la espera de la hora en que aparecían los seminaristas se había convertido en el momento más intenso de su jornada.

Aquel día, cuando el reloj de la catedral marcó las cinco con su sonido grave y solemne, Elena sintió que su corazón se aceleraba de una manera que no había experimentado antes. Dejó la casulla sobre su regazo y se acercó más a la ventana, con el pretexto de aprovechar mejor la luz del atardecer. Sus manos, que habían estado trabajando con firmeza durante toda la jornada, comenzaron a temblar ligeramente, como si presintieran que algo extraordinario estaba a punto de suceder.

El sonido de los pasos ordenados se escuchó primero como un eco lejano, mezclado con el murmullo general de la calle. Después, la procesión

comenzó a hacerse visible al final de la calle del Tostado, con esa solemnidad ritual que Elena había llegado a conocer tan bien. Los seminaristas avanzaban en dos filas perfectas, con sus sotanas negras ondulando suavemente al compás de sus pasos y las becas rojas destacando como pinceladas de color sobre el fondo austero de sus hábitos.

Elena los observó acercarse con esa mezcla de curiosidad y respeto que siempre le inspiraban, pero esta vez había algo diferente en su manera de mirar. Sus ojos no se conformaban con contemplar la procesión como un conjunto, sino que se detenían en cada rostro, buscando algo que no sabría definir. Era como si, sin darse cuenta, estuviera esperando encontrar algo específico, una señal, una respuesta a la inquietud que llevaba días agitando su alma.

Fue entonces cuando lo vio.

Caminaba en la segunda fila, ligeramente separado de sus compañeros, con una prestancia que lo distinguía inmediatamente del resto. Era más alto que los demás, con una elegancia natural que ni siquiera la austeridad del hábito lograba ocultar. Sus pasos tenían una cadencia diferente, más segura, como si caminara no solo con el cuerpo sino con toda la determinación de su voluntad. Pero lo que más llamó la atención de Elena fue su rostro: pálido como el mármol, con facciones que parecían esculpidas por un artista inspirado, enmarcadas por un cabello negro como la noche que contrastaba dramáticamente con la blancura de su piel.

Sus ojos, que Elena pudo distinguir claramente a pesar de la distancia, eran negros también, pero de una negrura profunda y luminosa que parecía contener toda la intensidad de un alma apasionada. Había en ellos algo que contrastaba violentamente con la serenidad que se esperaba de un futuro sacerdote: una especie de fuego contenido, una inquietud que se adivinaba tras la compostura externa, como si llevara dentro de sí una lucha secreta entre la vocación que había elegido y algo más profundo y turbulento que se resistía a ser completamente sometido.

Elena se quedó inmóvil, con la aguja suspendida en el aire y la respiración contenida, contemplando aquella figura que parecía haber surgido de sus sueños más secretos. Había algo en aquel joven seminarista que le resultaba familiar y extraño a la vez, como si lo hubiera estado esperando sin saberlo durante todos aquellos meses de soledad y trabajo. Su corazón comenzó a latir con una intensidad que la asustó, y sintió que un calor desconocido se extendía por todo su cuerpo, desde las mejillas hasta la punta de los dedos.

Fue en ese momento, cuando Elena se hallaba completamente absorta en la contemplación de aquella figura magnética, que sucedió lo inevitable. El joven seminarista, como si hubiera sentido el peso de aquella mirada, alzó la vista hacia la ventana donde ella se encontraba. Sus ojos se encontraron durante un instante que pareció eterno, un momento de comunión silenciosa que atravesó el espacio que los separaba como una flecha invisible.

Elena sintió que el mundo se detenía a su alrededor. En aquellos ojos negros que la miraban directamente, reconoció algo que no sabía que había estado buscando: una intensidad que hacía eco de su propia inquietud, una profundidad que hablaba de secretos compartidos antes de ser revelados, una melancolía que se correspondía perfectamente con la suya propia. Era como si, en aquel cruce de miradas, dos almas que habían estado navegando solitarias por mares diferentes se reconocieran súbitamente como compañeras de viaje.

El joven seminarista se detuvo por un instante, alterando ligeramente el ritmo de la procesión. Sus compañeros continuaron su marcha, pero él permaneció inmóvil durante unos segundos que bastaron para que Elena grabara para siempre en su memoria cada detalle de aquel rostro: la línea firme de las cejas, la palidez marmórea de la piel, la forma perfecta de los labios que parecían hechos más para susurrar palabras de amor que para recitar oraciones litúrgicas.

Luego, como si despertara de un sueño, el joven pareció recordar donde estaba y quién era. Una sombra de turbación cruzó por su rostro, y Elena pudo ver cómo hacía un esfuerzo visible por recobrar la compostura. Bajó la vista, se persignó discretamente y apresuró el paso para alcanzar a sus compañeros, pero no sin antes dirigir una última mirada rápida hacia la ventana, una mirada que Elena interpretó como una promesa tácita de que aquello que había comenzado en ese momento no terminaría ahí.

Cuando la procesión se perdió al final de la calle, Elena siguió inmóvil junto a la ventana, con la casulla olvidada sobre su regazo y el corazón latiendo con una violencia que la asustaba. Había experimentado algo completamente nuevo, algo que no tenía nombre en su vocabulario de huérfana piadosa pero que reconocía instintivamente como peligroso. Era como si, en el espacio de unos pocos segundos, toda su existencia cuidadosamente ordenada hubiera sido puesta en cuestión por la simple presencia de aquel rostro desconocido.

Trató de volver a su trabajo, pero las manos le temblaban tanto que no conseguía enhebrar la aguja. Los pensamientos se agolpaban en su mente como pájaros asustados: ¿quién era aquel joven? ¿De dónde venía? ¿Qué había en sus ojos que había despertado en ella sensaciones tan intensas y tan turbadoras? Y, sobre todo, ¿por qué sentía que aquella mirada había cambiado algo fundamental en su interior, algo que ya no podría volver a ser como antes?

La culpa no tardó en aparecer, como una sombra que se desliza sigilosamente tras los momentos de felicidad. Elena se acordó de las palabras de su tía Remedios, de sus advertencias constantes sobre los peligros que acechaban a las mujeres jóvenes, de la necesidad de mantener puros los pensamientos y castos los sentimientos. ¿Qué había hecho ella sino precisamente lo contrario? ¿No había sentido su corazón acelerarse ante la visión de un hombre que, además, había consagrado su vida a Dios?

Se levantó bruscamente de su silla y se dirigió hacia el pequeño crucifijo que colgaba sobre su cama. Se arrodilló ante él con la misma devoción de siempre, pero las oraciones que brotaron de sus labios tenían una urgencia desesperada que no había tenido antes. "Perdóname, Señor", murmuró, "por estos pensamientos que no sé de dónde vienen. Ayúdame a ser la mujer piadosa que debo ser. No permitas que mi corazón se desvíe del camino que Tú has trazado para mí."

Pero ni siquiera mientras rezaba podía apartar de su memoria aquellos ojos negros que la habían mirado con tanta intensidad. Era como si se hubieran grabado en su alma con fuego, creando una imagen que se superponía a todas las demás, incluso a la del Cristo crucificado ante el cual se postraba. Esta blasfemia involuntaria la llenó de un terror sagrado que la hizo llorar silenciosamente, con lágrimas que eran a la vez de arrepentimiento y de una extraña felicidad que no se atrevía a analizar.

Aquella noche, Elena no pudo conciliar el sueño hasta muy tarde. Permanecía despierta en su cama estrecha, escuchando los ruidos nocturnos de la ciudad: los pasos de los serenos, el ladrido lejano de los perros, el gemido del viento entre las tejas. Pero por encima de todos estos sonidos familiares, escuchaba el eco de su propio corazón, que seguía latiendo con una intensidad desconocida, como si hubiera aprendido un ritmo nuevo que ya no podría olvidar.

Se levantó varias veces para asomarse a la ventana, mirando hacia la calle vacía como si esperara ver aparecer de nuevo aquella figura que había alterado tan profundamente su paz interior. La calle del Tostado, bañada por la luz plateada de la luna, parecía guardar en sus piedras antiguas el eco de aquel momento extraordinario. Elena se preguntaba si el joven seminarista estaría también despierto, si también él habría sentido esa conmoción extraña que produce el reconocimiento súbito de algo que no sabíamos que estábamos buscando.

Cuando finalmente logró dormirse, sus sueños estuvieron poblados de imágenes confusas en las que se mezclaban las oraciones familiares con rostros desconocidos, donde las cuentas del rosario se transformaban en ojos negros que la miraban con intensidad infinita. Despertó varias veces durante la noche, siempre con el mismo sentimiento de haber perdido algo precioso que no conseguía recordar completamente.

Al amanecer, Elena se levantó con la sensación de que algo había cambiado irrevocablemente en su vida. El mundo seguía siendo el mismo -la misma habitación, la misma ventana, la misma labor esperándola sobre la mesa- pero ella se sentía diferente, como si hubiera cruzado durante la noche un umbral invisible que la separaba para siempre de la mujer que había sido hasta el día anterior.

Mientras se preparaba para comenzar una nueva jornada, Elena se prometió a sí misma que no volvería a permitir que su corazón se agitara de aquella manera. Había sido un momento de debilidad, una tentación que debía rechazar con todas sus fuerzas. Pero en el fondo de su alma, en esa región secreta donde guardamos nuestros deseos más profundos, sabía

que esperaba con impaciencia la hora en que los seminaristas volvieran a pasar por su calle, y que buscaría entre ellos aquellos ojos negros que habían despertado en ella el conocimiento turbador de que el corazón humano puede albergar sentimientos que van más allá de la oración y que son, acaso, tan sagrados como ella misma.

La primera mirada había sido intercambiada. El destino había puesto en marcha su maquinaria invisible, y Elena Valverde, sin saberlo todavía, había comenzado a recorrer un camino que habría de llevarla lejos de la seguridad de su existencia ordenada, hacia territorios del alma donde la fe y el amor libran batallas cuyo resultado solo Dios conoce.

CAPÍTULO 4

El Seminarista Rebelde

Hay vocaciones que nacen del alma como las flores del rocío, naturales y espontáneas, impregnadas de esa fragancia celestial que delata su origen divino. Otras, en cambio, se construyen laboriosamente, como edificios que requieren cimientos profundos y muros sólidos para sostenerse contra los vientos del mundo. Y están, finalmente, aquellas que se imponen desde fuera, como vestiduras que nunca terminan de ajustarse al cuerpo que las lleva, creando rozaduras invisibles que solo el alma siente.

Alejandro de Orbaneja había crecido envuelto en una de estas últimas vocaciones. Hijo tercero de don Anselmo de Orbaneja, notario de reputación intachable en Valladolid, y de doña Ramona Hita y López, señora de piedad tan ostentosa como sus mantillas de Chantilly, había visto determinado su destino con la misma naturalidad con que se decide el color de los cortinajes o la hora de la cena familiar. No hubo consulta, no hubo deliberación: el día de sus trece años, mientras la familia se reunía en el salón principal para celebrar la fecha, su madre le había comunicado, con esa solemnidad que reservaba para las grandes ocasiones, que él sería el sacerdote de la familia.

"Un hijo en el altar es la corona de gloria de toda casa cristiana", había dicho doña Ramona, con las manos cruzadas sobre el misal y la mirada fija en el retrato del abuelo, que presidía la estancia como un patriarca silencioso. "Tú, Alejandro, serás nuestro intercesor ante el Altísimo, el que abra las puertas del cielo a todos los Orbaneja que han vivido y los que están por nacer."

El muchacho había asentido con la docilidad que le era habitual, pero en su interior algo se había agitado como un pájaro que presiente la jaula. Era una sensación indefinible, una mezcla de orgullo por la confianza depositada en él y de vértigo ante un camino que se extendía hacia el futuro sin que él hubiera tenido la oportunidad de elegir siquiera la primera piedra. Pero las palabras de protesta, si es que llegaron a formarse, se desvanecieron ante la mirada expectante de sus padres y la sonrisa aprobadora de sus hermanos mayores, ya encaminados hacia carreras más mundanas pero no menos respetables.

Los años del seminario menor habían transcurrido con la regularidad de un reloj bien ajustado. Alejandro había sido un alumno ejemplar, piadoso sin ostentación, estudioso sin pedantería, obediente sin servilismo. Sus superiores lo citaban como modelo de seminarista, y sus compañeros lo respetaban con esa mezcla de admiración y envidia que despiertan aquellos en quienes la gracia parece manifestarse sin esfuerzo. Sin embargo, bajo esta superficie de perfección religiosa, se ocultaba un mar de inquietudes que crecía silenciosamente, como crecen las aguas subterráneas hasta el día en que encuentran una grieta y brotan con fuerza incontenible.

Al llegar al Seminario Mayor de Salamanca, estas inquietudes se habían agudizado. La majestuosa ciudad, con sus piedras doradas que parecían guardar secretos de siglos, con sus calles que hablaban de amores y de glorias, de santos y de pecadores, ejercía sobre su espíritu una fascinación que no lograba explicarse completamente. Era como si aquellas piedras antiguas le susurraran al oído una lengua que no había aprendido en los libros de teología, una lengua que hablaba de vida, de pasión, de todos esos aspectos de la existencia humana que su educación religiosa había mantenido cuidadosamente apartados de su experiencia.

Durante los primeros meses, Alejandro había luchado contra estas impresiones como un náufrago lucha contra las olas que amenazan con sumergirlo. Se entregaba a la oración con redoblado fervor, multiplicaba sus mortificaciones, estudiaba con una aplicación que rayaba en lo obsesivo. Sus notas eran excelentes, su comportamiento irreprochable, su piedad edificante. Pero en el silencio de la celda, cuando las sombras de la noche se espesaban y el seminario entero parecía sumido en el sueño de los justos, él permanecía despierto, con los ojos fijos en el crucifijo que pendía sobre su lecho, preguntándose si aquella paz que veía en el rostro de Cristo era la misma que él estaba destinado a encontrar.

La respuesta había llegado aquella tarde de abril, cuando el aire primaveral parecía cargado de promesas y los pasos de la procesión vespertina resonaban con cadencia solemne sobre los adoquines de la calle del Tostado. Era uno de esos paseos reglamentarios que el seminario permitía a sus alumnos, destinados más a mantener la salud del cuerpo que a satisfacer la curiosidad del alma, pero que para Alejandro se habían convertido en los únicos momentos en que se sentía verdaderamente vivo.

Caminaba, como siempre, en la segunda fila, con la vista modestamente baja y las manos cruzadas sobre el breviario, pero su alma volaba por encima de aquella disciplina exterior, bebiendo ávidamente el espectáculo de la vida que se desplegaba a su alrededor. Los comerciantes que pregonaban sus mercancías, las mujeres que se asomaban a las ventanas para tender la ropa, los niños que jugaban en los portales, todo ese mundo bullicioso y colorido que su vocación lo destinaba a contemplar desde lejos, como quien mira un jardín desde el otro lado de una verja.

Fue entonces cuando sus ojos, desobedeciendo las normas de la modestia clerical, se alzaron hacia una ventana que hasta entonces había sido para

él tan insignificante como cualquier otra. Y allí, enmarcada por los cristales verdosos que filtraban la luz del atardecer, vio aparecer una figura que habría de trastocar para siempre el curso ordenado de su existencia.

Era una joven de rostro pálido y ojos grandes, que trabajaba en alguna labor de costura con esa concentración serena que da la costumbre del trabajo honesto. Había en toda su persona una melancolía dulce que hablaba de sufrimientos tempranamente conocidos, pero también una dignidad natural que la ennoblecía como un blasón invisible. Su belleza no era de esas que deslumbran y turban, sino de las que se insinúan gradualmente, como una música que primero se percibe confusamente y después se revela en toda su armonía.

En el instante en que la vio, Alejandro sintió que algo se desplomaba en su interior, no con el estruendo de las ruinas, sino con ese silencio especial que acompaña a las transformaciones profundas del alma. Era como si hubiera estado caminando en sueños durante todos aquellos años y despertara súbitamente a una realidad que no sabía que existía. Sus pasos, hasta entonces seguros y acompasados, se hicieron inciertos. Su respiración se alteró. Y en sus ojos, siempre serenos y controlados, apareció por primera vez esa expresión de turbación que delata las grandes conmociones del corazón.

La joven debió sentir el peso de aquella mirada, porque en ese momento alzó la vista de su labor y sus ojos se encontraron con los de él. Fue un encuentro breve, apenas unos segundos, pero que bastaron para que se estableciera entre ellos una comunicación silenciosa más elocuente que todos los discursos. En aquellos ojos claros, Alejandro leyó una historia de dolor prematuramente conocido, pero también una pureza que lo tranquilizó extrañamente. No había en ellos nada de esa coquetería calculada que tanto temían los manuales de moral, sino una tristeza noble que hablaba de un alma acostumbrada al sufrimiento y ennoblecida por él.

El efecto de aquella mirada fue inmediato y devastador. Alejandro sintió que todo su mundo interior se reorganizaba súbitamente en torno a aquella imagen, como si hubiera encontrado por fin el centro que había estado buscando sin saberlo. Sus pasos se hicieron más lentos, su cabeza se inclinó hacia aquel lado con un movimiento involuntario, y por un momento olvidó completamente dónde estaba y quién era. Solo existía aquella ventana, aquella figura, aquellos ojos que habían despertado en él el conocimiento turbador de que el corazón humano puede albergar sentimientos que van más allá de la vocación religiosa.

Cuando la procesión dobló la esquina y la ventana desapareció de su vista, Alejandro siguió caminando como un autómatas, pero su alma había quedado atrás, prendida de aquellos cristales como una enredadera que no puede desprenderse del muro que la sostiene. El resto del paseo transcurrió para él en una niebla de confusión. Las oraciones vespertinas sonaron en sus oídos como una lengua extranjera, y cuando llegó el momento de cenar en el refectorio, descubrió que había perdido completamente el apetito.

Aquella noche, en el silencio de la celda, Alejandro se enfrentó por primera vez con la realidad de lo que había sucedido. Arrodillado ante el crucifijo, trató de rezar con su fervor habitual, pero las palabras se le negaban. Era como si entre él y Dios se hubiera interpuesto súbitamente una presencia que lo distraía de la contemplación divina. Por más que se esforzaba en concentrarse en los misterios sagrados, su pensamiento volvía obstinadamente a aquella ventana, a aquella figura, a aquellos ojos que habían despertado en él sensaciones completamente nuevas.

"Es una tentación", se decía, "una prueba que Dios me envía para fortalecer mi vocación." Pero en el fondo de su alma, una voz más honesta le susurraba que aquello que había sentido no tenía nada de diabólico, sino que era, acaso, la cosa más natural y más sagrada que le había ocurrido en su vida. Por primera vez, había sentido latir su corazón con un ritmo que no era el de la obediencia, sino el de un sentimiento espontáneo y auténtico que brotaba de las regiones más profundas de su ser.

Los días siguientes fueron para Alejandro un calvario de dudas y contradicciones. Exteriormente, seguía siendo el mismo seminarista modelo de siempre: puntual en los ejercicios, atento en las clases, edificante en su comportamiento. Pero interiormente había comenzado una lucha que amenazaba con destruir todo el edificio cuidadosamente construido de su vocación religiosa. Cada paseo por la calle del Tostado se convertía en una ocasión de pecado y al mismo tiempo en el único momento en que se sentía verdaderamente vivo. Esperaba con ansia la hora de la salida, pero al mismo tiempo la temía como se teme una droga que sabemos que nos destruye pero de la que no podemos prescindir.

Y ella estaba siempre allí, en su ventana, trabajando en sus labores con esa serenidad que lo fascinaba y lo tranquilizaba a la vez. Había días en que no levantaba la vista, y entonces Alejandro se sentía como un sediento que ve alejarse el agua. Pero otras veces sus ojos se encontraban de nuevo, y en esas ocasiones él experimentaba una felicidad tan intensa que le parecía un sacrilegio sentirla en el corazón destinado a Cristo.

Poco a poco, sin darse cuenta, había comenzado a vivir únicamente para esos momentos. Todo lo demás - los estudios, las oraciones, las prácticas piadosas - se había convertido en un decorado que debía mantener para poder llegar hasta la única realidad que le importaba: aquella ventana donde una joven desconocida había despertado en él la conciencia de que el amor puede ser tan sagrado como la fe, y acaso más auténtico.

CAPÍTULO 5

El Lenguaje de las Miradas

Hay en el corazón humano abismos que la palabra no puede sondear, y silencios más elocuentes que todos los discursos. Entre Elena Valverde y Alejandro de Orbaneja había nacido una de esas correspondencias secretas que no necesitan de la voz para manifestarse, porque se alimentan de

substancias más sutiles: la mirada, el suspiro, el temblor imperceptible que delata las grandes tempestades del alma.

Los días habían adquirido para ambos una cadencia nueva, marcada por el ritual vespertino que transformaba la calle del Tostado en escenario de un drama silencioso. Elena, que antes trabajaba con la regularidad mecánica de quien ha hecho de la labor una muralla contra los pensamientos peligrosos, descubrió que sus manos comenzaban a temblar cuando se acercaban las cinco de la tarde. La aguja se le escurría entre los dedos como un pez asustado, y los hilos se enredaban con una terquedad que jamás había conocido.

La tía Remedios, cuya perspicacia se había afilado en los años de dolor, no tardó en advertir estos cambios. "Te veo alterada, Elena", le dijo una mañana, mientras revolvía la olla del guisado con movimientos secos y precisos. "Cuídate de no perder el juicio por cosas que no convienen a tu estado." Pero Elena apenas escuchó las palabras de su tía, porque toda su atención estaba concentrada en el sonido lejano de las campanas que marcaban el transcurso del día, acercándola inexorablemente a la hora sagrada.

Alejandro, por su parte, había comenzado a vivir en un estado de exaltación permanente que contrastaba violentamente con la serenidad que se esperaba de un futuro ministro del altar. Los estudios le resultaban áridos, las oraciones se le convertían en letanías mecánicas, y hasta las lecturas piadosas que antes lo consolaban le parecían ahora páginas escritas en una lengua extranjera. Solo conservaba la lucidez en los momentos que precedían al paseo vespertino, cuando su alma entera se concentraba en la expectativa del encuentro silencioso.

Se había vuelto experto en el arte de la disimulación. Sabía colocarse en la procesión de manera que, al doblar la esquina de la calle del Tostado, pudiera divisar inmediatamente la ventana donde ella trabajaba. Había estudiado los ángulos, medido las distancias, calculado los tiempos con la precisión de un estratega. Y cuando el momento llegaba, cuando sus ojos se encontraban con los de ella a través del cristal verdoso, sentía que toda su existencia se justificaba en aquel instante eterno.

La primera vez que se miraron directamente, sin el pudor que había marcado sus encuentros anteriores, fue una tarde de mayo en que el aire parecía cargado de electricidad. Elena había alzado la vista de su labor con un movimiento más decidido que de costumbre, y Alejandro, en lugar de bajar los ojos como mandaba la prudencia, sostuvo aquella mirada con una intensidad que los sorprendió a ambos. Fue un momento brevísimo, pero que bastó para que se estableciera entre ellos una comunicación que iba más allá de las palabras.

En los ojos de Elena, Alejandro leyó una tristeza que se correspondía perfectamente con la suya, pero también una pureza que lo tranquilizó extrañamente. No había en aquella mirada nada de la provocación calculada que tanto temían los manuales de moral, sino una melancolía noble que hablaba de un alma acostumbrada al sufrimiento y ennoblecida

por él. Era como si le dijera, sin pronunciar sonido alguno: "Yo también sufro, yo también estoy sola, yo también busco algo que no sé si tengo derecho a encontrar."

Elena, por su parte, descubrió en aquellos ojos negros una profundidad que la conmovió hasta las fibras más íntimas de su ser. Había en ellos una lucha que reconocía como propia, una batalla entre el deber y el deseo que se libraba en silencio, como todas las batallas verdaderamente importantes. Y por primera vez desde la muerte de sus padres, sintió que no estaba completamente sola en el mundo, que existía alguien capaz de comprender su soledad sin necesidad de explicaciones.

A partir de aquel día, los encuentros se hicieron más frecuentes y más intensos. Elena había aprendido a calcular el momento exacto en que debía alzar la vista para encontrarse con la procesión. Fingía estar absorta en su labor, pero todos sus sentidos estaban alerta, esperando el sonido de los pasos que se acercaban. Cuando lo escuchaba, su corazón comenzaba a latir con una violencia que la asustaba y la embriagaba a la vez.

Alejandro, por su parte, había desarrollado una técnica sutil para prolongar aquellos momentos preciosos. Aflojaba imperceptiblemente el paso cuando se acercaba a la ventana, fingía ajustarse el breviario, simulaba una pequeña cojera que le permitía quedarse ligeramente rezagado. Sus compañeros no notaban estas maniobras, absortos como estaban en sus propias meditaciones, pero él sabía que cada segundo ganado era un tesoro que guardaría en la memoria como un avaro guarda sus monedas de oro.

Las miradas se fueron haciendo más audaces, más prolongadas, más cargadas de significado. Elena aprendió a interpretar los matices más sutiles: si él parpadeaba de cierta manera, era que también la había estado esperando; si giraba apenas el rostro hacia ella, era un saludo contenido; si bajaba la vista inmediatamente después de mirarla, era que temía haber pecado por haberla contemplado demasiado tiempo.

Alejandro, por su parte, se había convertido en un estudioso de las expresiones de Elena. Sabía que cuando ella se recogía un mechón de cabello detrás de la oreja, estaba nerviosa; que cuando sus labios se entreabrían levemente, contenía un suspiro; que cuando bajaba la vista con un movimiento brusco, había sentido la misma turbación que él experimentaba. Era como si hubieran desarrollado un lenguaje secreto, comprensible solo para ellos, más elocuente que todas las palabras.

Los efectos de esta correspondencia silenciosa no tardaron en manifestarse. Elena se encontraba incapaz de concentrarse en sus labores después del paso de la procesión. Las manos le temblaban, los pensamientos se le dispersaban como pájaros asustados, y una inquietud indefinible se apoderaba de todo su ser. Trataba de rezar, pero las oraciones se le convertían en diálogos imaginarios con aquel rostro que se había grabado en su memoria como una llama. ¿Cómo se llamaría? ¿De dónde vendría? ¿Sentiría él la misma turbación que ella experimentaba?

Alejandro, por su parte, vivía en un estado de exaltación continua que comenzaba a preocupar a sus superiores. El padre director, hombre de experiencia consumada en el trato con las almas jóvenes, había notado ciertos cambios en su comportamiento: una distracción inusual durante las clases, una tendencia a contemplar el vacío con expresión soñadora, una impaciencia mal disimulada durante los ejercicios espirituales. "Hijo mío", le había dicho durante una de sus entrevistas semanales, "te veo alterado últimamente. ¿Hay algo que te inquiete?" Pero Alejandro había respondido con evasivas, incapaz de confesar la verdadera naturaleza de su turbación.

Las noches se habían convertido para ambos en un calvario de insomnio y pensamientos obsesivos. Elena permanecía despierta en su cama estrecha, con los ojos fijos en el techo, reviviendo una y otra vez los momentos de aquel encuentro de miradas. Se preguntaba si él también estaría despierto, si también él sentiría esa necesidad imperiosa de encontrar palabras para lo que no podía expresarse con palabras. A veces se levantaba y se asomaba a la ventana, mirando hacia la calle vacía como si esperara verlo aparecer en la oscuridad.

Alejandro, en su celda del seminario, luchaba contra pensamientos que sabía pecaminosos pero que no podía desterrar de su mente. Trataba de concentrarse en la oración, pero la imagen de Elena se interponía entre él y el crucifijo como una presencia que ya no podía ignorar. Se reprochaba su debilidad, se prometía dominar aquellos sentimientos, pero al llegar la tarde siguiente se encontraba de nuevo buscando ávidamente aquella ventana, aquellos ojos que se habían convertido en el centro de su universo.

Una tarde, cuando el sol bañaba las piedras de Salamanca con esa luz dorada que tienen los atardeceres de primavera, sucedió algo que habría de cambiar para siempre el curso de aquella historia silenciosa. Elena, que había estado esperando con más ansiedad que de costumbre, se acercó más a la ventana de lo que era su costumbre. Alejandro, al verla tan cerca, sintió que su corazón se desbocaba como un caballo sin bridas. Sus ojos se encontraron con una intensidad que ninguno de los dos había experimentado antes, y en aquel momento, sin mediar palabra, sin gesto alguno que pudiera delatar a los ojos de los demás, se dijeron todo lo que no podían decirse.

Fue Elena quien primero bajó la vista, abrumada por la intensidad de aquella comunicación muda. Pero en el breve instante que había durado aquel encuentro, ambos habían comprendido que ya no había vuelta atrás, que habían cruzado una línea invisible que los separaba para siempre de la paz que habían conocido antes. El amor, esa fuerza misteriosa que no entiende de votos ni de convencionalismos, había echado raíces en dos corazones que creían estar destinados a otros amores más elevados.

Cuando la procesión se perdió al final de la calle, Elena siguió inmóvil junto a la ventana, con una sonrisa que no había conocido jamás iluminando su rostro. Por primera vez desde la muerte de sus padres, se sentía verdaderamente viva, verdaderamente amada, aunque fuera de una

manera que no se atrevía a nombrar. En su alma había nacido una primavera que ningún invierno podría marchitar ya, porque había descubierto que el corazón humano puede amar a Dios y a una criatura al mismo tiempo, sin que ninguno de los dos amores disminuya al otro.

El lenguaje de las miradas había creado entre ellos un mundo nuevo, un universo privado donde las palabras sobraban porque todo se entendía sin necesidad de pronunciarlo. Y aunque los dos sabían que aquel amor estaba destinado a vivir en el silencio, encontraron en esa misma limitación una belleza que los amores permitidos no conocen. Porque solo lo que está prohibido puede alcanzar la intensidad de lo absoluto.

CAPÍTULO 6

Verano de Suspiros

El estío llegó a Salamanca con esa languidez voluptuosa que adormece los sentidos y despierta las pasiones. Las tardes se alargaban como suspiros de enamorada, y el sol, deteniéndose más tiempo sobre las piedras doradas, parecía complacerse en dorar también los corazones que latían al compás de anhelos secretos. En aquella atmósfera cargada de perfumes y promesas, el amor imposible entre Elena y Alejandro había de encontrar su expresión más intensa y dolorosa.

La ventana de la casa de la calle del Tostado se había convertido en algo más que un simple hueco abierto al mundo: era ya el altar donde se oficiaba diariamente el culto silencioso de dos almas que se habían reconocido sin poder encontrarse. Elena había dispuesto en el alféizar unas macetas de albahaca y geranios que, según decía a su tía, alegraban la vista y perfumaban el aire; pero la verdadera razón de aquel jardín en miniatura era más sutil y profunda. Las flores, con su belleza efímera y su fragancia delicada, eran como una ofrenda que ella hacía cada día a aquel amor que no se atrevía a nombrar.

El calor había traído consigo una mayor libertad en el vestir. Elena se había permitido prescindir del pañuelo negro que solía llevar al cuello, y ahora aparecía en la ventana con el escote apenas entreabierto, lo suficiente para que el aire circulara y refrescara su piel, pero también lo suficiente para que aquellos ojos que la contemplaban desde la calle pudieran adivinar la línea delicada de su garganta. No era coquetería calculada, sino esa necesidad inconsciente que tiene toda mujer enamorada de mostrarse hermosa ante el hombre que ama.

Alejandro había notado estos cambios con la perspicacia que da la pasión. Cada detalle nuevo en el aspecto de Elena - un mechón de cabello que caía de manera diferente, una flor fresca en el pecho, una sonrisa que se insinuaba en los labios - era registrado por él como un tesoro. Había comenzado a llevar un pequeño cuaderno donde anotaba, en latín para despistar a los curiosos, las impresiones de cada encuentro. "Hodie visa est pulchrior" (Hoy se la vio más hermosa), escribía, o "Oculi ejus tristiores hodie" (Sus ojos estaban más tristes hoy), creando así una crónica secreta

de aquella pasión que crecía día a día como crecen las plantas en el silencio de la tierra.

Los paseos vespertinos habían adquirido para ambos una importancia que trascendía lo meramente devocional. Elena calculaba ya con precisión matemática la hora exacta en que debía aparecer en la ventana. Conocía los ritmos de la procesión, sabía cuándo doblarían la esquina, cuándo pasarían frente a su casa, cuándo se perderían en la distancia. Y en esos minutos preciosos, que no llegaban nunca a cinco pero que se le antojaban eternos, vivía toda la intensidad de que era capaz su corazón.

Alejandro, por su parte, había perfeccionado el arte de la disimulación hasta convertirlo en una ciencia exacta. Sabía colocarse en la procesión de manera que su posición le permitiera ver la ventana sin que sus compañeros advirtieran la dirección de su mirada. Había aprendido a caminar con la vista en el breviario pero con la percepción alerta, de modo que podía detectar inmediatamente la presencia de Elena sin necesidad de alzar los ojos. Y cuando llegaba el momento del encuentro, cuando sus miradas se cruzaban a través del cristal, experimentaba una felicidad tan intensa que le parecía un milagro que no se delatara en su rostro.

La correspondencia silenciosa entre ambos había desarrollado una sutileza extraordinaria. Elena había aprendido a interpretar los más mínimos matices en la expresión de Alejandro. Si aparecía con el rostro más pálido de lo habitual, ella sabía que había sufrido algún reproche o que las dudas lo atormentaban. Si caminaba con paso más lento, era señal de que buscaba prolongar el momento del encuentro. Si sonreía, aunque fuera imperceptiblemente, el corazón de Elena se llenaba de una alegría que la acompañaba durante horas.

Alejandro, por su parte, había desarrollado una sensibilidad especial para los estados de ánimo de Elena. Conocía todos los matices de su belleza: cuándo estaba triste, cuándo esperanzada, cuándo temerosa. Había días en que la encontraba más pálida, y entonces su corazón se angustiaba pensando que quizás estaba enferma. Otras veces la veía más animada, y su alma se llenaba de gratitud hacia Dios por haberla hecho feliz. Cada cambio en su aspecto, cada variación en su actitud, era para él motivo de gozo o de inquietud.

El calor del verano había traído consigo una mayor audacia en aquellos encuentros. Elena había comenzado a aparecer más temprano en la ventana, fingiendo que regaba las plantas o que tendía alguna ropa al sol. Alejandro, por su parte, se las había ingeniado para que los paseos siguieran rutas más largas que los llevaran varias veces por la calle del Tostado. El padre director, hombre de experiencia, había notado estas alteraciones en la rutina, pero las había atribuido a la natural expansión del espíritu que produce el buen tiempo.

Una tarde particularmente calurosa, cuando el aire parecía vibrar de calor y el cielo se mostraba de un azul intenso que hacía daño a los ojos, ocurrió algo que habría de marcar un antes y un después en aquella historia de amor silencioso. Elena, que había estado esperando con más ansiedad que

de costumbre, se decidió a un gesto que hasta entonces no se había atrevido a realizar. Cuando vio acercarse la procesión, se incorporó ligeramente en su silla y, con un movimiento que quiso parecer casual, se llevó la mano al pecho para ajustarse el escote del vestido.

Alejandro vio aquel gesto y comprendió inmediatamente su significado. No era provocación, sino una forma sutil de decirle que ella también vivía aquellos momentos con la misma intensidad que él. Sus ojos se encontraron con una fuerza que ninguno de los dos había experimentado antes, y en aquel instante se dijeron, sin palabras, todo lo que no podían decirse con ellas. Elena sostuvo la mirada más tiempo del que era prudente, y Alejandro, olvidando por un momento dónde estaba, esbozó una sonrisa que habría sido visible para cualquiera que se hubiera tomado la molestia de observarlo.

Aquel intercambio, que duró apenas unos segundos, tuvo consecuencias inmediatas. Elena, abrumada por la intensidad de lo que había sentido, tuvo que levantarse de la silla y refugiarse en el interior de la habitación, donde permaneció varios minutos con la mano en el pecho, sintiendo los latidos desbocados de su corazón. Alejandro, por su parte, continuó el paseo en un estado de turbación que no pasó inadvertido para algunos de sus compañeros, particularmente para Lorenzo Menéndez, un joven levantisco de Asturias que había comenzado a sospechar que algo extraño ocurría con el ejemplar seminarista vallisoletano.

Los efectos de aquel encuentro se prolongaron durante días. Elena descubrió que ya no podía concentrarse en sus labores domésticas. Las manos le temblaban al coser, se le quemaba la comida, dejaba caer los objetos. Su tía Remedios, mujer de experiencia y sagacidad, comenzó a observarla con una atención que no presagiaba nada bueno. "Esta niña está trastornada", se decía mientras la veía suspirar sin motivo aparente o quedarse inmóvil en medio de una tarea, con la mirada perdida en el vacío.

Alejandro, por su parte, vivía en un estado de exaltación permanente que comenzaba a alarmar a sus superiores. Sus notas, siempre excelentes, empezaron a resentirse. Sus intervenciones en clase se hicieron confusas y deslavazadas. Y lo que era más grave, sus ejercicios de piedad perdieron esa fervorosa concentración que había sido su característica más notable. El padre director lo convocó a su despacho en varias ocasiones, pero Alejandro se las arregló para desviar la conversación hacia cuestiones académicas o disciplinarias que no tocaran el fondo verdadero de su turbación.

El verano avanzaba, y con él la intensidad de aquella pasión silenciosa. Las tardes se habían convertido en un ritual sagrado para ambos. Elena llegaba a conocer de memoria el sonido de los pasos de Alejandro, diferenciándolos entre todos los demás. Alejandro había aprendido a interpretar los más mínimos cambios en la disposición de las flores de la ventana, en la manera como Elena se peinaba, en la expresión de sus ojos. Era como si hubieran desarrollado un lenguaje secreto, comprensible solo para ellos, más elocuente que todas las palabras.

Una tarde de agosto, cuando el calor era tan intenso que hasta las piedras parecían sudar, Elena tomó una decisión que habría de cambiar para siempre el curso de los acontecimientos. Cuando vio acercarse la procesión, en lugar de quedarse sentada como era su costumbre, se incorporó y se acercó más a la ventana. Alejandro, al verla tan cerca, sintió que el corazón se le saltaba en el pecho. Sus ojos se encontraron con una intensidad que rayaba en lo insoportable, y en aquel momento, Elena hizo algo que hasta entonces no se había atrevido a hacer: sonrió.

Fue una sonrisa breve, apenas un instante, pero que contuvo toda la ternura acumulada durante meses de silencio. Alejandro, al verla, sintió que el mundo se tambaleaba a su alrededor. Sin poder contenerse, respondió con otra sonrisa que iluminó su rostro como un rayo de sol. Y en aquel intercambio de sonrisas se selló, sin palabras, sin juramentos, sin testigos, un pacto de amor que habría de resistir todas las tormentas del destino.

El verano terminaba, pero había dejado en dos corazones la semilla de una pasión que ya no podría ser arrancada. Elena y Alejandro habían descubierto que el amor verdadero no necesita de la palabra para manifestarse, que puede florecer en el silencio y nutrirse de miradas. Y aunque los dos sabían que aquel amor estaba destinado a vivir en el secreto, habían encontrado en esa misma limitación una belleza que los amores permitidos desconocen.

El otoño se acercaba, y con él nuevas pruebas para aquella pasión que había nacido al calor del verano salmantino. Pero Elena y Alejandro ya no eran los mismos de antes. El amor había transformado sus almas, había llenado de sentido sus vidas, había hecho de ellos dos seres capaces de la mayor felicidad y del mayor sufrimiento. Y en esa transformación radicaba tanto su gloria como su condena.

CAPÍTULO 7

Confesiones Peligrosas

El alma humana, cuando se debate entre el cielo y la tierra, conoce tormentos que ni la pluma más diestra podría describir con exactitud. Alejandro de Orbaneja había llegado a esa frontera peligrosa donde el corazón ya no obedece a la razón, ni la razón encuentra argumentos suficientes para dominar al corazón. Los días se sucedían en una monotonía aparente que ocultaba, como velo engañoso, la revolución silenciosa que se operaba en lo más íntimo de su ser.

La celda del seminario, que antes le había parecido refugio propicio para la meditación, se había convertido en cárcel estrecha donde sus pensamientos, como pájaros enjaulados, batían las alas contra los muros de la disciplina. Las horas nocturnas, antaño dedicadas al recogimiento y a la oración, transcurrían ahora en vigilia dolorosa, poblada de imágenes que su conciencia condenaba pero que su memoria se obstinaba en conservar con desesperante fidelidad.

El rostro de Elena se había grabado en su alma con la persistencia de una obsesión. No era ya solamente aquella aparición fugaz de la ventana lo que lo turbaba, sino la presencia constante, invisible pero real, de una mujer que había despertado en él emociones hasta entonces desconocidas. La sutil arquitectura de su rostro, la melancolía serena de sus ojos, la gracia contenida de sus movimientos, todo se había convertido en alfabeto de una lengua nueva que él leía y releía sin cansancio.

Era el mes de septiembre, y el otoño salmantino comenzaba a teñir de ocres y dorados las piedras seculares de la ciudad. El padre Eulogio Sánchez, director espiritual del seminario, había notado en Alejandro ciertos cambios que su experiencia de confesor veterano le impedía pasar por alto. La palidez que había sustituido al color saludable de sus mejillas, la distracción que empañaba su mirada antaño tan viva, la pérdida de apetito que se manifestaba en su cuerpo cada vez más delgado, eran síntomas inequívocos de una batalla interior que el buen religioso conocía demasiado bien.

Una tarde, después de vísperas, cuando las sombras se alargaban por los claustros y el silencio parecía más denso que de costumbre, el padre Eulogio hizo llamar a Alejandro a su despacho. Era éste una habitación austera, presidida por un crucifijo de madera oscura y amueblada con la sobriedad que convenía a un hombre que había hecho del desprendimiento terrenal la norma de su existencia.

—Siéntate, hijo mío —le dijo con voz pausada, indicándole una silla frente a su mesa—. Hace tiempo que observo en ti cierta inquietud que me preocupa.

Alejandro se sentó con la rigidez de quien se sabe objeto de un examen. El corazón le latía con violencia, pero procuró dominar su turbación.

—No sé a qué inquietud se refiere vuestra paternidad —murmuró, sin levantar los ojos.

—Vamos, Alejandro —replicó el director con suavidad que no ocultaba la firmeza—. Llevamos juntos tres años. Te he visto crecer en sabiduría y en gracia. Conozco tus virtudes y también tus flaquezas. Y precisamente porque te estimo, no puedo permitir que el enemigo del alma gane terreno sin combatirlo.

Un silencio espeso se instaló entre ambos. El padre Eulogio esperaba con la paciencia que da la costumbre de tratar con almas en trance de definición. Alejandro, por su parte, sentía que había llegado el momento de la verdad, ese instante terrible y necesario en que el alma debe elegir entre la mentira que tranquiliza y la verdad que libera.

—Padre —dijo al fin, con voz apenas audible—, es cierto que atravieso una crisis.

—¿De qué naturaleza?

—De fe... y de vocación.

El director entrelazó los dedos sobre la mesa y fijó en su discípulo una mirada que quería ser paternal pero que no conseguía ocultar cierta severidad.

—Explícate.

—Desde hace meses —comenzó Alejandro, como quien se decide a saltar un abismo—, experimento una sequedad espiritual que me desespera. Cuando rezo, las palabras me suenan huecas. Cuando estudio, las verdades teológicas se me antojan fórmulas sin vida. Y cuando medito sobre mi futuro sacerdocio, siento... siento como si me preparara para habitar una tumba.

—¿Y a qué atribuyes esa aridez?

Alejandro vaciló. Sabía que había llegado al punto más peligroso de la confesión. Una palabra de más, y su secreto quedaría al descubierto. Una palabra de menos, y se hundiría más profundamente en el pantano de la duplicidad.

—Creo... creo que mi corazón se ha... distraído.

—¿Distraído? ¿En qué sentido?

—En el sentido de que ya no pertenece por completo a Dios.

El padre Eulogio se incorporó ligeramente en su silla. Sus ojos, acostumbrados a escudriñar las profundidades del alma, se fijaron en Alejandro con intensidad renovada.

—¿Hay alguna criatura particular que sea objeto de esa distracción?

La pregunta cayó como una piedra en agua tranquila. Alejandro sintió que se le secaba la boca y que las manos le temblaban imperceptiblemente.

—Sí, padre.

—¿La conoces?

—No... es decir, no hemos hablado nunca.

—¿Pero la has visto?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la calle del Tostado. Vive en una casa... frente a la cual pasamos durante el rosario vespertino.

El padre Eulogio cerró los ojos un momento, como si reuniera fuerzas para lo que había de venir.

—¿Y qué ha pasado entre vosotros?

—Nada, padre. Absolutamente nada que pueda llamarse pecado en el sentido estricto de la palabra.

—¿Pero...?

—Pero nuestras miradas se cruzan. Cada tarde. Y yo... yo vivo para ese momento.

El director se levantó y caminó hasta la ventana. Fuera, la tarde declinaba con esa melancolía especial que tiene el otoño en tierras de Castilla. Cuando habló, su voz había adquirido un tono más severo.

—Alejandro, ¿comprendes la gravedad de lo que me estás diciendo?

—Creo que sí, padre.

—No, no la comprendes. Porque si la comprendieras, no habrías permitido que esa situación se prolongara. El corazón del futuro sacerdote debe ser como un vaso sagrado, reservado exclusivamente para el amor divino. Cualquier afecto humano que aspire a compartir ese espacio es un sacrilegio.

—Pero, padre —se atrevió a replicar Alejandro—, ¿acaso no es también divino el amor que nos inspira una criatura de Dios?

—¡Sofisma peligroso! —exclamó el director, volviéndose hacia él con viveza—. Con esa lógica, todos los pecados serían virtudes. El amor a una mujer, por muy puro que parezca, es incompatible con la vocación sacerdotal. No hay términos medios en este asunto.

—Entonces, ¿qué debo hacer?

—Cortar de raíz esa inclinación. Evitar todo encuentro, aunque sea casual. Pedir el traslado a otro seminario si es necesario. Y sobre todo, multiplicar las penitencias hasta que tu corazón vuelva a ser lo que debe ser: un sagrario inviolado.

Alejandro permaneció en silencio, pero el director percibió en su actitud una resistencia que lo alarmó.

—¿Estás dispuesto a hacerlo?

—Yo... no sé si tengo fuerzas.

—¿Cómo que no tienes fuerzas? ¿Acaso la gracia de Dios no es suficiente para todo? ¿O prefieres tu placer a tu salvación?

—No es placer, padre. Es... otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—No sabría explicarlo. Cuando la miro, siento que mi alma se eleva, no que se envilece. Siento que Dios me habla a través de ella, no que me aleja de Él.

El padre Eulogio regresó a su silla y fijó en Alejandro una mirada que mezclaba la compasión con la severidad.

—Hijo mío, lo que describes es precisamente el engaño más sutil del demonio. Satanás no se presenta nunca con cuernos y rabo. Viene disfrazado de ángel de luz. Y usa la belleza femenina como su arma más poderosa. ¿Crees que eres el primero en experimentar esas ilusiones? ¿Crees que tu caso es único?

—No, padre. Pero...

—No hay peros. O eliges a Dios, o eliges al mundo. No hay tercera vía. Y si eliges al mundo, no puedes permanecer en este seminario ni un día más.

El ultimátum había sido pronunciado con la solemnidad de una sentencia. Alejandro comprendió que había llegado al momento de la decisión definitiva. Pero en lugar de la claridad que esperaba, sólo encontró en su interior una confusión más profunda.

—Padre, pido tiempo para reflexionar.

—Te concedo tres días. Tres días para que ruegues, ayunes y medites. Al cabo de ese plazo, espero de ti una respuesta clara y definitiva.

Alejandro se levantó y se inclinó ante su director espiritual.

—Gracias, padre. Haré lo que pueda.

—No, hijo. Harás lo que debas. Que no es lo mismo.

Cuando salió del despacho, Alejandro sintió que el aire del claustro le sabía a libertad. Pero era una libertad envenenada, porque sabía que cualquier decisión que tomara le acarrearía un sufrimiento inmenso. Si elegía la sotana, tendría que matar en su corazón lo único que le daba verdadero sentido a su existencia. Si elegía a Elena, tendría que renunciar a todo lo que hasta entonces había constituido su identidad.

Esa noche, en su celda, tomó la pluma y comenzó a escribir. No sabía aún si tendría valor para entregar aquella carta, pero necesitaba poner por escrito lo que llevaba tanto tiempo callando. Porque hay pensamientos que sólo se aclaran cuando se ven reflejados en el papel, y sentimientos que sólo se comprenden cuando se traducen en palabras.

"Elena", escribió, y ya el solo hecho de trazar su nombre le produjo una emoción que le hizo temblar la mano. Luego siguió escribiendo, con la fiebre de quien se confiesa después de un largo silencio, vertiendo en el papel todo lo que no había podido decir en voz alta.

La carta crecía, página tras página, como un río que se hubiera desbordado después de una larga sequía. Y mientras escribía, Alejandro iba comprendiendo que ya no había vuelta atrás. Las palabras, una vez escritas, tenían vida propia. Y esa vida los comprometía a ambos en un destino que ya no podía ser alterado.

Los tres días de plazo transcurrieron como un sueño febril. Alejandro oraba, ayunaba, se disciplinaba, pero todo era inútil. El amor había echado raíces demasiado profundas en su corazón para ser arrancado por la violencia de la penitencia. Y cuando llegó el momento de dar su respuesta al padre Eulogio, supo que había tomado la decisión más difícil de su vida.

Era una decisión que habría de cambiar no sólo su destino, sino también el de aquella mujer silenciosa que, sin saberlo, había sido la causa inocente de la más profunda crisis de conciencia que puede experimentar un alma destinada a Dios.

CAPÍTULO 8

El Secreto de Elena

Hay dolores que crecen en la sombra del alma como plantas venenosas, alimentándose de silencios y regándose con lágrimas no derramadas. Elena Valverde conocía bien esa especie de tormento que no se manifiesta en quejas ni en gritos, sino en la palidez que se apodera del rostro cuando el corazón ya no puede más con su carga secreta.

Aquella mañana de septiembre, cuando el aire llevaba ya los primeros presagios del otoño, Elena despertó con la extraña sensación de que algo definitivo iba a ocurrir. No era presentimiento místico ni superstición de aldeana; era más bien esa certeza que brota del alma cuando ésta ha llegado al límite de su resistencia. Llevaba semanas guardando su secreto como quien guarda un tesoro maldito, sabiendo que su posesión la enriquece y la condena a un tiempo.

La tía Remedios, mujer de experiencia y olfato fino para los asuntos del corazón, había notado en su sobrina ciertos cambios que su prudencia le impedía atribuir a simples vapores o melancolías de estación. Elena se levantaba más temprano, pero no por devoción, sino por una inquietud que no la dejaba reposar. Comía menos, y cuando lo hacía, parecía masticar pensamientos en lugar de alimentos. Y sobre todo, había en su manera de mirar hacia la ventana una expectación que no cuadraba con el carácter apacible que siempre había mostrado.

—Esta niña anda con calentura de alma —se decía la buena mujer mientras removía el puchero—. Y las calenturas del alma son las peores, porque no se curan con hierbas ni con sangrías.

Elena, ajena a las sospechas de su tía, se debatía entre la necesidad de confiar su secreto y el temor de que, al pronunciarlo, se hiciera más real y, por tanto, más culpable. Había intentado confesarse con el padre Tomás, el anciano capellán de la parroquia, pero cada vez que se arrodillaba ante el confesionario, las palabras se le helaban en los labios. ¿Cómo decir que amaba a un seminarista sin que ello sonara a sacrilegio? ¿Cómo explicar que ese amor no era pecado de la carne, sino algo más puro y más terrible a la vez?

La solución llegó por sí sola, como suelen llegar las cosas importantes en la vida. Aquella tarde, mientras bordaba junto a la ventana —ya no para ver pasar a Alejandro, sino porque la costumbre se había hecho más fuerte que la voluntad—, vio acercarse por la calle la figura familiar de Carmen Bermúdez.

Carmen era esa clase de mujer que hace que las demás se sientan al mismo tiempo envidiosas y protectoras. Hija de un maestro de escuela, había heredado de su padre la facilidad de palabra y de su madre, muerta en el parto, cierta melancolía que la hacía atractiva sin ser hermosa. Tenía veintidós años, tres más que Elena, y esa experiencia la convertía en confidenta natural de las muchachas del barrio.

—¿Se puede saber qué haces ahí plantada como un ciprés? —le gritó desde la calle, con esa familiaridad que sólo permite una amistad de muchos años.

Elena se sobresaltó. No había visto acercarse a su amiga, absorta como estaba en sus pensamientos.

—Sube —le dijo—. Tengo que hablar contigo.

Carmen subió las escaleras con la agilidad de quien conoce cada peldaño. Cuando entró en la sala, miró a Elena con esa perspicacia que tienen las mujeres para descubrir los secretos ajenos.

—Tienes mala cara —le dijo sin preámbulos—. ¿Qué te pasa?

Elena la hizo sentar junto a ella en el sofá de crin que había sido de su madre. La tarde declinaba, y la luz que entraba por la ventana tenía esa calidad dorada que hace que todas las confidencias parezcan más importantes.

—Carmen —comenzó Elena, con la voz entrecortada—, creo que me he metido en un lío.

—¿Qué clase de lío?

—Del peor que puede meterse una mujer como yo.

Carmen entrecerró los ojos. Su experiencia le decía que cuando una mujer hablaba así, sólo había una explicación posible.

—¿Es un hombre?

Elena asintió con la cabeza, incapaz de pronunciar la palabra.

—¿Está casado?

—No.

—¿Tiene compromisos?

—Sí... con Dios.

Carmen se quedó inmóvil. En su rostro se reflejó primero la sorpresa, luego la comprensión y finalmente algo parecido al espanto.

—¿Un seminarista?

—Sí.

La confesión había sido hecha. Elena sintió un alivio inmenso y un terror no menor. Era como si hubiera saltado un abismo sin saber si habría red que la sostuviera del otro lado.

Carmen se levantó y caminó hasta la ventana. Desde allí podía ver la calle del Tostado, tranquila en la hora del crepúsculo. Se volvió hacia su amiga con expresión grave.

—¿Cómo ha sido? ¿Habéis hablado?

—Nunca. Ni una palabra. Sólo... nos miramos. Cada tarde, cuando pasan en procesión hacia la catedral. Al principio era algo inocente. Pero ahora...

—¿Ahora qué?

—Ahora vivo para ese momento. Me levanto pensando en él. Me acuesto soñando con él. Y cuando lo veo pasar, siento que el mundo se para y que sólo existimos él y yo en todo el universo.

Carmen regresó junto a Elena y le tomó las manos. Estaban frías como el mármol.

—¿Él... corresponde?

—Creo que sí. No puedo estar segura, pero hay algo en su manera de mirarme... Es como si me hablara sin palabras, como si me dijera cosas que no puede decir.

—¿Sabes cómo se llama?

—Alejandro. Alejandro de Orbaneja. Es de Valladolid. Viene de familia principal.

Carmen suspiró hondo. Conocía lo suficiente la vida para saber que aquella historia no podía tener final feliz.

—Elena, querida mía, ¿te das cuenta de dónde te has metido?

—Sí, lo sé. Pero no pude evitarlo. Fue como... como si el destino hubiera decidido por mí.

—El destino no decide nada. Somos nosotros quienes decidimos seguir ciertos caminos. Y el que has elegido no lleva a ninguna parte buena.

Elena se echó a llorar. Eran las primeras lágrimas que derramaba desde que había comenzado aquella historia, y brotaron con la violencia de un torrente largo tiempo contenido.

—¿Qué voy a hacer, Carmen? ¿Qué voy a hacer?

Carmen la abrazó con la ternura de una hermana mayor.

—Primero, vas a tranquilizarte. Segundo, vas a contarme todo desde el principio. Y tercero, vamos a buscar juntas una solución.

—¿Qué solución puede haber? Si lo amo, lo condeno. Si no lo amo, me muero.

—No seas dramática. Siempre hay soluciones. Quizás no las que quisiéramos, pero las hay.

Elena se secó las lágrimas con el pañuelo que Carmen le tendía. Poco a poco, con la voz entrecortada por los sollozos, le fue contando toda la historia. Desde aquel primer día en que había visto pasar a Alejandro y había sentido que algo se removía en su interior, hasta la tarde anterior, cuando sus miradas se habían cruzado con una intensidad que había dejado a ambos temblando.

Carmen la escuchó sin interrumpir, pero su rostro iba reflejando una preocupación creciente. Cuando Elena terminó su relato, permanecieron en silencio durante largo rato.

—¿Sabes lo que me da más miedo? —dijo finalmente Elena.

—¿Qué?

—Que él esté sufriendo tanto como yo. Que por mi culpa esté dudando de su vocación. Que por mi culpa...

—¡Por tu culpa! —exclamó Carmen—. ¿Pero quién te ha dicho que sea culpa tuya? ¿Acaso fuiste tú quien se puso en esa ventana para tentarlo? ¿Acaso

fuiste tú quien le sonrió primero? El amor llega cuando quiere y como quiere. No hay culpables cuando dos corazones se reconocen.

—Pero él es seminarista, Carmen. Está prometido a Dios.

—Y tú eres una mujer libre. Tienes tanto derecho a amar como cualquier otra. Si él no puede corresponder a ese amor, allá él con su conciencia. Pero no tienes por qué martirizarte.

Elena negó con la cabeza.

—No es tan simple. Yo sé que él me ama. Lo veo en sus ojos, lo siento en la manera como me mira. Y si me ama, es porque yo se lo he provocado. Sin querer, pero se lo he provocado.

Carmen se levantó y se acercó de nuevo a la ventana. El sol había desaparecido ya, y las primeras sombras del anochecer comenzaban a apoderarse de la calle.

—Elena —dijo sin volverse—, ¿qué pretendes que haga? ¿Qué te diga que dejes de amarlo? ¿Qué te diga que te encierres en casa para no volverlo a ver? ¿Qué te diga que busques a otro hombre que te haga olvidar?

—No sé qué pretendo. Sólo sé que necesitaba contárselo a alguien. Necesitaba que alguien supiera lo que me está pasando.

Carmen se volvió hacia ella con una sonrisa triste.

—¿Sabes lo que creo? Creo que ya no tienes opción. Creo que esto tiene que seguir su curso, para bien o para mal. Creo que hay amores que son más grandes que las circunstancias, y que cuando llegan, lo único que podemos hacer es vivirlos hasta el final.

—¿Aunque sea pecado?

—El pecado, querida mía, no está en amar. Está en no tener el valor de asumir las consecuencias de nuestros actos.

Cuando Carmen se fue, Elena se quedó sola con sus pensamientos. Había esperado que la confesión la tranquilizara, pero se sentía más inquieta que antes. Porque ahora su secreto tenía testigo, y eso lo hacía más real y más peligroso.

Aquella noche, por primera vez en semanas, no soñó con Alejandro. Soñó con un jardín donde todas las flores eran negras y donde una voz que no conseguía identificar le repetía una y otra vez: "Los amores imposibles son los únicos que merecen la pena, porque son los únicos que duran para siempre."

Al despertar, supo que había llegado el momento de tomar una decisión. Ya no podía seguir viviendo en aquella incertidumbre. Tenía que hacer algo, aunque ese algo la condenara para siempre.

Y mientras se vestía para ir a misa, tomó una resolución que habría de cambiar el destino de ambos: escribiría una carta a Alejandro. Una carta que le dijera todo lo que no había podido decirle con la mirada. Una carta que pusiera fin a aquella tortura silenciosa, fuera cual fuera el precio que tuviera que pagar por ello.

El otoño había llegado a Salamanca, y con él, la hora de las decisiones definitivas.

CAPÍTULO 9

La Llegada del Invierno

Octubre se desplomó sobre Salamanca como una losa de melancolía. Las piedras doradas de la ciudad, que en verano parecían irradiar luz propia, se tornaron grises y húmedas bajo el peso de las primeras lluvias. El aire, antes tibio y cargado de promesas, ahora cortaba la piel con esa crueldad particular que tienen los cambios de estación cuando coinciden con los cambios del alma.

Elena Valverde despertó aquella mañana con la certeza de que algo definitivo había ocurrido durante la noche. No era el frío lo que la había despertado, sino una sensación extraña, como si el mundo hubiera girado sobre su eje y ella se encontrara de pronto en un lugar que ya no reconocía. Se acercó a la ventana con pasos vacilantes, y al abrir los postigos, comprendió que el verano había muerto sin despedirse.

La calle del Tostado se extendía ante sus ojos como un camino hacia la desolación. Las últimas hojas del almendro que adornaba la fachada de enfrente colgaban marchitas, próximas a caer. Un viento áspero barría los adoquines, llevándose consigo los últimos vestigios de aquellos días dorados en que bastaba una mirada para sentirse viva.

—¡Elena! ¡Cierra esa ventana antes de que nos muramos de frío!

La voz de la tía Remedios llegó desde la cocina cargada de esa autoridad doméstica que no admite réplicas. Elena obedeció con movimientos lentos, como si cada gesto le costara un esfuerzo sobrehumano. Pero antes de cerrar completamente los postigos, echó un último vistazo hacia el lugar donde, dentro de pocas horas, habría de pasar Alejandro con sus compañeros de seminario.

La perspectiva la llenó de una angustia sorda. ¿Cómo podría verlo ahora, a través de los cristales empañados por el vaho del interior? ¿Cómo podría él distinguir su rostro entre las sombras de la habitación?

Remedios apareció en el umbral de la puerta, secándose las manos en el delantal. Era una mujer de cincuenta años, alta y enjuta, con esos ojos penetrantes que tienen las personas acostumbradas a gobernar casa y conciencias ajenas. Había criado a Elena desde los doce años, cuando la muerte de sus padres la dejó huérfana, y conocía a su sobrina como si fuera obra de sus propias manos.

—Ya era hora de que entrara en razón esta casa —masculló, dirigiéndose hacia la ventana—. Con estos vientos, no me extrañaría que te resfriases. Y yo no estoy para cuidar enfermos.

Elena la observó en silencio mientras la mujer examinaba los marcos de las ventanas con gesto crítico. Había algo en la determinación de su tía que la

inquietaba, como si aquella inspección fuera el preludio de una decisión ya tomada.

—¿No crees que podríamos dejar los postigos abiertos durante el día? —aventuró Elena con voz apenas audible—. La habitación se queda muy oscura...

Remedios se volvió hacia ella con una sonrisa que no llegaba a los ojos.

—Niña, el invierno es el invierno. Y cuando llega, hay que aceptarlo. No se puede vivir con las ventanas abiertas de par en par esperando que el verano vuelva. Eso no es sensato.

Aquellas palabras tenían un doble filo que Elena percibió con claridad. Su tía no hablaba solo del clima, sino de algo más profundo y más peligroso. Desde hacía semanas, había notado en ella una vigilancia sutil pero constante, como si sospechara que en aquella casa se incubaba un secreto que era preciso atajar antes de que creciera demasiado.

—Iré a buscar al vidriero —añadió Remedios—. Es hora de poner los cristales de invierno.

Elena sintió que se le secaba la boca. Los cristales de invierno eran gruesos, verdosos, deformantes. A través de ellos, el mundo exterior se convertía en una sucesión de sombras borrosas, irreconocibles. Sería como quedar ciega sin perder la vista.

—¿Es necesario? —murmuró.

—Muy necesario. Y mientras tanto, quiero que te alejes de esa ventana. No es sano pasarse el día mirando la calle como si fueras una doncella en espera de pretendientes.

La frase cayó como una bofetada. Elena se ruborizó violentamente, pero no se atrevió a replicar. Remedios tenía esa terrible capacidad de las mujeres experimentadas para ir directo al corazón de las cosas sin necesidad de explicaciones.

Cuando su tía salió de la habitación, Elena se dejó caer en una silla y se cubrió el rostro con las manos. Por primera vez en semanas, se permitió llorar libremente. Lloró por la pérdida del verano, por el frío que se acercaba, por los cristales que habrían de interponerse entre ella y Alejandro. Pero sobre todo, lloró por la terrible certeza de que su tía había comenzado a sospechar la verdad.

Mientras tanto, en el seminario, Alejandro de Orbaneja vivía su propia agonía. Los tres días de plazo que le había concedido el padre Eulogio habían transcurrido sin que él lograra tomar una decisión definitiva. Había orado, ayunado, se había disciplinado hasta que la sangre manchó su camisa, pero nada de eso había conseguido arrancar de su corazón la imagen de Elena.

Aquella mañana, al despertar, había encontrado sobre su mesa la carta que llevaba semanas escribiendo y reescribiendo. La había comenzado docenas de veces, pero siempre terminaba por romperla antes de llegar al final. No

porque dudara de sus sentimientos, sino porque no encontraba palabras que fueran dignas de expresarlos.

La carta actual tenía apenas unas líneas:

"Elena: No sé si estas palabras llegarán algún día a vuestras manos, pero necesito escribirlas aunque después las entregue al fuego. Llevas semanas habitando mi alma como si fuera vuestra propia casa. Vuestro rostro se ha convertido en mi oración más constante y vuestros ojos en mi cielo más deseado. Sé que soy indigno de vuestros pensamientos, pero no puedo seguir viviendo sin deciros que..."

Ahí terminaba. Alejandro había intentado continuar una docena de veces, pero las palabras se le helaban en la pluma. ¿Cómo decirle a una mujer que la amaba cuando él mismo no sabía si tendría valor para seguir ese amor hasta sus últimas consecuencias? ¿Cómo hablarle de entrega cuando él estaba entregado a Dios? ¿Cómo prometerle un futuro cuando su presente mismo era una mentira?

Un golpe en la puerta lo sobresaltó. Era el hermano Santiago, el portero del seminario.

—Don Alejandro, el padre Eulogio quiere veros en su despacho.

Alejandro guardó apresuradamente la carta en el cajón de la mesa. Sabía que había llegado el momento de la verdad. Ya no podía seguir postergando una decisión que cada día se hacía más urgente.

El director espiritual lo recibió con la misma severidad paternal de siempre, pero había algo nuevo en su mirada: una especie de tristeza resignada, como si ya supiera cuál iba a ser la respuesta de su discípulo.

—Siéntate, Alejandro. Espero que estos días de reflexión te hayan servido para aclarar tus ideas.

—Han servido, padre. Pero quizás no en el sentido que vos esperabais.

El padre Eulogio cerró los ojos un momento, como si se preparara para escuchar una confesión dolorosa.

—Habla.

—Padre, he luchado contra este sentimiento con todas mis fuerzas. He rezado, he ayunado, me he disciplinado hasta sangrar. He pedido a Dios que me quite esta copa, pero parece que no es Su voluntad hacerlo. O quizás sea Su voluntad que yo la apure hasta las heces.

—¿Qué quieres decir?

—Que no puedo seguir fingiendo una vocación que ya no siento. Que no puedo pronunciar votos que serían una mentira. Que no puedo servir a Dios con un corazón dividido.

El silencio que siguió a estas palabras fue tan denso que parecía tener peso propio. El padre Eulogio se levantó y caminó hasta la ventana, desde donde se dominaba el patio del seminario. Varios seminaristas paseaban por los claustros, ajenos al drama que se desarrollaba en el despacho del director.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó al fin, sin volverse—. ¿Estás seguro de que no es una tentación que pasará con el tiempo?

—Estoy seguro de que si paso, será conmigo dentro. Y entonces no habré servido ni a Dios ni a mi corazón.

El padre Eulogio regresó a su silla. Su rostro reflejaba el dolor de quien ve perderse a un hijo espiritual.

—Alejandro, te he visto crecer en sabiduría y en gracia. Te he considerado una de las vocaciones más sólidas de este seminario. ¿Vas a tirarlo todo por la borda por una mujer a la que ni siquiera conoces?

—No la conozco, es cierto. Pero la reconozco. Y esa diferencia es más importante que todas las palabras del mundo.

—¿Y qué garantía tienes de que ella corresponda a tus sentimientos? ¿Qué garantía tienes de que no sea una ilusión de tu parte?

Alejandro se quedó en silencio. Era la pregunta que más lo atormentaba, porque efectivamente no tenía garantía alguna. Solo tenía la certeza de que cuando sus ojos se encontraban con los de Elena, algo en el universo se aquietaba, como si por un instante todo estuviera en su lugar.

—No tengo garantías, padre. Pero tampoco las tenía cuando entré en este seminario. Creí que Dios me llamaba, y quizás me llamaba. Pero ahora creo que me llama a otra cosa.

El padre Eulogio suspiró profundamente.

—Está bien. Si esa es tu decisión, la respetaré. Pero antes quiero que hagas una cosa por mí. Quiero que te tomes un mes más para reflexionar. Un mes sin ver a esa mujer, sin salir del seminario, sin ningún contacto con el mundo exterior. Si al cabo de ese tiempo sigues pensando lo mismo, te daré mi bendición para que te vayas.

—¿Un mes?

—Un mes. Es lo mínimo que puedo hacer por tu alma y por la memoria de los años que has pasado aquí.

Alejandro aceptó la propuesta con la resignación de quien sabe que no puede exigir más. Un mes le parecía una eternidad, pero comprendía que era el precio que tenía que pagar por su libertad.

Cuando salió del despacho, se dirigió directamente a su celda. Sobre la mesa lo esperaba la carta inacabada. La tomó y la leyó una vez más. Luego, con mano decidida, escribió las palabras que habían estado esperando durante semanas:

"...que sin vos no puedo seguir viviendo. Si estos sentimientos son pecado, acepto la condena. Si son locura, acepto la sinrazón. Solo sé que me habéis devuelto a la vida cuando ya creía estar muerto. Vuestro, para siempre, Alejandro."

Dobló la carta cuidadosamente y la guardó en su breviario. Cuando saliera del seminario, sería lo primero que haría: buscar la manera de hacérsela

llegar. Porque había descubierto que hay amores que no se pueden vivir, pero que tampoco se pueden callar.

Afuera, el viento de octubre seguía barriendo las calles de Salamanca, llevándose las últimas hojas del verano. El invierno se acercaba, inexorable, pero en el corazón de Alejandro acababa de nacer una extraña primavera.

Una primavera que, lo sabía, habría de costarle muy cara.

CAPÍTULO 10

El Punto de Quiebre

Dicen los que saben de estas cosas que el alma humana, cuando llega al extremo de su resistencia, no se quiebra de súbito como el cristal, sino que se va agrietando lentamente, con esa paciencia terrible que tienen las cosas condenadas a morir. Elena Valverde lo sabía bien aquella tarde de noviembre, cuando el invierno se había apoderado ya de Salamanca con la crueldad de un conquistador que no perdona.

La ventana de su cuarto seguía cerrada, pero no por voluntad suya. Los cristales gruesos que había mandado poner la tía Remedios convertían el mundo exterior en una sucesión de sombras borrosas, como si la realidad hubiera perdido sus contornos y se hubiera vuelto sueño. A través de ellos, Elena podía adivinar más que ver el paso de las horas, la danza melancólica de las hojas que caían, el ir y venir de los vecinos que parecían fantasmas en la bruma del vidrio empañado.

Pero aquella tarde algo había cambiado en el aire. No era solo el frío que mordía las piedras de la ciudad, ni la humedad que se filtraba por las rendijas de las ventanas. Era algo más sutil y más terrible: la sensación de que el tiempo se había detenido para asistir a su propia destrucción.

Elena estaba sentada en el mismo sillón de siempre, con las manos inertes sobre el regazo y la mirada perdida en los cristales deformantes. Ya no fingía coser. Ya no intentaba rezar. Había descubierto que hay dolores tan profundos que no necesitan ocupación ni consuelo: se bastan a sí mismos, se alimentan de su propia sustancia, crecen en el silencio como plantas venenosas que solo florecen en la oscuridad.

Las cinco de la tarde se acercaban con esa puntualidad implacable que tienen las citas con el destino. Elena lo sabía sin necesidad de mirar el reloj de la sala: su corazón había aprendido a medir el tiempo con la precisión de un cronómetro. Cada día, a esa hora exacta, el mundo se detenía para ella. Cada día, durante unos minutos que valían más que años enteros, su alma resucitaba de entre los muertos.

Pero ese día había algo distinto en la espera. Una angustia sorda que le subía desde el estómago hasta la garganta, como si el cuerpo presintiera lo que la mente se negaba a aceptar. Se acercó al cristal y limpió una pequeña porción con la manga, gesto que había repetido tantas veces que ya era ritual sagrado. A través de aquella ventana diminuta, el mundo recuperaba por un instante su verdadera forma.

El eco de las sotanas llegó antes que las figuras. Era un sonido que Elena había aprendido a reconocer entre mil: el susurro de la tela negra rozando contra las piedras, el compás acompasado de los pasos, el murmullo de las oraciones dichas a media voz. Su corazón comenzó a latir con esa violencia que solo conocen los que aman sin esperanza.

Aparecieron al final de la calle como aparecen las visiones en los sueños: primero borrosos, luego más definidos, hasta convertirse en realidad tangible. Caminaban más encogidos que de costumbre, hundidos en sus sotanas como si quisieran protegerse no solo del frío sino del mundo entero. Y entre ellos, como siempre, iba Alejandro.

Elena lo reconoció al instante, aunque su figura fuera apenas una sombra entre otras sombras. Había algo en su manera de caminar, en el porte de sus hombros, en el ritmo de sus pasos, que la hacía distinguirlo como si llevara una luz invisible. Pero aquella tarde había algo más: una tensión en sus movimientos, una urgencia contenida que no había estado allí antes.

Cuando la procesión llegó a la mitad de la calle, sucedió lo impensable: Alejandro se detuvo.

Fue un gesto tan inesperado que Elena sintió que se le paraba el corazón. Lo vio separarse del grupo, quedarse inmóvil en medio de la calle, girar lentamente el rostro hacia la ventana. No hacia la casa, no hacia el aire. Hacia ella. Como si supiera exactamente dónde estaba, como si pudiera verla a través del cristal empañado, como si no hubiera en el mundo más que aquella ventana y aquella mirada.

Elena se incorporó en el asiento como empujada por una fuerza que no nacía del cuerpo sino de algún lugar más profundo y más misterioso. Sus manos temblaron cuando se acercó al cristal, sus rodillas flaquearon cuando apoyó la frente contra el vidrio frío. Y entonces lo vio con una claridad que no había tenido nunca: Alejandro estaba allí, solo, con la sotana sacudida por el viento y los ojos encendidos de una emoción que no necesitaba nombre.

Lentamente, como quien realiza un acto sagrado, Alejandro alzó la mano derecha. No era un saludo. Era algo más profundo y más terrible: una súplica, una promesa, una confesión sin palabras. Los dedos se extendieron hacia el aire como si quisieran tocar el alma de Elena, y su mirada... oh, su mirada... estaba tan cargada de amor y desesperación que ella sintió que si no respondía, moriría allí mismo, con el corazón partido por la mitad.

Y respondió.

Con lentitud infinita, con miedo, con ternura que venía de lo más hondo de su ser, alzó también su mano y la apoyó contra el cristal. Era como tocarlo sin tocarlo, como abrazarlo desde el otro mundo. Sus dedos quedaron pegados al vidrio justo frente a los de él, separados apenas por unos milímetros que valían más que océanos enteros.

Allí se quedaron, mirándose, respirándose a través del frío, amándose sin palabras. Fue un instante eterno, el clímax de una historia sin cuerpo pero con un alma tan real que ni el silencio, ni la distancia, ni Dios mismo

podrían desmentirla. En aquel momento, Elena comprendió que había amores que no necesitan consumarse para ser perfectos, que hay caricias que no requieren contacto, que existe una forma de entrega que es más completa que todas las posesiones del mundo.

Los ojos de Alejandro le decían cosas que ninguna boca había pronunciado jamás. Le hablaban de noches en vela, de oraciones que se habían vuelto su nombre, de luchas interiores que solo el amor puede provocar. Le confesaban que él también vivía para aquel momento, que él también había descubierto que el corazón puede ser más fuerte que la vocación, que hay llamadas que vienen de más hondo que los altares.

Pero había algo más en aquella mirada. Algo que Elena no quiso entender al principio, pero que se fue volviendo inevitable: una especie de despedida, una decisión tomada, una resolución que lo transfiguraba y lo condenaba al mismo tiempo. Los ojos de Alejandro no solo le decían que la amaba; le decían también que ese amor habría de costarle todo lo que había sido hasta entonces.

De pronto, como si despertara de un sueño, Alejandro bajó lentamente la mano. Fue un gesto de una solemnidad terrible, como quien deja caer una espada tras perder la batalla más importante de su vida. Volvió a mirarla, y en sus ojos ya no había súplica. Había decisión. Una decisión que Elena no entendió aún, pero que sintió como una herida que se abre en el alma.

Él dio un paso atrás. Luego otro. Se persignó lentamente, como si su gesto fuera una bendición... o un juramento. Y entonces, sin apartar la mirada de la ventana, movió los labios. Elena no pudo oír las palabras, pero las leyó en el aire como si fueran llamas:

"Os amo."

Fueron las primeras palabras que se dijeron, y las últimas que se dirían jamás. Porque después, Alejandro se alejó, con la sotana sacudiéndose al viento, hasta perderse en la bruma que comenzaba a tragar la calle. Elena no se movió. Siguió con la mano en el cristal, con el pecho apretado, con los ojos fijos en la nada, como si aún pudiera retener la figura de Alejandro entre los reflejos verdes del vidrio.

Aquel fue su punto de quiebre. Aquel instante, aquel roce sin contacto, aquel gesto desesperado, fue lo más cerca que estarían jamás. Porque el amor, cuando es puro y prohibido, no necesita cuerpos: le basta un suspiro entre dos respiraciones para volverse eterno.

Cuando la oscuridad se hizo completa y Elena se apartó por fin de la ventana, sabía que algo había cambiado para siempre. No solo en su corazón, sino en el orden mismo del mundo. Había visto en los ojos de Alejandro la determinación de un hombre que ha elegido el amor por encima de todo, incluso por encima de Dios. Y esa decisión, lo presentía, habría de cambiar el destino de ambos.

Esa noche, por primera vez en meses, Elena no soñó. Se quedó despierta hasta el amanecer, con la mano dolorida de tanto apretar el cristal, con el corazón partido entre la felicidad y el terror, sabiendo que lo que había

sucedido aquella tarde no era un final, sino un principio. El principio de algo que sería hermoso y terrible a la vez, como son todas las cosas que merecen realmente la pena.

El viento siguió soplando sobre Salamanca, llevándose las últimas hojas del otoño. Pero en el corazón de Elena había nacido una extraña primavera: la primavera de los amores imposibles, que son los únicos que duran para siempre porque no pueden marchitarse jamás.

CAPÍTULO 11

La Fuga Truncada

Hay momentos en la vida del hombre en que el alma, como nave que ha perdido el rumbo en medio de la tormenta, se debate entre el puerto seguro de la costumbre y el horizonte incierto de la pasión. Alejandro de Orbaneja vivía uno de esos momentos con la intensidad de quien sabe que cada latido del corazón es una decisión, cada respiración un combate entre el ser que había sido y el que ardía por llegar a ser.

Después del gesto en la ventana, después de aquel momento sublime en que dos almas se reconocieron a través del cristal empañado como dos naufragos que se descubren en la misma isla desierta, el joven seminarista comprendió que había cruzado un umbral del cual no había retorno posible. Ya no era el mismo hombre que días atrás se disciplinaba hasta sangrar implorando al cielo que le arrancara de cuajo aquel sentimiento que lo devoraba. Ahora era otro: un hombre que había visto en los ojos de una mujer la única verdad que no lo lastimaba, la única oración que no le sonaba hueca en los labios.

Las noches que siguieron a aquel encuentro mudo fueron para él un verdadero calvario. Daba vueltas en su estrecho catre conventual como un león enjaulado, con los ojos abiertos al techo, viendo desfilas sobre las vigas ennegrecidas por el tiempo toda la procesión de su vida pasada: su infancia dorada entre los blasones de la casa solariega, su juventud consagrada al estudio de las Sagradas Escrituras, sus años de seminario envueltos en la dulce melancolía de quien se cree llamado a empresas celestiales. Y luego, al final de aquella galería de recuerdos, siempre ella, siempre Elena, con su rostro pálido emergiendo de la penumbra como una aparición bendita.

"¿Qué hago aquí?", se preguntaba en las largas vigiliass nocturnas, mientras el viento de noviembre silbaba entre las celosías del claustro. "¿Qué hago fingiendo una vocación que se me ha vuelto ceniza en el pecho? ¿Qué hago mintiendo a Dios cuando mi corazón ha encontrado su verdadero altar en el silencio de una mirada?"

La idea de huir no le llegó como una tentación súbita, sino como una certeza que se fue apoderando de él lentamente, con la paciencia terrible de la hiedra que abraza las ruinas. No podía continuar allí, en aquel claustro que se le había vuelto cárcel, fingiendo fervor cuando su alma entera se había convertido en un grito silencioso hacia la calle del Tostado. No podía

seguir comulgando cuando cada hostia le sabía a mentira, ni rezando cuando cada oración se le convertía en el nombre de Elena.

Durante tres días maduró su resolución con el cuidado meticuloso de quien prepara la empresa más importante de su vida. Actuó con una frialdad que a él mismo lo asombró: cumplió con sus rezos matutinos, asistió a las clases de teología moral, participó en las conversaciones del refectorio con esa sonrisa leve que tanto agradaba al padre Eulogio. Pero en su interior todo era víspera, todo era preparación para el momento supremo en que habría de jugarse el destino en una sola carta.

Porque había decidido escribirle. No podía marcharse sin antes saber si aquel amor que lo consumía era correspondido, si aquella mirada que había transformado su vida había nacido del mismo fuego que la suya, o si no era más que una ilusión de su corazón demasiado necesitado de ternura.

La carta la escribió en las horas muertas de la noche, cuando el silencio del seminario se hacía tan denso que parecía tener consistencia de terciopelo. No fue larga ni retórica. Fue verdadera como solo pueden ser las palabras que brotan del alma cuando esta ha llegado al límite de su resistencia:

"Elena: Sé que no hemos cruzado palabra alguna, pero nuestros ojos han dicho lo que nuestras bocas no pueden pronunciar. Esta noche, cuando la ciudad duerma y solo las estrellas sean testigos de mi locura, abandonaré este seminario que se me ha vuelto sepulcro. No puedo continuar aquí sin renunciar a lo que soy, sin traicionar la verdad que vuestros ojos han encendido en mi pecho. No sé si me amáis. No sé si estaríais dispuesta a dejarlo todo por un amor que el mundo juzgará pecado. Solo quiero que sepáis que, si me esperáis, esta madrugada, junto a la fuente del Campo de San Francisco, estaré allí. Si venís, huiremos juntos hacia donde el amor no sea crimen. Si no... os amaré igual toda mi vida, porque hay amores que no necesitan ser vividos para ser eternos. Vuestro para siempre, Alejandro."

Dobló la carta con manos que temblaban como hojas de otoño, la guardó en la manga de su hábito y, al oscurecer, se dirigió a la calle del Tostado con el corazón batiendo en las sienes como un tambor de guerra.

El barrio dormía ya bajo la caricia fría del viento de noviembre. Las piedras doradas de Salamanca se veían plateadas bajo la luna menguante, y el eco de sus pasos resonaba en el silencio con una solemnidad que lo llenaba de extraño recogimiento. La ventana de Elena estaba cerrada, pero la luz de dentro seguía encendida como una estrella doméstica que velara por sus sueños.

Con una rapidez que era casi dolor, Alejandro se acercó a la puerta y deslizó la carta por debajo, sintiendo que con aquel gesto se despedía para siempre del hombre que había sido hasta entonces. El corazón le latía con tal violencia que temió despertar a toda la calle. Luego, sin atreverse a mirar hacia la ventana, se alejó por un camino largo y oculto, como un ladrón que hubiera robado su propia alma.

De vuelta en su celda, preparó su pequeño equipaje con la meticulosidad de un ritual sagrado: su hábito de repuesto, un poco de pan envuelto en

tela, algunos reales que había logrado ahorrar, y una medalla de plata que su madre le había dado en la infancia, única reliquia de aquel mundo que se disponía a abandonar. El reloj del claustro marcaba las once. Faltaban tres horas para la cita que habría de decidir su destino.

Y entonces ocurrió lo que lo cambió todo.

Mientras escribía unas últimas líneas en su cuaderno personal, líneas que eran más testamento que diario, escuchó pasos detrás de él. Pasos demasiado leves para ser del padre Eulogio, demasiado directos para ser casuales. Se volvió y se encontró con la figura encogida de fray Servando, su compañero de celda, que lo miraba con esos ojos pequeños y penetrantes que tienen los hombres habituados a escudriñar las conciencias ajenas.

—¿Qué hacéis despierto a estas horas, hermano? —preguntó con su voz melosa, esa voz que destilaba falsa dulzura como miel envenenada.

Alejandro escondió instintivamente la hoja que estaba escribiendo, pero era tarde. Servando había visto el sobre que descansaba sobre la mesa, había percibido el nerviosismo en sus movimientos, había olfateado el secreto como los sabuesos olfatean la presa.

—¿Eso es... una carta? —preguntó, acercándose con pasos felinos.

Alejandro no respondió. No podía responder. La garganta se le había cerrado como si una mano invisible la oprimiera.

—¿Una carta para... una mujer?

El silencio fue peor que una confesión. Fray Servando no era hombre de misericordia. Era de esas almas que se creen virtuosas porque denuncian el pecado ajeno, de esos espíritus mezquinos que encuentran en la delación el único camino hacia una santidad que se les niega por naturaleza. Se persignó con teatralidad que revelaba la falsedad de su horror.

—Voy a tener que informar de esto, hermano Alejandro —dijo con voz que temblaba de una emoción que no era precisamente cristiana—. Por vuestro bien. Por el bien del seminario. El Maligno puede tomar formas... bellísimas.

Alejandro intentó detenerlo, alzó la mano en un gesto que era súplica y amenaza a la vez.

—Esperad... no entendéis...

Pero el otro ya había salido. Las sandalias resonaron en el pasillo con eco siniestro, como si llevaran las nuevas del juicio final. Las piedras del claustro, que tantas veces habían sido testigos de sus oraciones, parecían ahora enemigos que gozaran con su desgracia.

A las dos de la madrugada, cuando las estrellas comenzaban a palidecer en el cielo, Alejandro fue llamado al despacho del padre Eulogio. Allí lo esperaba el superior, con la carta en la mano y el rostro grave de quien ha descubierto una traición. Junto a él, dos miembros del consejo disciplinario completaban el tribunal improvisado que habría de juzgar su destino.

—¿Es vuestra esta carta? —preguntó el padre Eulogio con voz que helaba la sangre.

Alejandro bajó la cabeza. No había escape posible. No había mentira que pudiera salvarlo.

—Sí, padre.

—¿Ibais a fugaros?

Silencio.

—¿Por una mujer?

Silencio.

—¿Por una mirada?

El rostro del joven se encendió de pronto. Y por primera vez en mucho tiempo, habló sin miedo, con la altivez de quien ha encontrado una verdad que vale más que la vida:

—No fue una mirada, padre. Fue mi vida entera.

El padre Eulogio frunció el ceño como si acabara de oír la más execrable de las herejías. En sus ojos brilló esa cólera fría que es más terrible que todos los furores.

—Entonces, hijo mío, habéis perdido el camino. Y yo he de velar por que no perdáis también el alma.

Y dictó sentencia con voz que no admitía apelación: suspensión inmediata de clases, confinamiento en la celda, penitencia diaria, ayuno prolongado, y vigilancia constante hasta que aquel delirio pasara.

Afuera, el reloj del claustro marcaba las tres. En la casa del Tostado, Elena esperaba. Había encontrado la carta deslizada bajo su puerta como un mensaje del cielo. La había leído con el alma en vilo, sintiendo que cada palabra era una caricia, cada línea una promesa de redención. Se había vestido sin hacer ruido, con el sigilo de las heroínas de los romances que había leído en secreto. Había bordado un pañuelo con su inicial por si él llegaba a dudar de su identidad. Había escondido unas monedas en el delantal y una oración bajo la lengua. Y ahora estaba allí, junto a la fuente del Campo de San Francisco, con la luna sobre los hombros y el corazón entre los dedos, esperando al hombre que había de cambiar su destino.

Esperó hasta que las estrellas comenzaron a apagarse. Esperó hasta que las campanas de las cinco repicaron el final de la noche. Esperó... hasta que la esperanza se volvió hielo en sus zapatos y amargura en su garganta. Y comprendió, sin necesidad de palabras, que algo había salido mal. Que Alejandro no había huido. Que el mundo, una vez más, había sido más fuerte que el amor.

Pero lo que no sabía era que no era él quien la había traicionado, sino el destino entero, que se complace en hacer que los corazones más puros paguen el precio más alto por atreverse a amar.

CAPÍTULO 12

El Castigo Divino

Hay dolores que no se curan con bálsamos ni se mitigan con oraciones. Son esos dolores que nacen cuando el alma, tras haber vislumbrado el cielo, se ve precipitada de nuevo a la tierra con las alas quebradas. Elena Valverde conocía bien esa especie de sufrimiento desde aquella madrugada en que esperó junto a la fuente del Campo de San Francisco, con el corazón abierto como una herida y la esperanza temblando en sus labios como una oración sin respuesta.

El invierno de 1885 se instaló en Salamanca con esa crueldad particular que tienen las estaciones cuando encuentran almas predispuestas al desaliento. Las piedras doradas de la ciudad se volvieron grises bajo el manto de nubes que no se decidían a descargar su peso, y el viento silbaba entre las calles estrechas con un lamento que parecía salir del corazón mismo de la muchacha enferma.

Porque Elena enfermó, sí, pero no del mal que los médicos saben curar con sangrías y tisanas. Se enfermó de esa dolencia que los antiguos llamaban "mal de amores" y que los modernos, con su ciencia tan pagada de sí misma, no saben ni nombrar. Era una enfermedad del alma que se manifestaba en el cuerpo: la fiebre que venía por las noches sin causa aparente, la pérdida del apetito, el insomnio que la mantenía despierta contemplando las sombras que se movían por el techo como procesiones de fantasmas.

Remedios la velaba con esa mezcla de ternura y desesperación que sienten las mujeres cuando ven sufrir a otra mujer y no pueden hacer nada para aliviar su pena. Había intentado todo: las sopas de pollo que alimentan el cuerpo, los cuentos de la infancia que consuelan el espíritu, incluso los sermones sobre la resignación cristiana que predicaban los curas desde los púlpitos. Pero nada parecía llegar hasta el lugar donde Elena se había refugiado, ese sitio profundo y silencioso donde el alma se esconde cuando la realidad se vuelve demasiado amarga para ser soportada.

—Te estás muriendo por dentro, niña —le dijo una noche, al verla tan pálida que parecía transparente—. Y yo no sé cómo ayudarte.

Elena no respondió. ¿Qué podía decir? ¿Que cada mañana despertaba con la esperanza de que todo hubiera sido un sueño? ¿Que cada tarde, cuando oía el eco de las sotanas en la calle, el corazón le daba un salto pensando que tal vez, tal vez, él estaría allí? ¿Que había llegado a odiar las cinco de la tarde porque eran la hora en que la esperanza se moría un poco más cada día?

Los vecinos del barrio comenzaron a murmurar. Salamanca es ciudad pequeña, y en las ciudades pequeñas los secretos tienen vida propia. Se susurraba que la muchacha del Tostado había perdido la razón por amor. Unos decían que había sido un estudiante; otros, que un comerciante forastero. Las más maliciosas insinuaban que había sido "cosa de sotanas", pero se santiguaban después de decirlo, como si las palabras mismas fueran pecado.

Carmen, la criada, era la única que conocía la verdad completa. Había visto la carta, había intuido la cita frustrada, había sido testigo del lento hundimiento de su señora. Y sufría por ella con esa lealtad silenciosa que sienten los criados antiguos, esos que son más familia que servicio.

—Habría que hacer algo —se atrevió a decir una mañana, mientras preparaba una infusión de tila que Elena no probaría—. Habría que averiguar qué pasó con él.

Pero Remedios negó con la cabeza. Había cosas que era mejor no saber. Había dolores que solo el tiempo podía cicatrizar, y otros que ni siquiera el tiempo lograba borrar del todo.

En el seminario, Alejandro vivía su propio calvario. El castigo había sido ejemplar: confinamiento absoluto, ayuno, oraciones interminables, y sobre todo, silencio. Un silencio que se volvía más espeso cada día, como si las paredes de su celda se fueran cerrando lentamente sobre él. El padre Eulogio lo visitaba una vez por semana, no para consolarlo, sino para recordarle la gravedad de su falta.

—El demonio —le decía con esa voz que helaba la sangre— toma las formas más hermosas para perdernos. Vuestra pasión no es amor, hijo mío. Es tentación. Y debéis combatirla como los santos combatieron las suyas: con penitencia, con oración, con sacrificio.

Alejandro escuchaba esas palabras como quien escucha llover. Ya no le llegaban al alma. Su alma estaba en otra parte, en una ventana de la calle del Tostado, esperando que una mano se alzara para responder a su gesto. Durante las largas noches de invierno, cuando el viento sacudía las celosías del claustro, él se preguntaba si Elena habría entendido. Si hubiese leído en su ausencia la verdadera historia de su fracaso. Si lo odiaría por haberla hecho esperar en vano.

Fray Servando, el delator, lo visitaba también, pero con una sonrisa que destilaba falsa compasión. Se creía virtuoso por haber salvado a un compañero del pecado, y no comprendía que hay pecados que son más puros que ciertas virtudes. Alejandro lo recibía con cortesía glacial, sin demostrar el desprecio que sentía por él. Había aprendido que el odio es un sentimiento que consume más al que lo siente que al que lo provoca.

Los días se arrastraban con lentitud mortal. El invierno parecía no tener fin. Diciembre llegó con su cortejo de fiestas que a ambos les sonaban a burla. ¿Cómo celebrar el nacimiento del Niño Dios cuando sus corazones estaban muriendo de a poco? ¿Cómo entonar villancicos cuando el alma se había quedado sin música?

Fue entonces cuando llegó la carta de doña Ramona Hita.

La noticia había llegado a Valladolid por esos conductos misteriosos que tienen las habladerías de provincia. Alguien había escrito a alguien, y alguien había comentado con alguien, hasta que la historia llegó a oídos de la madre de Alejandro, deformada ya por las sucesivas repeticiones. Se hablaba de escándalos, de escapadas nocturnas, de cartas de amor interceptadas. La realidad era menos dramática pero más dolorosa: un

muchacho que había descubierto que su vocación era mentira y que había tenido la valentía de reconocerlo.

Doña Ramona no era mujer que se anduviera con contemplaciones. Había educado a su hijo para la Iglesia como se educa a un potro para las carreras: con disciplina, con método, con la seguridad de que el destino estaba trazado de antemano. Que ahora el muchacho se desviara del camino por "debilidades de la carne" le parecía una traición personal. Su carta al padre Eulogio era breve y contundente: quería a su hijo de vuelta en casa, inmediatamente, para "restablecer el orden en su alma descarriada".

El padre Eulogio recibió la misiva con secreta satisfacción. El caso de Alejandro se había vuelto incómodo. El muchacho no se sometía, no se arrepentía, no daba señales de haber vencido la tentación. Mantenerlo en el seminario era un riesgo: podía contagiar a otros con su ejemplo de rebeldía. Mejor deshacerse de él cuanto antes.

Cuando lo llamó a su despacho para comunicarle la decisión, Alejandro recibió la noticia con una mezcla de alivio y desesperación. Alivio porque por fin saldría de aquella cárcel de piedra y silencio. Desesperación porque marcharse significaba alejarse definitivamente de Elena, perder incluso la ilusión de verla algún día.

—Partiréis mañana mismo —le dijo el superior con voz que no admitía réplica—. Vuestra madre os espera. Y espero que el aire de la casa paterna os devuelva el juicio que habéis perdido aquí.

Alejandro no respondió. ¿Qué podía responder? ¿Que el juicio no se pierde por amar, sino por renunciar al amor? ¿Que había más locura en fingir una vocación que no se tenía que en reconocer una pasión verdadera? ¿Que Dios, si existía, no podía aprobar una mentira, aunque fuera una mentira sagrada?

Esa noche, la última que pasaría en el seminario, Alejandro no pudo dormir. Paseó por su celda como un animal enjaulado, sintiendo que se le escapaba la última oportunidad de hacer algo, de intentar algo, de no marcharse como un cobarde que huye sin dar la cara.

Fue entonces cuando el destino le tendió una mano inesperada. El hermano portero, un hombre joven que se había compadecido de él durante esos meses de castigo, se acercó a su celda con aire conspirador.

—Hermano Alejandro —le susurró—, sé que mañana os marcháis. Y sé también... sé lo que os atormenta. He leído la carta. El padre Eulogio me ordenó quemarla, pero antes...

Alejandro se incorporó como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—Si queréis...si os atrevéis... podría abrir la puerta cuando el padre Eulogio se retire a sus oraciones. Una hora. Solo una hora. Para que podáis... para que podáis despediros como un hombre.

El joven seminarista sintió que se le paraba el corazón. Era una oportunidad, la última, la única. Pero también era un riesgo terrible. Si lo

descubrían, el castigo sería aún peor. Lo expulsarían en el acto, con escándalo público, con deshonra para él y para su familia.

Pero ¿qué era la deshonra comparada con el remordimiento eterno? ¿Qué importaba el qué dirán si el alma se moría de asfixia?

—Acepto —murmuró.

A las nueve de la noche, cuando el seminario se sumergía en el silencio ritual de la hora de oración, la puerta de la celda se abrió sin ruido. Alejandro salió como una sombra, con el corazón latiendo tan fuerte que temía que lo oyeran desde el claustro. Las calles de Salamanca estaban húmedas y resbaladizas. Una llovizna fina empapaba las piedras y convertía la ciudad en un espejo borroso donde se reflejaban las luces escasas de las ventanas.

Corrió. Literalmente corrió por las calles que conocía de memoria, saltando charcos, esquivando a los pocos transeúntes que se aventuraban a salir en una noche tan desapacible. El viento le azotaba la cara y le empapaba la sotana, pero él no sentía frío. Sentía solo una urgencia terrible, una necesidad de llegar, de verla, de explicarle, de pedirle perdón.

Cuando llegó a la calle del Tostado, se detuvo ante la puerta como si fuera el umbral de otro mundo. La casa estaba en silencio, pero se veía luz en las ventanas. Alzó la mano para tocar, pero se detuvo. ¿Qué iba a decir? ¿Cómo iba a explicar dos meses de silencio? ¿Cómo iba a justificar la esperanza frustrada, la cita fallida, el abandono involuntario?

Tocó por fin. Una vez. Dos. Tres.

Se oyeron pasos lentos, arrastrándose por el suelo de madera. La puerta se abrió y apareció Remedios, envuelta en un mantón negro, con los ojos enrojecidos por el llanto o el cansancio.

Se miraron en silencio. Ella lo reconoció inmediatamente, y él vio en sus ojos una mezcla de compasión y reproche que le llegó al alma como un puñal.

—¿Dónde está? —preguntó con voz quebrada.

Remedios no respondió inmediatamente. Lo miró de arriba abajo, como si tratara de leer en su rostro demacrado toda la historia de aquellos meses terribles.

—Demasiado tarde —murmuró por fin.

Alejandro palideció.

—¿Ha....? ¿Ha muerto?

—No —respondió ella—. Pero está muriendo. Muriendo poco a poco, día a día, desde que no vinisteis aquella noche. Desde que la dejasteis esperando como una tonta junto a la fuente.

Las palabras cayeron sobre él como golpes de martillo. Sintió que se le doblaban las piernas, que el mundo se tambaleaba a su alrededor.

—No sabéis lo que pasó —balbució—. No sabéis que me descubrieron, que me castigaron, que no pude...

—¿Y qué importa ya? —lo interrumpió Remedios con voz dura—. ¿Qué importa que tuvierais razones? Ella no las conocía. Ella solo sabía que no vinisteis. Que la dejasteis sola. Que su amor no fue suficiente para que arriesgaseis todo por ella.

Alejandro se acercó un paso, con las manos extendidas en gesto de súplica.

—Déjeme verla. Déjeme explicarle. Déjeme pedirle perdón.

Remedios negó con la cabeza.

—No. Ya no. Mirad lo que habéis hecho los dos con vuestro amor imposible. Mirad lo que queda de la muchacha que esperó por vos. ¿Queréis acabar de matarla? ¿Queréis que vuelva a esperar, a soñar, a morir un poco más cada día?

—Solo déjeme verla —insistió él—. Solo una vez. Para que sepa que no la abandoné por voluntad propia. Para que sepa que la amo.

—El amor —dijo Remedios con amargura— a veces es más cruel que el olvido. Marchaos. Dejadla en paz. Dejadla morir en paz, si es que tiene que morir. Pero no la matéis de nuevo con vuestra presencia.

Y sin más palabras, le cerró la puerta en las narices.

Alejandro se quedó allí, bajo la lluvia, con la frente apoyada contra la madera húmeda, sintiendo que se le escapaba para siempre la única felicidad que había conocido en su vida. Lloró entonces como no había llorado desde niño, con esos sollozos que nacen de lo más profundo del pecho y que parecen arrancar pedazos del alma.

Cuando volvió al seminario, empapado y derrotado, encontró al hermano portero esperándolo con cara de susto.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

Alejandro no respondió. Se limitó a entrar en su celda, a quitarse la sotana mojada, a arrodillarse ante el crucifijo que presidía la estancia. Pero no rezó. No podía rezar. Solo se quedó allí, inmóvil, sintiendo que algo se había roto dentro de él para siempre.

Al día siguiente partió hacia Valladolid como estaba previsto. Salamanca se perdió en la distancia, envuelta en la niebla matinal, como si hubiera sido solo un sueño. Pero Alejandro sabía que no había sido un sueño. Había sido la única realidad de su vida, y la había perdido para siempre.

En la casa de la calle del Tostado, Elena siguió languideciendo. Remedios no le contó nunca la visita nocturna de Alejandro. Era un secreto que se llevaría a la tumba, como se llevan los secretos que duelen demasiado para ser compartidos. Pero a veces, cuando veía a la muchacha mirando por la ventana con esos ojos que ya no esperaban nada, se preguntaba si no habría sido un error alejar al muchacho. Si no habría sido mejor dejar que se vieran, que se explicaran, que se despidieran como es debido.

Pero ya era tarde para arrepentimientos. El tiempo, ese juez implacable que no perdona ni a los amores más puros, había dictado su sentencia. Y la sentencia era la separación eterna, el silencio eterno, el dolor eterno de dos

corazones que se habían encontrado demasiado tarde y se habían perdido demasiado pronto.

Así terminaba el capítulo más triste de una historia que había comenzado con la esperanza de ser hermosa y había acabado siendo solo dolorosa. Porque hay amores que no están hechos para este mundo, y el de Elena y Alejandro era uno de ellos. Un amor que había nacido con la muerte ya en las entrañas, condenado desde el principio a no ser más que un sueño truncado, una promesa incumplida, una música que se corta antes de llegar a su fin.

CAPÍTULO 13

La Última Mirada

En las horas que preceden al amanecer, cuando la noche se debate entre la resistencia y la rendición, hay una luz particular que no es ya tiniebla ni es todavía día. Es en esa hora incierta cuando el alma humana, despojada de las mentiras que le presta el sol, se encuentra consigo misma y reconoce, en el espejo cruel de la soledad, la verdadera dimensión de sus penas.

Alejandro de Orbaneja conocía bien esa hora. Desde su regreso forzoso a Valladolid, desde que las paredes de la casa paterna se habían cerrado sobre él como los muros de una prisión dorada, esa hora era la única que le pertenecía. El resto del día discurría en una representación penosa: el hijo arrepentido, el seminarista que había recobrado el juicio, el joven que se preparaba para abrazar definitivamente la carrera eclesiástica bajo la férula materna.

Pero en esas horas de madrugada, cuando doña Ramona dormía el sueño pesado de los justos y la servidumbre descansaba de sus afanes cotidianos, Alejandro se permitía ser quien realmente era: un hombre que se moría de amor, lentamente, sin aspavientos, con esa discreción que caracteriza a las tragedias auténticas.

El invierno de 1885 había sido especialmente crudo en Castilla. Las heladas se sucedían sin tregua, y el viento del norte barría las calles de Valladolid con una saña que parecía personal. Pero ni el frío exterior podía compararse con la temperatura glacial que reinaba en el alma del joven. Había intentado rezar, cumplir con las devociones que su madre le imponía, estudiar los tratados de teología que ella había hecho traer de la capital. Todo inútil. Las palabras se le helaban en los labios antes de convertirse en oración, y las páginas de los libros se le antojaban escritas en un idioma que había olvidado.

Porque Alejandro había descubierto una verdad terrible: que hay amores que no se curan con la distancia, sino que se envenenan con ella. Que hay pasiones que, lejos de apagarse con el tiempo, se alimentan de la nostalgia y crecen hasta convertirse en la única realidad del alma. Elena no era ya para él una mujer de carne y hueso, sino una presencia constante, una música que sonaba en su interior a todas horas, un dolor dulce que se había vuelto más necesario que el aire.

La enfermedad había llegado con la primavera. Al principio, doña Ramona creyó que se trataba de los efectos benéficos de la penitencia: el muchacho adelgazaba, se volvía más espiritual, más dado al recogimiento. "El ayuno purifica el alma", decía con satisfacción, viendo cómo su hijo rechazaba los manjares que ella misma preparaba para fortalecer su constitución. Pero pronto comprendió que aquello no era obra de la gracia divina, sino de algo más oscuro y perturbador.

Alejandro tosía. Una tos seca, persistente, que le subía del pecho como un lamento. Sus ojos, antes brillantes, se habían hundido en las órbitas y adquirido esa fijeza vidriosa que tienen los que miran constantemente hacia dentro. Ya no salía de casa, apenas hablaba, y cuando lo hacía, era con una voz que parecía venir de muy lejos, como si le costara un esfuerzo sobrehumano regresar del lugar donde habitaba su pensamiento.

Los médicos que doña Ramona hizo venir de Madrid no supieron dar con el mal. Hablaron de melancolía, de debilidad nerviosa, de esos desórdenes del espíritu que atacan a los jóvenes de temperamento artístico. Prescribieron tónicos, recomendaron ejercicio, sugirieron un cambio de aires. Pero Alejandro los escuchaba con la cortesía distraída de quien atiende a asuntos que no le conciernen, y seguía consumiéndose con la regularidad implacable de una vela que se agota.

Una noche de mediados de marzo, cuando el viento había cesado y un silencio extraño se había aposentado sobre la ciudad, Alejandro tomó una decisión que llevaba madurando desde hacía semanas. No podía continuar así. No podía morir lentamente, día tras día, sin haber intentado al menos una vez más acercarse a la única verdad que había conocido en su vida.

Con la paciencia de quien prepara un ritual sagrado, esperó a que la casa se sumiera en el sueño. Luego, moviéndose como una sombra, se vistió con sus ropas de viaje y salió a la calle. La noche era clara, de una claridad que dolía, y sus pasos resonaban en el silencio con una solemnidad que le recordó las procesiones de Semana Santa de su infancia.

En la estación, un tren nocturno emprendía su viaje hacia el sur. Alejandro compró un billete con el último dinero que le quedaba y se instaló en un vagón casi vacío, donde solo viajaban algunos comerciantes que dormitaban arrullados por el traqueteo monótono de las ruedas. El paisaje desfilaba ante sus ojos como un sueño: campos helados, pueblos dormidos, campanarios que se recortaban contra el cielo estrellado como oraciones de piedra.

Cuando el tren se detuvo en Salamanca, el amanecer empezaba a teñir de rosa las torres de la catedral. Alejandro descendió al andén como quien pisa tierra sagrada. Todo estaba igual: las mismas piedras doradas, el mismo aire cargado de historia, el mismo silencio denso que parecía guardar los secretos de siglos. Pero él era otro. El joven que había partido meses atrás, derrotado y humillado, regresaba ahora con la serenidad terrible de quien ha tocado fondo y ha encontrado allí, en lugar de desesperación, una especie de paz.

Caminó por las calles que conocía de memoria, sintiendo que cada paso lo acercaba no solo a Elena, sino a sí mismo. El seminario apareció a lo lejos, con sus muros severos y sus ventanas cerradas. Alejandro lo miró sin rencor, casi con ternura. Allí había conocido el dolor, sí, pero también había descubierto el amor. Y el amor, incluso el amor imposible, era siempre un don del cielo.

La calle del Tostado se extendía ante él como un camino de peregrinación. Sus pasos se hicieron más lentos, más solemnes. No era prisa lo que sentía, sino una especie de ceremonia interior. Sabía que aquella era su última oportunidad, su última visita, su último intento de cerrar un círculo que había quedado abierto.

La casa apareció ante sus ojos como un recuerdo materializado. Las mismas piedras, el mismo portal, el mismo almendro que ahora empezaba a cubrirse de flores blancas. Solo algo había cambiado: la ventana estaba entreabierta, y una corriente de aire movía ligeramente las cortinas.

Y entonces la vio.

Elena estaba sentada junto a la ventana, no cosiendo, no leyendo, simplemente estando. Tenía las manos cruzadas sobre el regazo y la mirada perdida en el vacío, como quien ha dejado de esperar pero no de sentir. El tiempo la había adelgazado, había afilado sus facciones, había puesto en sus ojos esa profundidad que solo da el sufrimiento. Pero seguía siendo hermosa, hermosa con esa belleza que no viene de la carne sino del alma.

Alejandro se detuvo frente a la casa. No se ocultó, no buscó las sombras. Se quedó allí, en medio de la calle, con la luz de la mañana cayendo sobre su rostro demacrado, sabiendo que ella lo vería, sabiendo que aquel era el momento que había estado esperando sin saberlo.

Elena alzó la vista. Sus ojos se encontraron a través del aire matinal como dos ríos que se reconocen después de un largo viaje por tierras separadas. No hubo sobresalto, no hubo gestos dramáticos. Solo el reconocimiento mutuo, sereno y terrible, de dos almas que se habían encontrado demasiado tarde y se habían perdido demasiado pronto.

Lentamente, como si el mundo entero se hubiera detenido para presenciar aquel momento, Elena se puso en pie. Se acercó a la ventana con pasos que parecían llevarla no hacia el cristal, sino hacia el destino mismo. El postigo estaba abierto, y entre ellos solo quedaba el aire, el aire que los había separado y que ahora, por fin, los unía.

Alejandro no habló. No había palabras para lo que tenía que decir. Solo la miró, y en esa mirada puso todo lo que había sido, todo lo que había perdido, todo lo que había amado. Sus ojos, antes turbios por la fiebre, ahora brillaban con una luz que no era de este mundo. Era la luz de quien ha comprendido que el amor verdadero no necesita realizarse para ser eterno, que hay pasiones que se consuman precisamente en no consumarse.

Elena recibió aquella mirada como quien recibe una comunión. Y en sus ojos, Alejandro leyó todo lo que había esperado leer: que ella había comprendido, que había perdonado, que había amado también sin esperanza, que había esperado sin fe, que había sufrido sin quejarse. Pero sobre todo, leyó que ella sabía —con esa intuición que tienen las mujeres para las verdades que se ocultan— que aquella era su despedida.

Porque Alejandro se estaba muriendo. No de la enfermedad que los médicos no sabían nombrar, sino del amor mismo, que en su caso se había vuelto incompatible con la vida. Había venido a Salamanca no para quedarse, no para luchar, no para intentar una vez más lo imposible. Había venido a despedirse. A cerrar el círculo. A decir adiós con los ojos, que era la única forma de adiós que les estaba permitida.

Elena lo comprendió todo en aquel instante. Comprendió que él no había huido por cobardía, sino que lo habían detenido. Comprendió que la carta que guardaba bajo la almohada era verdadera. Comprendió que él había luchado por ella hasta donde había podido. Y comprendió, sobre todo, que ahora se marchaba para siempre.

La mirada de Elena fue su respuesta. Una mirada que era al mismo tiempo perdón, comprensión, amor y despedida. Una mirada que decía: "Te amo. Te he amado. Te amaré siempre. Aunque no hayamos podido ser felices, hemos sido verdaderos. Y eso es más que la felicidad".

Alejandro sonrió entonces. La misma sonrisa de aquel verano lejano, cuando aún creían que el amor era posible. Una sonrisa frágil, infinitamente triste, pero luminosa. La sonrisa de quien ha encontrado la paz en la renuncia, la belleza en el sacrificio, la eternidad en lo que parecía solo temporal.

Luego, sin prisa, sin drama, se llevó la mano al pecho en un gesto que era saludo y despedida, bendición y agradecimiento. Se quedó así un momento, grabando en su memoria aquel rostro que había sido su única patria, aquellos ojos que habían sido su única religión. Después, con la misma lentitud con que había llegado, se volvió y comenzó a caminar.

Elena lo siguió con la mirada hasta que la distancia se lo tragó. No gritó su nombre. No corrió tras él. Sabía que era inútil. Sabía que aquella mirada había sido el único abrazo que les estaba permitido, el único beso que podían intercambiar, la única promesa que podían cumplir.

Cuando él desapareció al fondo de la calle, Elena cerró lentamente la ventana. Pero el frío no entró. Porque ya todo estaba congelado por dentro. Se sentó de nuevo en su silla, con las manos cruzadas sobre el regazo, y volvió a mirar al vacío. Pero ahora era un vacío distinto. Ya no era el vacío de la espera, sino el vacío de la consumación. Ya no esperaba nada, porque había recibido todo lo que podía recibir.

Alejandro caminó hasta la estación con pasos que parecían llevarle no hacia el tren, sino hacia la eternidad. En el vagón que lo devolvería a Valladolid, se durmió por primera vez en meses. Un sueño profundo, reparador, del

que ya no despertaría del todo. Porque hay cansancios que solo se curan con la muerte, y hay despedidas que son también llegadas.

Murió tres días después, en su casa, en su cama, con la sonrisa de quien ha cumplido su destino. Doña Ramona nunca supo por qué su hijo había salido aquella noche, ni adónde había ido. Pero encontró entre sus papeles una carta sin enviar, dirigida a una tal Elena, que decía simplemente: "Gracias por haberme enseñado a amar. Gracias por haberme enseñado a morir".

En Salamanca, Elena vivió muchos años más. Nunca se casó. Nunca salió de la ciudad. Pasaba las tardes sentada junto a la ventana, cosiendo o leyendo, pero siempre con los ojos puestos en la calle, como si esperara algo que ya sabía que no vendría. Los vecinos la respetaban sin comprenderla. Los hombres la cortejaban sin esperanza. Las mujeres la compadecían sin atreverse a preguntarle por su secreto.

Pero Elena no era una mujer que necesitara compasión. Había vivido el amor más perfecto posible: un amor sin mentiras, sin concesiones, sin claudicaciones. Un amor que no había necesitado realizarse para ser eterno. Y eso, aunque el mundo no lo comprendiera, era más que suficiente para llenar una vida entera.

Porque hay amores que no tienen historia, pero tienen eternidad. Y el suyo era uno de ellos.

CAPÍTULO 14

La Mañana Lluviosa

Hay madrugadas que despiertan con el alma ya enlutada, como si la noche hubiera traído consigo presagios que el corazón reconoce antes que la razón. Aquella mañana de marzo, cuando las últimas escarchas del invierno se fundían bajo una lluvia menuda y persistente, Elena Valverde abrió los ojos no al sonido de las campanas de la catedral, sino a una opresión extraña que le apretaba el pecho como un puño invisible.

Se incorporó lentamente en el lecho, con ese sobresalto que acompaña a los sueños interrumpidos, pero sin recordar haber soñado. La habitación se hallaba sumida en una penumbra gris, de esas que preceden a los días nublados, y el aire traía consigo el olor húmedo de la tierra mojada y un silencio que no era el silencio habitual del amanecer, sino algo más denso, más premonitorio.

—¿Qué será? —murmuró, llevándose instintivamente la mano al pecho, donde latía su corazón con un ritmo irregular que no sabía explicar.

Remedios dormía aún en el cuarto contiguo. Su respiración tranquila llegaba entrecortada por el ruido sordo de la lluvia contra los cristales. Elena se levantó descalza, envuelta en el camisón de batista que había sido de su madre, y se acercó a la ventana. Al apartar ligeramente la cortina, vio que la calle del Tostado se extendía ante ella como un río de piedras mojadas, brillante y melancólico bajo la luz plomiza del cielo.

La ciudad parecía haberse recogido sobre sí misma, como hace un enfermo que presiente la fiebre. Los tejados de pizarra relucían con ese brillo opaco que da la humedad, y las torres de la catedral se alzaban entre las nubes bajas como oraciones truncadas. Elena contempló aquel paisaje familiar con una sensación extraña, como si lo viera por primera vez o como si fuera a verlo por última vez.

De repente, un sonido lejano quebró el silencio. Al principio fue apenas un murmullo, como el que produce el viento al filtrarse entre las hojas secas. Pero poco a poco se fue definiendo, se fue acercando, hasta convertirse en algo que Elena reconoció con un estremecimiento: el doblar de las campanas.

No era el repique alegre que anunciaba las fiestas, ni el toque regular que marcaba las horas. Era el doble funeral, lento, pausado, solemne, que se extendía sobre la ciudad como un manto negro. Y tras él, como un eco inevitable, llegaron los tambores.

Elena se apartó de la ventana con un movimiento brusco, como si el sonido la hubiera abofeteado. El corazón le latía ahora con una violencia que la asustaba. ¿Por qué aquellos sonidos le producían una angustia tan particular? ¿Por qué sentía que no eran para un desconocido, sino para alguien que...?

No terminó el pensamiento. No se atrevió a terminarlo. Pero volvió a acercarse a la ventana, esta vez con la avidez febril de quien busca confirmar una sospecha terrible.

El cortejo apareció al fondo de la calle como una mancha negra que se movía lentamente. Venían primero los monaguillos, con sus sobrepellices blancos empapados por la lluvia, llevando la cruz procesional que brillaba débilmente bajo el cielo gris. Tras ellos, un grupo de seminaristas formaba dos hileras perfectas, con los ojos bajos y el paso cadencioso que marca el ritual de la muerte.

Entre los rostros enlutados, Elena reconoció a algunos compañeros de Alejandro. Fray Servando marchaba en primera fila, con esa expresión de gravedad impostada que adoptan los hombres cuando se sienten protagonistas de una tragedia. Otros seminaristas, más jóvenes, caminaban con las mejillas húmedas, no solo por la lluvia.

Pero fue el féretro lo que detuvo el mundo.

Cubierto con un paño negro bordado en oro, llevado a hombros por seis compañeros del difunto, pasó frente a la casa de Elena como un barco que surca las aguas de la eternidad. Y entonces, como si una voz interior se lo hubiera gritado, Elena lo supo. Lo supo con esa certeza que no necesita pruebas, con esa intuición que las mujeres que han amado poseen para reconocer el dolor que se acerca.

—Alejandro —murmuró, y el nombre se le quebró en los labios como una oración interrumpida.

No había visto el rostro del muerto. No había oído su nombre pronunciado. Pero su alma lo reconoció del mismo modo que los ciegos reconocen la luz

cuando se acerca al fuego. Era él. Su amor imposible, su tormento dulce, su única verdad, que pasaba ante su ventana por última vez.

Elena se aferró al marco de la ventana con una fuerza que le blanqueó los nudillos. La lluvia empezó a caer con mayor intensidad, como si el cielo también llorara. Los cirios que llevaban los acólitos parpadeaban bajo el agua, creando una luz vacilante que daba al cortejo un aspecto irreal, fantasmal.

Entonces vio algo que la hizo temblar: sobre el ataúd, junto a una corona de flores blancas, había un sobre. No estaba sellado. No tenía nombre escrito. Pero Elena, con esa intuición que solo poseen las almas que han amado sin esperanza, supo que era para ella.

El cortejo se detuvo un instante ante su casa. Fue solo un momento, quizá menos, pero a Elena le pareció que el tiempo se había detenido. Uno de los seminaristas, un joven que ella no conocía, alzó la vista hacia su ventana. Sus ojos se encontraron durante un segundo que fue eterno. Y en esa mirada, Elena leyó una compasión que la atravesó como un cuchillo. Aquel muchacho sabía. Sabía de su amor, sabía de su dolor, sabía que estaba asistiendo a su propio funeral.

Luego el cortejo reanudó su marcha, lento, inexorable, llevándose consigo no solo el cuerpo de Alejandro, sino también el alma de Elena. La muchacha los siguió con los ojos hasta que la última sotana negra dobló la esquina de la calle y el eco de los tambores se perdió en la distancia como un suspiro.

Entonces se desplomó.

No fue un desmayo, sino algo más hondo. Fue como si todas las fuerzas que la habían sostenido durante aquellos meses de espera se hubieran desvanecido de golpe, dejándola vacía, hueca, como un odre sin vino. Se dejó caer sobre la silla que había junto a la ventana, la misma desde la cual lo había visto pasar tantas veces, y allí se quedó, inmóvil, con los ojos abiertos pero sin ver, con el alma rota pero sin lágrimas.

El dolor era tan grande que no cabía en su pecho. Era como si todo lo que había vivido, todo lo que había sentido, todo lo que había esperado, se hubiera concentrado en un punto que ahora explotaba lentamente, desgarrándola por dentro. Recordó la carta que guardaba bajo la almohada, aquella carta que había leído tantas veces que se la sabía de memoria. Recordó las tardes de espera, las noches de insomnio, las mañanas en que despertaba con la ilusión de que todo hubiera sido un sueño. Recordó sus ojos, su sonrisa, su manera de inclinar la cabeza cuando reflexionaba. Y recordó, sobre todo, aquella última mirada, aquella despedida silenciosa que ahora cobraba todo su sentido.

Remedios entró en la habitación como entra el viento en una casa vacía. Había oído el doblar de las campanas, había visto pasar el cortejo desde la ventana de la cocina, había adivinado la verdad sin necesidad de explicaciones. Se acercó a Elena con pasos quedos, como se acerca uno a un enfermo grave, y le puso la mano en el hombro.

—Ya pasó, niña —murmuró con voz quebrada—. Ya no puede sufrir más.

Elena alzó la vista hacia ella. Sus ojos, que habían sido tan brillantes, estaban ahora opacos, como dos pozos secos. Y cuando habló, su voz sonó como si viniera de muy lejos, de un lugar donde ya no había esperanza.

—¿Cómo ha sido? —preguntó.

—Dicen que fue la tisis —respondió Remedios, sentándose a su lado—. Que se consumió poco a poco, allá en Valladolid. Que los últimos días no hablaba más que de Salamanca.

Elena cerró los ojos. Así que había muerto pensando en ella, como ella había vivido pensando en él. Esa certeza le dolió más que toda la incertidumbre anterior. Porque era hermosa y terrible al mismo tiempo. Porque confirmaba lo que siempre había sabido: que su amor había sido verdadero, pero que estaba condenado desde el principio.

—¿Trajo algún... algún mensaje? —preguntó con un hilo de voz.

Remedios negó con la cabeza, pero algo en su gesto delató que no decía toda la verdad. Elena la miró con súplica.

—¿Qué es lo que no me dices?

La anciana vaciló un momento. Luego, con un suspiro, sacó de su delantal un papel doblado.

—Uno de los seminaristas me lo dio cuando pasaron. Dijo que era para ti. Que él se lo había dado antes de morir.

Elena tomó el papel con manos temblorosas. Era una cuartilla amarillenta, escrita con esa letra que conocía tan bien. Y al desdoblarla, leyó:

"Elena: No he podido vivir sin ti, pero he aprendido a morir pensando en ti. Perdóname por haberte hecho sufrir. Perdóname por haberte amado cuando no tenía derecho a hacerlo. Perdóname por no haber tenido el valor de quedarme. Pero no me perdones por haberte amado. Porque ese amor, aunque haya sido imposible, ha sido lo más hermoso y lo más verdadero que he conocido en mi vida. Te amo ahora, te amaré siempre, te amaré en cualquier mundo donde me encuentre. Alejandro."

Las lágrimas vinieron por fin. No fueron las lágrimas del dolor, sino las del amor. Lágrimas que liberaban y que sanaban, que eran despedida y perdón al mismo tiempo. Elena lloró sobre la carta hasta que las letras se borraron, hasta que el papel se empapó, hasta que no quedó nada más que el recuerdo de unas palabras que habían llegado demasiado tarde pero que llegaban por fin.

Remedios la abrazó como abraza una madre, meciendo su dolor como se mece a un niño que no puede dormir. Y allí, en aquella habitación donde había nacido el amor, Elena aprendió también a llorar por él.

La lluvia siguió cayendo hasta el anochecer, lavando la ciudad, lavando las piedras, lavando las almas. Y cuando paró, dejó tras de sí un silencio nuevo, un silencio que ya no era de espera, sino de aceptación.

Elena se quedó junto a la ventana toda la noche, pero ya no esperando. Simplemente recordando. Recordando que había amado y que había sido

amada. Recordando que había conocido la felicidad, aunque hubiera sido solo en sueños. Recordando que había vivido una historia de amor verdadero, aunque hubiera sido imposible.

Y cuando amaneció, supo que podría seguir viviendo. No como había vivido antes, esperando, sino de otra manera. Llevando aquel amor como se lleva una herida que ya no duele, pero que no se borra nunca. Sabiendo que había algo suyo en alguna parte del mundo, aunque ese mundo fuera ya el de los muertos.

Porque hay amores que no terminan con la muerte. Hay amores que empiezan con ella.

CAPÍTULO 15

Los Años Perdidos

Dicen los que han vivido mucho que el tiempo es como el agua de los ríos: no se detiene jamás, pero tampoco se apresura. Fluye con esa constancia implacable que tienen las cosas eternas, arrastrando consigo cuanto encuentra a su paso, puliendo las piedras del cauce hasta volverlas lisas, sin aristas, sin memoria de lo que fueron antes de ser tocadas por la corriente.

Así fueron pasando los años en la vida de Elena Valverde después de aquella mañana lluviosa en que vio pasar el féretro de Alejandro por la calle del Tostado. Al principio, cada día era una tortura exquisita, un recordatorio constante de lo que había perdido sin haber poseído nunca. Pero poco a poco, muy lentamente, el dolor se fue transformando en algo más sutil: una melancolía que se instaló en su alma como la humedad en las paredes viejas, invisible pero persistente, tiñendo de gris cada momento, cada palabra, cada gesto.

La casa se volvió más silenciosa que nunca. Remedios, que había envejecido de golpe tras la muerte del joven seminarista —como si hubiera comprendido que también ella había perdido algo en aquel cortejo fúnebre—, se limitaba a cumplir con sus labores domésticas en un mutismo que rayaba en lo conventual. Sus pasos sonaban apagados sobre las baldosas, sus palabras se reducían a lo estrictamente necesario, y en sus ojos había una especie de compasión resignada que Elena encontraba más dolorosa que cualquier reproche.

—¿No vas a bajar a coser? —le preguntaba a veces la anciana, cuando veía que Elena se quedaba inmóvil junto a la ventana, con las manos cruzadas sobre el regazo y la mirada perdida en el vacío.

—Más tarde —respondía Elena, pero el "más tarde" se convertía en "mañana", y el "mañana" en "la semana que viene", hasta que los encargos comenzaron a escasear y las clientas a buscar otras costureras más jóvenes, más diligentes, menos ensimismadas.

No era pereza lo que la aquejaba. Era algo más profundo y más sutil: la certeza de que todo había perdido su sentido, de que los hilos que zurcía y

los botones que cosía formaban parte de un mundo que ya no le pertenecía, de una vida que se había detenido en un punto preciso del tiempo y que ya no sabía cómo continuar.

Los primeros meses fueron los más duros. Elena se despertaba cada mañana con la sensación de que algo terrible había ocurrido, pero tardaba unos instantes en recordar qué era. Luego, cuando la memoria se lo devolvía todo de golpe —la carta sin abrir, la mirada final, la lluvia sobre el ataúd—, el día se le volvía insoportable. Intentaba rezar, pero las oraciones se le convertían en conversaciones unilaterales con un muerto que no podía responderle. Trataba de leer, pero las letras se le borraban ante los ojos. Procuraba mantenerse ocupada, pero las tareas más sencillas le parecían montañas imposibles de escalar.

Fue entonces cuando comenzó a desarrollar esa costumbre que habría de acompañarla durante el resto de su vida: la de hablar sola. Al principio fueron solo murmullos, frases inconexas que se le escapaban sin darse cuenta. Después, verdaderas conversaciones con el aire, con las paredes, con la memoria de quien ya no estaba.

—Hoy es martes —decía mientras preparaba el desayuno—. Los martes te gustaban porque tenías clase de latín con fray Anselmo. Decías que el latín era como música para los oídos, ¿te acuerdas?

Y continuaba su monólogo como si realmente esperara una respuesta, como si la voz de Alejandro fuera a brotar de algún rincón de la casa para confirmar sus recuerdos o para corregir sus imprecisiones.

Los vecinos comenzaron a notarlo. Doña Gertrudis, la del entresuelo, comentaba con las otras señoras del barrio que "la sobrina de la Remedios se estaba volviendo un poco rara". Don Aurelio, el boticario, que había conocido a Elena desde niña, observaba con preocupación cómo la joven había perdido esa alegría serena que la caracterizaba y había adquirido una gravedad prematura, como si hubiera envejecido diez años en cuestión de meses.

Pero Elena era ajena a estos comentarios. Había construido a su alrededor una burbuja invisible que la protegía del mundo exterior y la mantenía conectada únicamente con su dolor. Salía poco de casa, y cuando lo hacía, era como si caminara en sueños. Sus pasos la llevaban mecánicamente a la iglesia, al mercado, a las pocas casas donde aún la requerían para algún trabajo de costura, pero su alma permanecía siempre en aquel punto fijo del tiempo donde había intercambiado la última mirada con el hombre que amó sin esperanza.

El primer invierno fue especialmente cruel. Las heladas llegaron temprano aquel año, y la casa se volvió fría como un sepulcro. Elena pasaba las tardes arrebujada en un mantón negro que había sido de su madre, sentada junto al brasero, con las manos inmóviles sobre el regazo. Ya no cosía. Ya no leía. Ya no hacía nada que no fuera recordar, una y otra vez, cada momento de aquellos meses en que había creído que el amor era posible.

Remedios la observaba con una mezcla de pena y de impotencia. Había intentado, durante las primeras semanas, animarla con sus consejos prácticos y sus reflexiones de campesina: "Los muertos, muertos están, y los vivos hemos de seguir viviendo", le decía. O: "Dios sabe lo que hace, y si se lo llevó tan joven, por algo sería". Pero pronto comprendió que aquellas palabras no solo no consolaban a Elena, sino que parecían hundirla más en su tristeza. De manera que optó por el silencio, por esa compañía muda que a veces es más elocuente que todos los discursos.

La primavera trajo consigo cierto alivio. El sol que entraba por las ventanas, los pájaros que cantaban en el almendro del patio, las flores que comenzaban a brotar en los balcones de las casas vecinas, todo parecía conspirar para devolver a Elena algo de su antigua vitalidad. Comenzó a salir más a menudo, a aceptar algunos encargos de costura, a participar tímidamente en las conversaciones con las clientas. Pero era un mejoramiento superficial, como el que experimenta un enfermo que ha dejado de empeorar sin llegar a curarse del todo.

Lo que realmente había cambiado en Elena era algo mucho más profundo y sutil. Había perdido esa capacidad de ilusionarse que caracteriza a la juventud, esa fe en el futuro que hace que cada día parezca una promesa. En su lugar había adquirido una especie de sabiduría prematura, una comprensión dolorosa de lo que significa vivir con el corazón roto. Sus ojos, que antes brillaban con la alegría de quien espera todo de la vida, se habían vuelto más graves, más profundos, como si hubieran visto secretos que no estaban destinados a ser revelados.

Los años siguientes transcurrieron con esa monotonía que caracteriza a las existencias marcadas por una pérdida irreparable. Elena estableció rutinas que la mantenían ocupada sin exigirle demasiado: se levantaba al alba, rezaba, preparaba el desayuno, cosía durante algunas horas, salía a hacer compras, regresaba a casa, preparaba la cena, y se acostaba temprano. Los domingos iba a misa de siete —la menos concurrida— y después se quedaba un rato en el cementerio, no sobre la tumba de Alejandro, que estaba en Valladolid, sino simplemente caminando entre las lápidas, como si buscara en ellas algún consuelo que no encontraba en otra parte.

Fue durante uno de estos paseos dominicales cuando ocurrió el encuentro que habría de marcar el comienzo de una nueva etapa en su vida. Estaba leyendo las inscripciones de una tumba antigua cuando sintió que alguien la observaba. Al volverse, se encontró con un hombre de mediana edad, vestido de negro, que la miraba con una expresión de reconocimiento.

—Disculpe —le dijo el desconocido, quitándose el sombrero—. ¿No es usted la señorita Valverde?

Elena asintió con cautela. El hombre tenía un rostro bondadoso, con arrugas profundas alrededor de los ojos y un bigote canoso que le daba un aire respetable. Pero había algo en su mirada que la inquietaba: una especie de compasión que parecía saber demasiado.

—Soy el doctor Mendoza —continuó el hombre—. Fui médico de don Alejandro de Orbaneja durante sus últimos días en Valladolid.

El nombre la golpeó como un puñetazo. Elena sintió que las piernas le temblaban y tuvo que apoyarse en una lápida para no caer.

—¿Usted... usted lo conoció? —murmuró.

—Sí —respondió el doctor con suavidad—. Y él me habló de usted. Muchas veces. Especialmente hacia el final.

Elena no pudo contener las lágrimas. Habían pasado tres años desde la muerte de Alejandro, y creía que ya había llorado todo lo que tenía que llorar. Pero las palabras del doctor abrieron de nuevo la herida, tan fresca y dolorosa como el primer día.

—¿Qué... qué decía de mí? —preguntó con voz entrecortada.

El doctor la miró con infinita compasión.

—Decía que había conocido a un ángel en Salamanca. Que había tenido la fortuna de amar a una mujer que era demasiado buena para este mundo. Y que su único consuelo, al morir, era saber que usted lo había amado también.

Elena se cubrió el rostro con las manos. El doctor esperó pacientemente a que se calmara, y después, con voz muy suave, añadió:

—Hay algo más. Algo que creo que debería saber. Alejandro me pidió que, si alguna vez la encontraba, le dijera que él había intentado escribirle. Que había escrito muchas cartas, pero que nunca había tenido el valor de enviarlas. Que había luchado contra su amor tanto como había podido, porque sabía que estaba destinado a la Iglesia, pero que al final había comprendido que hay amores que son más fuertes que cualquier voto.

El doctor se acercó un poco más.

—También me pidió que le dijera que no se culpara por lo que había pasado. Que él había elegido su destino con plena conciencia, y que lo único que lamentaba era no haber tenido el valor de despedirse como era debido.

Elena alzó la vista hacia él. En sus ojos había una mezcla de dolor y de gratitud que el doctor no olvidaría jamás.

—¿Sufrió mucho? —preguntó.

—No —mintió el doctor—. Se fue tranquilo. Pronunció su nombre al final.

Era mentira, pero una mentira piadosa. Alejandro había muerto en medio de una crisis de fiebre, delirando, gritando el nombre de Elena con una desesperación que había estremecido a todos los presentes. Pero el doctor había aprendido, a lo largo de sus años de profesión, que hay verdades que es mejor ocultar.

Elena se quedó en silencio durante un largo rato. Después, con voz muy baja, dijo:

—Gracias. Gracias por decírmelo.

—Era lo menos que podía hacer —respondió el doctor—. Él me hizo prometerle que la buscaría si alguna vez venía a Salamanca. Me ha llevado tres años encontrarla.

Se despidieron con la cortesía triste de quienes han compartido un secreto doloroso. Elena regresó a casa caminando muy lentamente, como si llevara sobre los hombros un peso que antes no tenía. Pero era un peso diferente al que había cargado durante aquellos años. Era el peso de la certeza, de la verdad confirmada, de un amor que había sido correspondido aunque nunca se hubiera consumado.

Aquella noche, por primera vez en mucho tiempo, Elena pudo dormir profundamente. Y cuando despertó, al día siguiente, supo que algo había cambiado en su interior. No era que hubiera dejado de amar a Alejandro — eso nunca ocurriría—, pero había comprendido que su amor ya no era un tormento, sino una forma de gracia. Una gracia dolorosa, pero gracia al fin.

Los años siguientes pasaron más tranquilos. Elena siguió viviendo su vida retirada, pero ya no con la desesperación de los primeros tiempos. Se había hecho a la idea de que su destino era la soledad, pero una soledad habitada por un recuerdo que ya no la hacía sufrir, sino que la acompañaba como una presencia benévola.

Remedios murió una mañana de abril, mientras dormía, con la placidez de quien ha cumplido su tarea en la tierra. Elena sintió pena, pero también cierto alivio. La anciana había envejecido mucho en los últimos años, y su muerte fue más bien una liberación que una desgracia.

Sola ya en la casa de la calle del Tostado, Elena estableció una rutina aún más estricta. Se levantaba antes del alba, rezaba, preparaba su desayuno, cosía durante la mañana, salía a hacer compras, regresaba a casa, preparaba su cena, y se acostaba temprano. Los domingos iba a misa y después paseaba por el cementerio, siempre con la misma tranquilidad melancólica que había caracterizado sus últimos años.

Los vecinos la respetaban, pero ya no se acercaban a ella. Había adquirido esa aura de inaccesibilidad que tienen las personas que han sufrido mucho y que han encontrado en la soledad su único consuelo. Los niños la saludaban con timidez cuando la veían pasar, las mujeres la miraban con una mezcla de compasión y de respeto, y los hombres se quitaban el sombrero cuando se cruzaban con ella.

Elena envejeció así, lentamente, sin estruendo, como envejece todo lo que ha sido hermoso y ha conocido el dolor. Sus cabellos se volvieron grises, su rostro se surcó de arrugas finas, sus manos se hicieron más delgadas y más pálidas. Pero sus ojos conservaron siempre esa profundidad que habían adquirido después de la muerte de Alejandro, esa capacidad de ver más allá de las apariencias que caracteriza a quienes han amado sin esperanza.

Y así pasaron los años. Como hojas que caen una a una del árbol de la vida, sin ruido, sin protesta, con esa resignación que es la sabiduría de los corazones que han aprendido a sufrir en silencio.

CAPÍTULO 16

La Anciana en la Ventana

Los inviernos de Salamanca tienen esa cualidad peculiar de los climas continentales: llegan sin aviso, se instalan con la parsimonia de quien sabe que ha de durar, y transforman la ciudad en un gran claustro de piedra donde cada paso resuena como oración. Aquel invierno de 1885 —aunque Elena ya no contaba los años con la precisión de antaño— fue especialmente crudo, no tanto por la temperatura como por esa sensación de finitud que se respiraba en el aire, como si la naturaleza misma anunciara el final de un ciclo.

Elena Valverde, que había cumplido ya los setenta y dos años sin que nadie lo supiera con certeza —pues los registros parroquiales se habían perdido en un incendio y ella jamás hablaba de su edad—, se había convertido en una de esas presencias urbanas que forman parte del paisaje tanto como las gárgolas de la catedral o los soportales de la Plaza Mayor. Los vecinos más jóvenes la conocían simplemente como "la anciana de la ventana"; los mayores, que conservaban retazos de memoria, la recordaban como "la sobrina de la Remedios, que se quedó soltera por amor".

Su rostro, que antaño había sido el de una madonna castellana, mostraba ahora la noble devastación de los años. Las líneas que el tiempo había trazado en su frente y alrededor de sus ojos no eran surcos de amargura, sino caligrafía de una vida que había conocido el dolor y lo había transformado en sabiduría. Sus cabellos, otrora del color del trigo maduro, habían blanqueado hasta adquirir esa tonalidad nacarada que tienen las nubes al amanecer. Pero sus ojos —¡ah, sus ojos! — conservaban aún ese azul pálido y húmedo de los cielos castellanos, con esa profundidad que solo poseen las almas que han amado sin esperanza y han aprendido a encontrar en el recuerdo su única patria.

La casa de la calle del Tostado había envejecido con ella. Las piedras doradas se habían oscurecido, las rejas de hierro forjado mostraban manchas de óxido como lágrimas secas, y los postigos de madera protestaban con un gemido cada vez que Elena los abría para asomarse a su ventana. Pero la estructura se mantenía sólida, como corresponde a las construcciones salmantinas, hechas para desafiar no solo al tiempo sino también al olvido.

Cada mañana, con la puntualidad de los relojes de torre, Elena repetía el mismo ritual que había observado durante décadas. Se levantaba antes del alba —costumbre que había adquirido en los años de mayor dolor, cuando el insomnio la obligaba a buscar en la oración el consuelo que no encontraba en el sueño—, rezaba sus oraciones con la devoción serena de quien ha hecho las paces con Dios y con el destino, preparaba su frugal desayuno, y después, cuando las primeras luces del día comenzaban a dibujar las siluetas de los tejados, se dirigía a la ventana.

Allí estaba su santuario particular: una silla de anea, gastada por el uso pero conservada con esmero, junto a la cual había dispuesto una pequeña

mesa con su costurero, sus gafas —que había comenzado a usar a los sesenta años— y un vaso de agua. Pero lo más significativo de aquel rincón era lo que no se veía: la invisible presencia de todos los recuerdos que había ido acumulando junto a aquella ventana, como si el aire mismo se hubiera impregnado de su nostalgia.

Los vecinos habían tejido en torno a ella toda suerte de leyendas. Doña Casilda, la tendera de la esquina, aseguraba que Elena esperaba el regreso de un novio que se había marchado a las Américas. Don Evaristo, el escribano jubilado, sostenía que se trataba de una viuda que aguardaba la vuelta de un hijo desaparecido en la guerra carlista. Las mujeres jóvenes, más románticas, preferían creer que había perdido el juicio por amor y que vivía en un mundo de fantasías. Pero los ancianos, que habían conocido a la familia Valverde en otros tiempos, guardaban un silencio respetuoso cuando se mencionaba su nombre, como si supieran que hay dolores que no deben ser profanados con comentarios.

La verdad, como suele ocurrir, era más sencilla y más compleja que todas las suposiciones. Elena no esperaba a nadie porque sabía que quien había de venir no volvería nunca. Pero su vigilia junto a la ventana no era un ejercicio de autoengaño, sino una forma de fidelidad. Cada día, al sentarse en su silla y dirigir la mirada hacia la calle, no buscaba el milagro de una resurrección, sino que rendía homenaje a la memoria de un amor que había sido más fuerte que la muerte.

Era una adoración silenciosa, desprovista de dramatismo, tan natural como el canto de las campanas o el vuelo de las golondrinas. Elena había aprendido que el verdadero amor no se agota con la ausencia, sino que se purifica, se destila, se convierte en una especie de oración permanente que no necesita palabras. Amaba a Alejandro con la misma intensidad que treinta años atrás, pero de un modo diferente: ya no con la pasión turbulenta de la juventud, sino con la serenidad de quien ha comprendido que hay sentimientos que trascienden las circunstancias y que se alimentan de su propia eternidad.

Sus días transcurrían con la monotonía musical de los ritmos litúrgicos. Después de las horas matutinas junto a la ventana, se dedicaba a la costura —actividad que había conservado no por necesidad económica, pues sus gastos eran mínimos, sino porque le proporcionaba esa paz que dan las tareas repetitivas y bien conocidas—. Sus manos, aunque arrugadas, conservaban la destreza de antaño, y los pocos encargos que aún recibía los ejecutaba con una perfección que rayaba en lo artístico.

Por las tardes, cuando la luz comenzaba a declinar, regresaba a su puesto de observación. Era entonces cuando la calle cobraba vida con el trasiego de estudiantes que volvían de las aulas, comerciantes que cerraban sus establecimientos, y mujeres que regresaban del mercado. Elena los contemplaba con benevolencia, como una abuela universal que observara los movimientos de una gran familia. Conocía los horarios de cada cual, sus costumbres, sus pequeños dramas cotidianos. Sabía cuándo don Patricio había bebido más de la cuenta por la manera de caminar, cuándo la hija del

panadero había reñido con su novio por la expresión de su rostro, cuándo se acercaba una festividad porque aumentaba el número de sotanas por la calle.

Pero entre todos aquellos rostros que desfilaban ante su ventana, Elena buscaba inconscientemente uno que no aparecería jamás. No era una búsqueda consciente ni desesperada, sino más bien un hábito del alma, como quien busca una melodía conocida en el murmullo de una conversación. A veces, cuando veía pasar a un seminarista alto y delgado, el corazón le daba un vuelco involuntario. Después, la razón le recordaba que Alejandro habría tenido ya más de setenta años, y que los muertos no envejecen. Pero el corazón, que tiene sus propias leyes, seguía reconociendo en cada figura juvenil algo de aquel amor que había marcado su vida.

El otoño de 1885 trajo consigo ciertos cambios que Elena notó con la sensibilidad de quien ha hecho de la observación su único oficio. La ciudad se modernizaba lentamente: habían instalado farolas de gas en las calles principales, circulaban más coches que antes, y los estudiantes vestían de manera menos formal que en tiempos pasados. Todo evolucionaba, se transformaba, seguía el curso natural de las cosas. Solo ella permanecía inmutable, como un faro que marca un punto fijo en el paisaje cambiante.

Fue durante una de aquellas tardes de octubre, cuando las hojas de los árboles comenzaban a adquirir tonos dorados, que Elena experimentó una sensación extraña. Estaba en su lugar habitual, observando el ir y venir de la calle, cuando de pronto sintió que alguien la miraba desde abajo. Al dirigir la vista hacia la acera, vio a un hombre de mediana edad, vestido con el hábito franciscano, que tenía los ojos fijos en su ventana. No era una mirada casual, sino intensa, cargada de significado.

El fraile permaneció allí durante varios minutos, inmóvil, como si quisiera grabarse en la memoria aquella imagen. Elena sintió un estremecimiento que no sabía explicar. Había algo en aquel rostro que le resultaba familiar, aunque estaba segura de no haberlo visto nunca. Cuando el hombre finalmente se alejó, Elena se quedó turbada, con la sensación de que algo importante acababa de ocurrir sin que ella lo comprendiera.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño. La imagen del fraile se le había grabado en la memoria con una nitidez que la inquietaba. Era un hombre de unos cincuenta años, con el cabello canoso y la barba recortada, de complexión robusta pero con ojos de una dulzura infinita. Había algo en su manera de mirar que le recordaba... pero no, era imposible. Sin embargo, la sensación persistía, como una melodía que se tararea sin recordar dónde se escuchó por primera vez.

Los días siguientes transcurrieron con normalidad, pero Elena se sorprendió a sí misma buscando entre los transeúntes la figura del fraile desconocido. No apareció. Quizá había sido solo un visitante de paso, uno de esos religiosos que venían a Salamanca en peregrinación o por asuntos de su orden. Pero la impresión que le había causado no se desvanecía.

Una semana más tarde, cuando Elena había comenzado a olvidar el incidente, el fraile volvió a aparecer. Esta vez no se limitó a observar desde la calle, sino que se acercó al portal de la casa y llamó con suavidad. Elena escuchó el sonido desde su ventana y sintió que el corazón le latía con inusitada fuerza. No recibía visitas desde hacía años, y la presencia de aquel hombre la había perturbado de un modo que no sabía explicar.

Bajó las escaleras con lentitud, apoyándose en la barandilla. Sus piernas ya no eran las de antaño, y los peldaños le parecían más altos que antes. Cuando abrió la puerta, se encontró frente a frente con el fraile, que la miraba con una sonrisa llena de compasión.

—¿Doña Elena Valverde? —preguntó con voz suave.

—Sí, soy yo —respondió ella, sorprendida de que aquel desconocido supiera su nombre.

—Soy fray Tomás de Ávila —se presentó el hombre—. Vengo de parte de alguien que la conoció hace muchos años. ¿Podría hablar con usted unos minutos?

Elena sintió que el mundo se tambaleaba a su alrededor. Había algo en el tono de voz del fraile, en la manera de pronunciar las palabras, que despertaba en ella ecos lejanos. Lo invitó a pasar con un gesto tembloroso, y ambos subieron lentamente hasta la sala principal.

Una vez sentados, fray Tomás la observó con detenimiento, como si quisiera memorizar cada detalle de su rostro. Después, con infinita delicadeza, comenzó a hablar:

—Doña Elena, lo que voy a decirle tal vez la perturbe, pero creo que tiene derecho a saberlo. Hace tres meses murió en nuestro convento de Valladolid un hermano muy anciano. Se llamaba fray Alejandro de la Cruz, aunque ese no fue siempre su nombre.

Elena sintió que la sangre se le helaba en las venas. El nombre resonó en su interior como un eco que hubiera estado esperando durante décadas.

—Antes de morir —continuó fray Tomás—, me confió algo que había guardado en secreto durante más de treinta años. Me habló de una mujer a la que había amado en Salamanca, cuando aún era seminarista. Me dijo que no había podido olvidarla nunca, que había sido el amor de su vida, aunque hubiera elegido servir a Dios.

Las lágrimas comenzaron a correr por las mejillas de Elena sin que ella se diera cuenta. Fray Tomás esperó pacientemente a que se calmara antes de continuar:

—Me pidió que, si alguna vez tenía ocasión, viniera a buscarla. Quería que supiera que había pensado en ella hasta el final, que había rezado por ella cada día, y que esperaba encontrarla en el cielo. Y me entregó esto.

El fraile sacó del interior de su hábito un sobre amarillento, sellado con lacre. Elena lo reconoció inmediatamente: era la carta que había visto sobre el ataúd aquella mañana lluviosa de marzo, tantos años atrás.

—Esto es suyo —dijo fray Tomás, tendiéndole el sobre.

Elena lo tomó con manos temblorosas. Después de treinta años, tenía por fin en sus manos las palabras que Alejandro había querido dirigirla antes de morir. Pero ahora que las tenía, se daba cuenta de que ya no las necesitaba. Durante todos aquellos años, había vivido alimentándose del recuerdo de un amor que había sido verdadero, y eso le había bastado.

—¿Fue feliz? —preguntó con voz quebrada.

—Encontró la paz —respondió fray Tomás—. Fue un hombre bueno, un religioso ejemplar. Pero siempre hubo en él una melancolía que nunca pudo superar del todo. Hablaba de Salamanca como otros hablan del paraíso perdido.

Elena asintió con una sonrisa a través de las lágrimas. Comprendía perfectamente esa melancolía, porque había sido también la suya.

Cuando fray Tomás se marchó, Elena se quedó sola con la carta en las manos. La contempló largo rato, pero no la abrió. Había esperado treinta años para leerla, pero ahora sabía que su contenido no podía ser más hermoso que el amor que había guardado en su corazón durante todo ese tiempo.

Finalmente, la guardó sin abrir en el cajón de su cómoda, junto a los pocos objetos que conservaba como tesoros: un pañuelo bordado por su madre, una imagen de la Virgen que había pertenecido a Remedios, y una flor seca que había recogido del suelo el día que vio pasar el cortejo fúnebre.

Aquella noche, por primera vez en muchos años, Elena durmió profundamente. Y cuando despertó, supo que había llegado el momento de prepararse para el viaje final.

Los días siguientes transcurrieron con una extraña serenidad. Elena puso en orden sus escasos asuntos, repartió entre los vecinos más necesitados las pocas pertenencias que tenía, y se dedicó a contemplar Salamanca desde su ventana con una intensidad nueva, como si quisiera llevarse consigo hasta el último detalle de la ciudad que había sido testigo de su amor.

Una mañana de noviembre, cuando el otoño comenzaba a ceder paso al invierno, Elena no abrió los postigos de su ventana. Los vecinos, que habían acostumbrado su rutina diaria a la presencia de aquella figura silenciosa, notaron inmediatamente su ausencia. Doña Casilda fue la primera en inquietarse. Después se sumaron otros. Finalmente, don Evaristo se decidió a llamar a la puerta.

No hubo respuesta. La puerta estaba cerrada con llave, pero la ventana del piso superior permanecía entreabierta. Con la ayuda de una escalera, lograron acceder al interior de la casa.

La encontraron en su silla, junto a la ventana, con la mirada fija en el horizonte y una sonrisa serena en los labios. Había muerto como había vivido: en silencio, sin molestias, con la dignidad de quien ha cumplido su destino. En su regazo tenía un rosario entre las manos, y sobre la mesa, junto a su costurero, descansaba una carta sin abrir.

El entierro fue sencillo, pero más concurrido de lo que cabría esperar. Acudieron todos los vecinos del barrio, algunos estudiantes que la recordaban de sus paseos matutinos, varias familias para las que había cosido a lo largo de los años, y, sorprendentemente, un grupo de frailes franciscanos encabezados por fray Tomás de Ávila.

Las campanas de San Martín tocaron a difuntos con la solemnidad reservada a los grandes duelos. Y cuando el cortejo se puso en marcha hacia el cementerio, muchos creyeron ver que una bandada de golondrinas se alzaba desde los tejados de la calle del Tostado, como si el alma de Elena hubiera tomado forma de ave para emprender el vuelo definitivo.

La enterraron en una tumba sencilla, sin más epitafio que su nombre y las fechas de su nacimiento y muerte. Pero los que la conocieron sabían que había vivido una historia de amor más hermosa que todas las que se escriben en los libros, porque había sido capaz de mantener viva la llama de un sentimiento puro durante toda una vida.

Y desde entonces, en las noches de luna llena, cuando el viento sopla desde el norte y las piedras doradas de Salamanca brillan como oro viejo, hay quien jura que aún puede verse una figura pálida asomada a la ventana de la casa de la calle del Tostado, con los ojos fijos en el horizonte, esperando el paso de un amor que solo el alma puede reconocer.

Porque hay amores que no terminan con la muerte. Hay amores que empiezan con ella.

EPÍLOGO

Amor Eterno

Los últimos días de Elena Valverde transcurrieron en esa penumbra dulce que precede a la gran despedida, cuando el alma, cansada ya de tanto bregar con las miserias del mundo, comienza a desprenderse suavemente de la carne que la ha hospedado durante tantos años. No era el sufrimiento físico lo que la aquejaba —pues su cuerpo se desvanecía sin violencia, como se desvanece el eco de una campana en el aire matutino—, sino una extraña lucidez que le permitía ver el presente con la nitidez de quien contempla un paisaje desde la cima de una montaña.

La habitación de la calle del Tostado se había convertido en un territorio fronterizo entre dos mundos. Las sombras danzaban en las paredes con movimientos que parecían tener vida propia, y los sonidos de la calle llegaban amortiguados, como si Elena ya no perteneciera del todo a aquel universo de voces humanas, cascos de caballos y campanadas horarias. Sus ojos, que habían perdido la capacidad de distinguir los detalles cercanos, adquirirían en cambio una percepción misteriosa de lo invisible, como si la proximidad de la muerte hubiera agudizado en ella sentidos que los vivos no poseen.

Ya no veía las grietas del techo, ni el costurero abandonado sobre la mesa, ni el reloj de pared que marcaba un tiempo que había dejado de concernirle. Veía otras cosas: rostros que habían desaparecido hacía

décadas, paisajes de su niñez que creía olvidados para siempre, y sobre todo, con una persistencia que la llenaba de una dulce melancolía, los ojos de Alejandro.

Los contemplaba no como los había visto en aquella terrible mañana de marzo, cuando la lluvia golpeaba los cristales y el féretro cruzaba la calle llevándose consigo todas sus esperanzas, sino como los había conocido en vida: negros, profundos, cargados de una tristeza que entonces no había sabido interpretar pero que ahora comprendía perfectamente. Eran los ojos de un hombre dividido entre el amor terrenal y el amor divino, entre la llamada de la carne y el mandato del espíritu, entre la dicha posible y el deber inexorable.

Se le aparecían en los reflejos del agua del vaso que descansaba sobre la mesita de noche, en el temblor de las cortinas movidas por el viento de noviembre, en el zumbido casi imperceptible del aire al anochecer. Y cada vez que los veía, Elena sentía que algo en su interior se despertaba, como si aquellos ojos tuvieran el poder de devolverle la juventud perdida, de transportarla a aquel tiempo en que el mundo era todavía una promesa y el futuro una página en blanco esperando ser escrita.

Con la claridad propia de los moribundos, Elena podía verse a sí misma como había sido entonces: una joven de veinte años, sentada junto a la ventana de aquella misma habitación, con la piel tersa como el mármol de las estatuas, los labios cerrados guardando secretos que nadie había de conocer jamás, y la mirada dispuesta a creer en milagros que la razón desaconsejaba pero que el corazón reclamaba con la fuerza de una plegaria.

Recordaba cada instante de aquel amor que jamás fue nombrado con palabras, pero que respiró en cada gesto, en cada encuentro casual por las calles de Salamanca, en cada plegaria susurrada en la penumbra de San Martín. Un amor que se alimentó de miradas furtivas, de sonrisas apenas esbozadas, de silencios cargados de significado. Un amor que vivió en el territorio incierto de lo no dicho, en esa región del alma donde habitan los sentimientos que son demasiado grandes para ser expresados y demasiado puros para ser profanados con palabras.

"¿Qué es el amor —se preguntaba Elena en aquellos últimos días— sino un puente invisible tendido entre dos soledades que se reconocen sin necesidad de tocarse?"

No se arrepentía de nada. Ni de haber callado cuando acaso debería haber hablado. Ni de haber esperado cuando la prudencia aconsejaba olvidar. Ni de haber amado de aquella manera: en silencio, a escondidas, sin promesas, sin caricias, sin la consumación que otros amores reclaman como derecho natural. Porque aquel amor, precisamente por no haberse consumado, no se había corrompido. Se había vuelto eterno. No en los hechos, que son siempre efímeros, sino en su alma, en ese lugar secreto donde habitan los imposibles que no mueren porque nunca nacieron del todo.

Los días se sucedían con la monotonía de las estaciones, pero Elena ya no los contaba. El tiempo se había vuelto circular, como las oraciones del rosario, y cada amanecer le parecía igual al anterior y diferente al mismo tiempo. Doña Casilda subía por las mañanas a llevarle un poco de caldo y unas palabras de aliento, pero Elena la escuchaba como se escucha el murmullo de un arroyo: presente y lejano a la vez. Las conversaciones de los vecinos llegaban hasta su ventana convertidas en un susurro indistinto, como si el mundo de los vivos se alejara de ella con la misma suavidad con que se aleja el paisaje visto desde un tren en marcha.

Una tarde de noviembre, cuando las hojas del almendro del patio caían como lágrimas doradas sobre las baldosas, Elena sintió que algo cambiaba en su interior. No era dolor, ni angustia, ni siquiera tristeza. Era una sensación nueva, indefinible, como si una puerta que había permanecido cerrada durante toda su vida comenzara a entreabrirse para mostrar un paisaje que sus ojos mortales no habían contemplado jamás.

La habitación se llenó de una luz extraña, que no venía del sol ni de las velas, sino de algún lugar que estaba más allá de las paredes, más allá del tiempo, más allá de la materia. Y en esa luz, Elena vio aproximarse una figura que conocía bien, aunque hacía más de treinta años que no la veía.

La muerte no llegó como tragedia, sino como alivio. Fue un soplo tibio, como una brisa que entra sin tocar la puerta, como el suspiro de alguien que ha terminado una tarea larga y bien hecha. Elena no sufrió. No hubo agonía, ni convulsiones, ni gritos. Solo cerró los ojos un poco más de lo habitual, como quien se dispone a dormir después de un día completo, y cuando los abrió de nuevo, el mundo había cambiado.

Ya no estaba en su habitación. Ya no sentía el peso de los años acumulados en sus huesos, ni el frío de noviembre colándose por las rendijas de la ventana, ni la rigidez de las manos que durante tantos años habían sostenido hilos y agujas. Se encontraba de pie, vestida con una túnica blanca que parecía tejida con luz de luna, en una llanura inmensa que no tenía horizonte, bañada por una claridad que no producía sombras.

Y frente a ella, esperándola con la paciencia de quien ha aprendido que en la eternidad el tiempo no existe, estaba Alejandro.

No vestía sotana. No llevaba sobre los hombros el peso de la culpa que lo había atormentado en vida. No mostraba en el rostro la angustia de quien se debate entre dos amores irreconciliables. Estaba libre, al fin, de todas las ataduras que atan a los hombres a la tierra y los separan de su verdadera naturaleza.

Sus ojos eran los mismos que Elena había contemplado en sueños durante tantos años, pero más hondos, más serenos, como si hubieran bebido en la fuente de la sabiduría eterna. Y su sonrisa, aquella sonrisa que nunca le había mostrado en vida porque las circunstancias no se lo permitían, brillaba ahora con la fuerza de una aurora boreal, iluminando no solo su rostro sino todo el espacio que los rodeaba.

"Te esperé", le dijo sin mover los labios, porque en aquel lugar las palabras no eran necesarias para comunicarse. Los pensamientos volaban de un alma a otra como pájaros que no conocen fronteras, y los sentimientos se transmitían con la inmediatez del rayo.

Y Elena, que ya no necesitaba palabras para expresar lo que había llevado guardado en el corazón durante toda una vida, respondió solo con los ojos, con esa mirada que había reservado para él desde el primer día y que ahora podía entregar sin temor, sin pudor, sin las barreras que el mundo de los vivos interpone entre las almas que se reconocen.

Entonces, por primera vez en toda su existencia, se tocaron.

Sus manos se buscaron como las aguas de dos ríos que corren hacia la misma desembocadura desde el origen de los tiempos. No hubo temblor en ese contacto, ni turbación, ni culpa. Solo el reconocimiento, la certeza de que aquello que había sido imposible en la tierra se volvía natural en el cielo, de que el amor verdadero no conoce obstáculos cuando se libera de las cadenas de la materia.

Todo lo que no fue, fue al fin. Todo lo que no se dijo, se dijo sin palabras. Todo lo que no se vivió, se vivió en la plenitud de un instante que contenía todas las eternidades.

Caminaron juntos por ese espacio sin tiempo, sin muerte, sin prohibiciones. No había catedrales que impusieran normas, ni relojes que marcaran horas, ni votos que separaran lo que Dios había unido desde el principio. Solo la certeza de que el amor, cuando es verdadero, no necesita ser visible para ser eterno, no necesita ser proclamado para ser real, no necesita ser consumado para ser perfecto.

Sus almas se fundieron como llama en llama, como suspiro en viento, como lágrima en agua. Se convirtieron en una sola esencia, en un solo latido, en una sola oración que ascendía hacia las alturas llevando consigo el testimonio de que es posible amar sin poseer, esperar sin desesperar, vivir sin haber vivido.

Y desde entonces, nadie volvió a ver a la anciana en la ventana de la casa de la calle del Tostado. Pero algunos, al pasar por aquella calle en las tardes nubladas, cuando las sombras se alargan y el aire se llena de nostalgias, aseguran sentir un escalofrío dulce, como si dos miradas invisibles se cruzaran sobre sus hombros, bendiciendo a los transeúntes con la gracia de un amor que ha trascendido la muerte.

Y otros dicen que, cuando llueve despacio y las campanas de San Martín suenan lejanas, es posible oír el eco de un susurro que no viene del mundo de los vivos, sino de más allá, de ese lugar donde habitan los amores que fueron demasiado puros para corromperse:

"Amar en silencio no fue en vano. Porque el amor que no se dice, si es verdadero, es el que más alto resuena en la eternidad."

Y así, Elena Valverde y Alejandro de Orbaneja, que en vida no pudieron ser más que dos almas gemelas separadas por las convenciones del mundo, encontraron al fin en la muerte la unión que les había sido negada en la

tierra, demostrando que hay sentimientos que son más fuertes que la carne, más duraderos que el tiempo, más verdaderos que la misma vida.

Su historia quedó grabada en las piedras doradas de Salamanca, en el murmullo del viento que acaricia las torres de la catedral, en la luz que baña los patios de las casas antiguas. Quedó como testimonio de que el amor verdadero no muere nunca, sino que se transfigura, se purifica, se vuelve eterno.

Y en las noches de luna llena, cuando la ciudad se vuelve de plata y los fantasmas del pasado caminan por las calles empedradas, hay quien jura que aún es posible ver dos figuras que se alejan tomadas de la mano hacia el horizonte, llevando consigo el secreto de un amor que fue tan grande que no cupo en una sola vida, y que por eso necesitó de toda la eternidad para completarse.